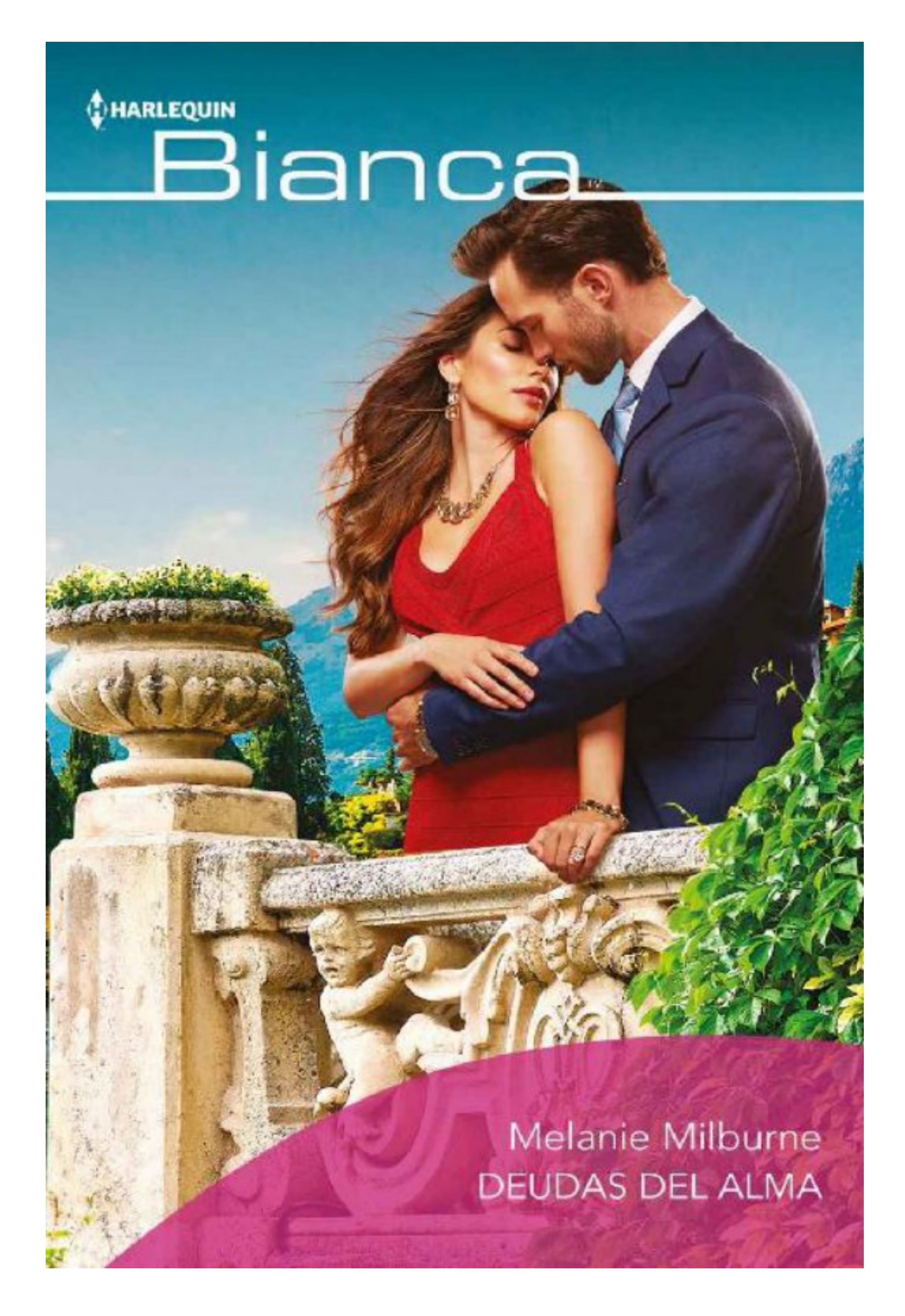

HARLEQUIN
Bianca
Melanie Milburne
DEUDAS DEL ALMA

Bianca™

DEUDAS DEL ALMA

Melanie Milburne



Capítulo 1

Frankie había regresado por última vez a la casa ancestral de su familia en el lago Como para despedirse en privado. La magnífica propiedad, con su hermoso y cuidado jardín, pertenecería dentro de muy poco tiempo a otra persona. Se convertiría en la casa ancestral de otra familia, en el santuario de otra persona.

Estaba a los pies de la imponente escalera que había en la fachada principal de Villa Mancini. Las letras en tono rojo chillón del cartel de *VENDIDO* que tapaba en ángulo el de *SE VENDE* le provocaron una desagradable sensación en el estómago. ¿Cambiaría el nuevo dueño el nombre de la casa? ¿La convertiría en un hotel o tal vez en un casino? Aquella casa había sido propiedad de la familia de Frankie desde hacía cuatrocientos años. Cuatrocientos años de la familia, generación tras generación… Tantas personas. Tantos recuerdos…

¿Cómo era posible perder cuatrocientos años de historia familiar en una partida de blackjack?

Frankie respiró profundamente y soltó lentamente el aire. «Tienes que superar esto». No era el momento para tener un ataque de pánico, para las lágrimas ni las rabietas. Nada iba a poder cambiar el hecho de que era demasiado tarde para librarse de aquella vergüenza. Pronto, la noticia se haría pública. La humillante y dolorosa noticia. Hasta aquel momento, los medios de comunicación sabían muy poco de su desesperada situación económica. Ella había dicho que vendían la casa solo porque iba a regresar a Londres tras haber estado cuidando de su padre durante la enfermedad terminal de este. Había pedido todos los favores que había podido para evitar que los medios se enteraran de la verdad, pero, ¿durante cuánto tiempo más podría ocultar el sucio secreto de su padre?

Se imaginó los titulares del día siguiente. *La aristócrata Francesca Mancini en la ruina por las deudas de juego de su padre.*

Frankie había utilizado sus propios recursos económicos para

tratar de mantener en secreto el problema de su padre durante el máximo tiempo posible. Ya no le quedaba nada. Había vendido su apartamento de Londres. ¿Cómo iba a permitir que la memoria de su padre se viera mancillada por una adicción al juego que había adquirido en sus últimos meses de vida? El agresivo tratamiento para su tumor cerebral lo había cambiado por completo. Lo había convertido en una persona desesperada y temeraria. Ella, ingenuamente, había creído que sus ahorros serían suficientes para cubrir sus indiscreciones, pero sus ingresos como profesora de alumnos con necesidades especiales no iban a ser suficientes para tapar unas deudas que se remontaban hasta las siete cifras.

Subió por el lado izquierdo de la escalera hacia la puerta principal. Aún tenía la llave porque aún no habían formalizado la venta. Abrió la puerta y accedió al vestíbulo de mármol. Entonces, algo le dijo que no se encontraba sola. En el ambiente, había una energía diferente. La mansión no parecía estar ya fría y vacía, sino viva y respirando. Tenía pulso.

La puerta de la biblioteca de la planta baja estaba ligeramente entornada. Desde su interior, se escuchaba el murmullo de papeles. De repente, Frankie oyó que un hombre dejaba escapar un suspiro de frustración. Durante un instante, pensó que tal vez había soñado la muerte de su padre, el entierro y la debacle financiera en la que se encontraba, pero entonces, escuchó pasos. Unos pasos fuertes y decididos que ella reconoció enseguida.

Gabriel Salvetti abrió de par en par la puerta de la biblioteca y la miró desde la ventaja que le daba su mayor altura. Frankie se arrepintió de no haberse puesto unos zapatos de tacón. Las bailarinas que llevaba puestas no iban bien cuando estaba en la compañía del elegante y sofisticado Gabriel Salvetti. Con el metro noventa y tres de estatura de Salvetti frente al metro y medio de Frankie, Gabriel le hacía sentirse como si fuera *My Little Pony* frente a un semental de purasangre.

Los ojos negros, o tal vez marrones de Salvetti, se cruzaron con los de ella.

–Francesca… –dijo inclinando la cabeza ligeramente a modo de saludo.

–¿Qué haces *tú* aquí?

Frankie no podía interpretar la expresión de su rostro. Siempre le había parecido que él podría ser un buen espía o agente secreto. Aquello no era algo que su propio padre, sus hermanos y primos hubieran agradecido. Gabriel era la oveja blanca de la poderosa y acaudalada familia Salvetti. La única manzana buena de un huerto

podrido, un huerto grande y de profundas raíces y retorcidas ramas que llegaban a lugares a los que ninguna persona decente querría ir nunca.

¿Por qué estaba Gabriel en su casa? Ni siquiera había ido al entierro del padre de Frankie a pesar de que había hecho negocios con él en el pasado y de que su padre le había considerado un amigo.

Frankie se fijó en los papeles que Gabriel llevaba en la mano y sintió que el alma se le caía a los pies. No. No. No. Las palabras eran golpes de martillo en su cabeza. ¿Sería Gabriel el nuevo dueño? ¿Cómo iba a poder soportar que el hombre al que ella había rechazado cuatro años atrás hubiera comprado su casa?

–Pasa. Tenemos que hablar.

Frankie levantó la barbilla y se mantuvo inmóvil.

–No tenemos nada de lo que hablar. Sin embargo, tú sí que tienes que marcharte –dijo levantando el brazo enérgicamente para indicarle la puerta principal–. Ahora.

–No me voy a marchar hasta que no hablemos. Te interesa escucharme –replicó él con expresión tranquila.

Algunos hombres controlaban una situación por la fuerza, pero no Gabriel Salvetti. Él utilizaba las palabras con economía y brevedad. Utilizaba el silencio y la inmovilidad como un arma. Lo acompañaba un aura de poder que lo envolvía como si fuera una segunda piel.

Sin embargo, cuanto menos pensara Frankie en la piel, mejor. La había visto demasiado en los últimos tiempos. En particular, una fotografía de prensa en la que aparecía en un resort de América del Sur con su última amante, una modelo rubia cuyo esbelto cuerpo había hecho que Frankie ardiera de celos. Frankie había heredado la curvilínea figura de su aristocrática madre inglesa y el incontrolable cabello oscuro de su padre italiano. En su opinión, no creía que hubiera salido ganando en la lotería genética.

Gabriel, por su parte, no había heredado la inclinación hacia la actividad delictiva de su familia, pero sí el atractivo y la apostura de todos los Salvetti. Tenía el cabello negro, ojos marrón chocolate, nariz aristocrática, labios gruesos y un físico bronceado y atlético que no le dejaba falto de adoración femenina. Su arrogancia le hacía pensar que ninguna mujer podría resistírsele. Y, precisamente por eso, Frankie se había esforzado tanto en rechazar una invitación a cenar que él le hizo la noche en la que Frankie cumplía los veintiún años. Quería demostrarle que era inmune a él. O tal vez demostrárselo a sí misma. Gabriel había dado por sentado que ella

iba a aceptar, por lo que ella le había dejado muy claro que no quería que volviera a pedirle una cita, a pesar de que una parte de ella no dejaba desde entonces de preguntarse si había hecho bien.

En las escasas ocasiones en las que se había encontrado con él desde entonces, se había mostrado esquiva porque Gabriel, precisamente, era la única persona con la que Frankie no estaba segura de cómo iba a reaccionar. Despertaba en ella sentimientos que no quería experimentar. Sentimientos físicos. Sentimientos, deseos e impulsos que ardían dentro de ella y la abrasaban por completo.

Gabriel cruzó el vestíbulo para acercarse a ella. Frankie se obligó a aguantarle la penetrante mirada. ¿Se podría dar él cuenta de lo amenazada que se sentía por su presencia? Su cuerpo estaba reaccionando a la cercanía entre ambos como si fuera una escultura de hielo delante de un soplete. Sentía un hormigueo en la piel, que se tensaba como si estuviera anticipando el contacto. Incluso los senos, ocultos bajo capas de ropa, se incomodaban en la jaula de encaje del sujetador como si llevaran demasiado tiempo ocultos.

–No se me ocurre nada que tú pudieras decirme y que pudiera interesarme –repuso ella inyectando la voz con una generosa dosis de desprecio. Nadie podía resultar tan fría y tajante como Frankie. No en vano, la llamaban la princesa de hielo.

Gabriel esbozó una medio sonrisa, que le provocó a ella una sensación extraña en el vientre, y golpeó suavemente los papeles que llevaba en la mano.

–Tengo una solución para el dilema en el que te encuentras.

–¿Una… solución? –replicó ella fingiendo una carcajada–. No se me ocurre ninguna solución que tú me puedas proponer y que me pueda parecer bien.

Gabriel se encogió de hombros. Su rostro volvió a resultar impenetrable.

–Es una oferta. O la tomas o la dejas.

Frankie comprendió por qué su éxito en el mundo del negocio inmobiliario era letal. No era de extrañar que se hubiera convertido en uno de los empresarios más ricos de toda Italia. Incluso más aún que su familia, lo que ya era decir mucho.

–¿Me estás diciendo que me vas a prestar dinero?

–No. Prestar no. Darte dinero.

–¿Darme dinero? –preguntó ella. Su profunda y suave voz la invitaba a acercarse a él a pesar de que la parte racional de su cerebro le dijera todo lo contrario–. ¿Gratis? ¿Sin condiciones?

Gabriel volvió a esbozar su media sonrisa, que hizo temblar la

resolución de Frankie por mantenerse alejada de él. No podía dejar de pensar en su boca y en lo que sentiría al tenerla apretada contra la suya. El contacto físico entre ambos se limitaba a la vez que se habían dado la mano por primera vez cuando ella cumplió diecisiete años y las diversas ocasiones en las que habían repetido el gesto desde entonces hasta la noche en la que ella cumplió los veintiún años. Sin embargo, eso no había impedido que ella se preguntara qué sentiría si aquel contacto se produjera en otras partes del cuerpo. Gestos corteses con la cabeza y apretones de manos. Aquel era el único contacto que había habido entre ellos y, aun así, el cuerpo de Frankie había reaccionado y seguía reaccionando, como si él tuviera una especie de extraño poder sensual sobre ella.

–Siempre hay condiciones, *cara mia.* Siempre.

La mirada de Gabriel, tan oscura como la noche, se posó en los labios de Frankie, como si él estuviera teniendo los mismos pensamientos. Ella se tomó un instante para estudiarle. Iba bien afeitado, pero la sombra de la barba que se le adivinaba sugería que no andaba carente de hormonas masculinas. Tenía los ojos enmarcados por espesas pestañas y las prominentes cejas podían pasar de expresar intimidación a interés en el mismo tiempo que tardar el corazón en dar un latido.

Gabriel estaba en aquellos momentos tan cerca de ella que Frankie podría tocarle el poderoso torso con solo extender el brazo. Podría trazar el contorno de la boca, de la nariz, la cicatriz que tenía justo por encima de la mejilla izquierda. Iba vestido muy informalmente, con unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca y un jersey gris para contrarrestar el aire fresco del otoño. Frankie podía oler el ligero aroma a lima y a limón de su colonia, que inundaba su nariz como si fuera una droga.

Volvió a mirarlo a los ojos y dio un paso atrás. Apretó los puños para no sentir la tentación de tocarle. Sentía la tentación de decirle que no le importaban las condiciones, que solo deseaba verse libre de la vergüenza que le suponían las deudas de su padre. Sin embargo, su orgullo nunca se lo permitiría. Le dedicó una gélida mirada.

–Supongo que has venido aquí para decirme que eres el nuevo dueño.

–He comprado la casa, sí. Pero mi plan es dártela a ti.

–¿Qué quieres decir con eso? –le preguntó ella sorprendida y atónita, con una mezcla de esperanza y miedo en la voz. Esperanza por poder mantener la casa y miedo de que el precio no tuviera

nada que ver con el dinero.

–Mi abogado ha redactado un contrato, pero no voy a hablar al respecto aquí en el vestíbulo. Creo que es mejor que, para esto, estés sentada –añadió señalando la puerta de la biblioteca.

Frankie abrió los ojos de par en par, pero desvió rápidamente la mirada y entró la primera en la biblioteca. No iba a permitir que él se diera cuenta de lo mucho que la turbaba. Se había pasado años manteniendo a raya a hombres que la veían, a causa de su estatus social y riqueza, como un trofeo más que como a una mujer. Frankie incluso había tenido amigas que solo lo eran por su origen aristocrático. Eso hacía que desconfiara prácticamente de todo el mundo. Le habían hecho mucho daño en el pasado.

Cuando los dos estuvieron dentro de la biblioteca, Frankie se volvió a mirarlo. Se cruzó de brazos y se irguió.

–Cuéntame.

–Siéntate –le dijo él, indicándole una silla.

–No. No me voy a sentar –replicó ella en tono desafiante–. Soy una mujer, no un perro.

Gabriel la miró de arriba abajo, despertando una cálida sensación a su paso. Volvió a mirarla a los ojos y, de nuevo, el corazón de Frankie se aceleró. La mirada de determinación que él tenía en los ojos advirtió a Frankie que estaba en seria desventaja.

–Estoy tratando de ayudarte, Francesca. Sería aconsejable que no mordieras la mano que, en estos momentos, tiene las escrituras de esta casa.

Frankie descruzó los brazos y apretó los puños.

–¿Crees que puedes chantajearme para que me acueste contigo? –preguntó mientras tomaba asiento.

Gabriel se sentó sobre el escritorio.

–Prefiero un término menos ofensivo que el de chantaje, *cara*.

–¿Qué termino prefieres utilizar? Y te pido por favor que dejes de llamarme así.

–El término que preferiría utilizar es el de *caridad*.

–¿Caridad?

Gabriel sonrió perezosamente.

–Estoy dispuesto a darte esta casa y el dinero para cubrir las deudas de tu padre si accedes a convertirte en mi esposa.

Frankie se levantó de la silla tan rápidamente que esta cayó al suelo con un golpe seco.

–¿En tu… esposa?

–Sí. En mi esposa. Pero solo durante un año.

Frankie abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de encontrar

palabras. Durante un instante, no pudo encontrar ni una sola razón para rechazar lo que él le había propuesto.

–No lo comprendo… ¿Por qué quieres estar un año casado conmigo?

Gabriel se levantó del escritorio y se acercó a ella para levantar la silla del suelo.

–Tú tienes algo que yo necesito.

Frankie tragó saliva. De repente, le pareció que las piernas se le iban a doblar y que iba a caer al suelo. A ciegas, buscó el escritorio para apoyarse en él.

–¿Qué-é? –le preguntó con un hilo de voz. Le molestó y le avergonzó que la voz se le quebrara.

–Respetabilidad.

Frankie parpadeó rápidamente.

–¿Respetabilidad? –repitió. Estuvo a punto de soltar una carcajada–. ¿No te das cuenta de la situación en la que me ha dejado mi padre? No hay nada respetable en deber millones de…

–Nadie sabrá nada al respecto si te casas conmigo. He hablado con el abogado de tu padre por teléfono justo antes de que tú llegaras. Yo me haré cargo de la deuda a condición de que te cases conmigo este fin de semana.

Frankie sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. ¿Estaba hablando en serio? ¿Estaba dispuesto a casarse con ella y a pagar todo ese dinero?

–¿Este fin de semana? Pero si ya estamos a jueves y…

–Conoces la reputación de mi familia, ¿verdad?

–Sí, todo el mundo sabe que…

–Todo el mundo menos la junta directiva en la que estoy intentando permanecer. Tu padre me nominó el año pasado, pero ahora que él ya no está el resto de los miembros se muestran algo reacios. Sin embargo, cuando me case con la única hija de Marco, una aristócrata anglo-italiana de impecable reputación y pedigrí, todos se convencerán de que pueden confiar en mí.

Frankie soltó el escritorio y se llevó las manos al cuello de la blusa de seda, preocupada de que el corazón fuera a saltársele del pecho. Tenía que recordar que era una mujer orgullosa y que no podía acceder a casarse con un hombre por conveniencia. No obstante, tenía que admitir que el plan resultaba tentador. Un año de su vida y se vería libre de deudas, recuperaría su casa…

–Necesito una respuesta, Francesca. Sí o no.

–Necesito algo de tiempo para pensarlo…

Un año casada con Gabriel Salvetti. Había esperado casarse

algún día con un hombre que la amara. Como su padre había amado a su madre, la madre a la que nunca había conocido dado que murió el mismo día que Frankie y su hermano gemelo nacieron. Desgraciadamente, Roberto nació muerto y ella siempre había tenido la duda de si ella había sido responsable de la muerte de ambos. Desde la muerte de su madre, su padre jamás había amado a otra mujer. No había vuelto a casarse. Nadie había ocupado nunca el lugar de su madre.

Esa era la clase de amor que ella esperaba de un hombre.

–¿En qué clase de matrimonio has pensado?

–Eso dependerá enteramente de ti.

–¿Qué quieres decir? –replicó ella frunciendo el ceño.

–Puede ser un matrimonio de papel o uno normal. Tú eliges.

La expresión de su rostro no daba pista alguna sobre qué clase de matrimonio quería él que Frankie eligiera. La expresión de su rostro era inescrutable, pero, sin embargo, el ambiente había cambiado ligeramente, como si una tercera parte invisible hubiera entrado en la biblioteca: el deseo. Este vibraba en el aire, como una corriente que los envolvía a ambos. Frankie lo sentía en su cuerpo, en el pulso que parecía licuar su vientre.

–Y si yo eligiera uno de papel, ¿satisfarías… satisfarías tus necesidades en otra parte?

–No.

Aquella respuesta la sorprendió. A sus treinta y dos años, Gabriel siempre había sido un hombre muy pasional. Estaba en la flor de la vida y tenía una nueva amante cada pocas semanas. Siempre se le fotografiaba con una glamurosa mujer del brazo.

–¿Permanecerías célibe durante un año entero? –le preguntó ella con incredulidad.

–Si tú accedes a un matrimonio solo en el papel, ese sería el trato. Y, por supuesto, esperaría que tú tampoco tuvieras relaciones con nadie.

Frankie se preguntó si él sabía que aún era virgen. En realidad, ¿cómo podía saberlo? No era algo de lo que ella fuera presumiendo. Estaba seguro de que su padre no había sabido nada sobre su falta de vida amorosa, en especial dado que ella había estado viviendo en Londres los últimos cuatro años, dando clase en una escuela de necesidades especiales. No había tenido mucha suerte con los hombres. Soñaba con enamorarse, pero una parte de ella tenía miedo de acercarse tanto a un hombre. No quería permitir que nadie viera lo que era en realidad: una mujer que llevaba una maldición desde su nacimiento. Su cumpleaños era la fecha de la

muerte de su madre y su hermano. ¿Acaso eso no era una maldición?

El rostro de Frankie adquirió su habitual gesto de fría altanería.

–Supongo que crees que, si me caso contigo, no podré contenerme. Que te suplicaré que me hagas el amor.

Gabriel esbozó una sonrisa tan sensual que Frankie sintió un hormigueo en el vientre.

–Si así fuera, estaría encantado de estar disponible.

Frankie se sonrojó profundamente.

–No tengo por costumbre suplicar, así que puedes esperar sentado. Sin embargo, sigo sin comprender por qué tú precisamente estás dispuesto a tomarte tantos problemas y a gastar tanto dinero para rescatarme de la situación en la que estoy.

Gabriel tomó un pisapapeles del escritorio. Sostuvo la esfera durante un instante en la mano, acariciándola con el pulgar sobre la parte superior como si estuviera acariciando el seno de una mujer.

Su seno.

Frankie notó un hormigueo en el pecho. Maldijo a Gabriel por ser tan atractivo. Era capaz de excitarla a distancia, como si el cuerpo de Frankie estuviera perfectamente conectado con el de él. Aquel pensamiento le resultó terriblemente aterrador y, a la vez, muy tentador.

Él volvió a dejar el pisapapeles sobre la mesa y miró a Frankie a los ojos.

–Tu padre era un buen hombre, Francesca. Me dio una oportunidad cuando yo empezaba mi carrera. Como la mayoría de la gente, tenía sus reservas sobre mí, pero yo me aseguré de que su ofrecimiento de ayuda no cayera en saco roto. Efectivamente, al final de su vida cometió muchos errores, pero eso fue principalmente por su enfermedad. No quiero que su recuerdo se vea mancillado o destruido por lo que ocurrió durante los últimos meses de su vida.

–Si tanta estima le tenías a mi padre, ¿por qué no viniste a su entierro?

El rostro de Gabriel dejó entrever una ligera expresión de dolor y culpabilidad. Se mesó el cabello con las manos.

–No pude venir debido a circunstancias que se escapaban por completo a mi control.

Frankie se cruzó de brazos.

–¿Tenían aquellas circunstancias algo que ver con una rubia en bikini?

–No –replicó él frunciendo el ceño.

–En ese caso, ¿el qué?

–Solo te puedo decir que se trató de una crisis y que yo era la única persona que podía resolverla en ese momento.

Frankie no sabía si creerle o no. Se había sentido muy sorprendida y muy dolida al no verle en el entierro. Gabriel solo había visitado a su padre en una ocasión en los últimos dos meses de su vida y ella no había estado presente. Cuando regresó a la casa, la enfermera le contó la breve visita de Gabriel. Se preguntó entonces si aquello no habría sido deliberado. No se había dado cuenta de lo mucho que había querido verlo en el entierro hasta que él no se presentó. No podía explicar por qué se había sentido tan desilusionada.

Se dirigió a las ventanas, que daban al jardín. Suspiró profundamente y se volvió a mirar a Gabriel.

–¿Puedo disponer de un par de días para pensar en… en esta propuesta?

–Necesito tu respuesta hoy mismo. La prensa no hace más que husmear y yo no puedo contenerles mucho tiempo más.

El pánico se apoderó de ella. Nunca se le había dado bien tomar decisiones bajo presión. Contraer matrimonio era un paso muy importante, un paso que no debía darse a la ligera. Sin embargo, ¿qué opción tenía? Si no pagaba las deudas de su padre, la reputación de este quedaría mancillada para siempre.

Sin embargo, casarse con Gabriel Salvetti…

Se cubrió el rostro con las manos y trató de controlar su respiración. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. No tenía tiempo para pensar. Ni para escapar. Las paredes de la biblioteca parecían estar cerrándose sobre ella. El ambiente le resultaba agobiante y opresor. Tenía que sentarse. Trató de agarrarse a la silla, pero fue como buscar algo a tientas en la niebla.

De repente, una mano le agarró el brazo.

–¿Te encuentras bien? Respira, *cara* –le dijo Gabriel mientras la conducía a la silla–. Ponte la cabeza entre las rodillas –añadió, mientras guiaba suavemente sus movimientos colocándole una mano en la parte posterior de la cabeza–. Eso es. Buena chica.

Frankie respiró profundamente tratando de no pensar lo agradable que era sentir la mano de Gabriel sobre la cabeza. Él estaba tan cerca que sentía perfectamente la tela de los vaqueros a través de la camisa de seda que llevaba puesta. Y el potente calor que irradiaba del tonificado muslo. No recordaba ninguna ocasión en la que hubiera estado tan cerca de un hombre, al menos una ocasión que recordara con tanto detalle.

Sin embargo, aquello era diferente. Gabriel era diferente. Se mostraba respetuoso y cariñoso de un modo que ella jamás había esperado. El tacto de su mano le hacía experimentar sensaciones extrañas. Prohibidas. Desataba pensamientos y deseos que ella no podía suprimir, aunque así lo deseara, pensamientos que desataban imágenes de ambos, con los miembros entrelazados y las bocas unidas en un apasionado beso.

Gabriel se agachó y le agarró una mano.

–¿Te sientes mejor?

La mirada de Gabriel se cruzó con la de ella e hizo que se sintiera mareada una vez más, mareada por la necesidad de sentir la boca de él sobre la suya. Se humedeció los labios y observó cómo Gabriel seguía el movimiento de la lengua. Entonces, él volvió a mirarla. La tensión era casi palpable.

Frankie miró su pálida mano en la de él. No pudo evitar pensar qué sentiría si aquellas manos recorrieran su cuerpo, acariciándola, dándole placer. Despertándola. Trató de controlar un temblor, pero no lo consiguió.

–Estoy bien… Solo algo mareada.

Gabriel le soltó la mano y se puso de pie.

–Sé que mi propuesta debe de haberte sorprendido mucho, pero te doy mi palabra de que mis motivos son exactamente los que te he dicho. No hay razones ocultas.

–Lo del matrimonio me parece un poco extremo. ¿Qué vamos a hacer cuando termine el año?

–Divorciarnos o conseguir la anulación –respondió él simplemente, como si fuera tan fácil como pasar una página.

–No me parece que tú saques mucho de todo esto. Estás dispuesto a gastar millones, ¿por qué? ¿Para que todos vean que eres mi esposo?

–Lees los periódicos, ¿verdad? Debes de haber oído el último escándalo de mi padre –añadió con un duro tono de voz, que indicaba la vergüenza que sentía sobre el comportamiento delictivo de su familia–. Drogas. El último alijo es uno de los más grandes de la historia de este país. ¿Quieres que siga?

Frankie negó con la cabeza.

–No. Debe de ser horrible para ti.

–Así es –repuso él. Se colocó detrás del escritorio y agarró el respaldo de la butaca–. Últimamente, ha sido virtualmente imposible llevar mi negocio. Se han cancelado contratos sin previo aviso. Contratos muy importantes, en los que llevaba meses trabajando. Cada vez que me presento a una reunión de la junta

directiva, siento la tensión. Tu situación es también horrible, pero podemos arreglar la de ambos con un matrimonio a corto plazo. No te estás casando con un desconocido. Y te aseguro que te trataré con el máximo respeto. De eso tienes mi palabra.

Dicho así, parecía la solución perfecta. El problema estaba en los detalles, detalles tales como la creciente atracción que sentía hacia él. La tensión que experimentaba en los senos cada vez que él la miraba. El hormigueo en los labios. El deseo ardiente entre las piernas cuando pensaba que él la tocaba justo ahí. Cruzó las piernas con la esperanza de aplacar las sensaciones, pero pareció empeorarlas. Se sintió más consciente del anhelo secreto que anidaba en su cuerpo.

–Sin embargo, si nos casáramos solo de cara al público, ¿no te parece que todo el mundo esperaría que nos diéramos señales de cariño cuando estuviéramos en público?

–Tendríamos que hacerlo en algunas ocasiones, pero podríamos acordar lo que nos parece apropiado.

–Haces que todo suene tan… aséptico.

–Las mejores soluciones para los problemas más complicados se toman cuando no se deja que los sentimientos nublen el buen juicio. Eso me lleva a la regla número uno que impondré.

–¿Regla?

–Nada de enamorarse de mí.

Frankie se levantó como si la silla le quemara.

–¿Acaso crees que yo me voy a enamorar de ti? ¿Y si eres tú el que se enamora de mí?

–No te ofendas, pero creo que es bastante improbable.

Frankie soltó una carcajada, aunque su ego estaba sufriendo una gran crisis. ¿Acaso era tan poco merecedora de amor? ¿Eran ciertas todas las dudas que tenía sobre sí misma?

–Deja que te diga lo que me ofende. Que pienses que estoy tan desesperada como aceptar tu estúpida proposición.

Gabriel colocó la mano sobre los papeles que había dejado sobre el escritorio y los empujó hacia Frankie.

–La casa se volverá a poner a tu nombre en cuanto estemos casados. Está escrito en este contrato. Nos iremos de breve luna de miel al sur de Francia, pero solo por las apariencias.

Frankie no pudo evitar mirar el contrato. No quería necesitar la ayuda de Gabriel, pero nadie más podía hacerlo.

–Me parece que casándote con una mujer a la que juras que nunca podrías amar, estás pagando un precio muy alto por tu respetabilidad.

–Es mejor que los dos mantengamos los sentimientos al margen, Francesca. Si termináramos consumando el matrimonio, tendremos que utilizar anticonceptivos. No habrá excepciones. ¿Entendido?

Frankie levantó una mano.

–¡Espera un momento! ¿No te crees que te estás adelantando un poco? Aún no he accedido a casarme contigo y…

–Te casarás conmigo, *cara*. Tienes demasiado en juego.

Frankie deseó que no fuera cierto, pero solo pensar que podría perder su casa por orgullo y obstinación era muy doloroso, más que casarse con un hombre que afirmaba que jamás se enamoraría de ella. ¿Acaso podría haber un golpe más cruel para el ego de una mujer que aquella afirmación tan insultante?

Suspiró resignada y miró hacia otro lado.

–Parece que no tengo elección…

Gabriel rodeó de nuevo el escritorio y se colocó junto a ella.

–Mírame, Francesca.

Ella lo miró. Entonces, Gabriel le llevó una mano al rostro y, suavemente, trazó la curva de la mandíbula desde debajo de la oreja hasta la base de la barbilla. Cada nervio de su rostro vibraba con la caricia. El corazón se le detuvo durante un instante.

Gabriel esbozó una sonrisa, como si supiera lo que ella estaba pensando.

–Te estoy ayudando, tú me estás ayudando a mí. No hay nada más. ¿Me he expresado bien claro?

Frankie se apartó de él.

–Yo también tengo algunas reglas. Tú no me tocas a menos que yo te lo diga.

–Me parece razonable, aunque habrá ocasiones cuando estemos en público que parecerá raro que yo te pida permiso, ¿no?

–Sí, pero yo me refería a cuando estemos solos –replicó ella levantando la barbilla con gesto desafiante–. Y va a ser un matrimonio de papel.

En la mirada de Gabriel apareció un brillo, como si se hubiera prendido en ella la llama de un irresistible desafío.

–¿Estás absolutamente segura de eso, *cara mia*?

Capítulo 2

Gabriel le aguantó a Frankie la desafiante mirada de sus ojos azules. Vio la batalla que estaba teniendo lugar en sus hermosos rasgos. Ella le recordaba a una altanera princesa que acababa de verse insultada por un humilde mozo de establo. Ella quería darle un bofetón, pero su elegante educación le impedía hacerlo. Tenía los puños apretados y los hombros tensos. Aquella era una de las cosas que le gustaba sobre ella. Era tan encorsetada que parecía haber salido directamente del siglo XIX.

–Te he dicho que no me llames así –le espetó ella.

Los ojos le brillaban como un relámpago. La entrepierna de Gabriel se tensó al imaginarse que aquellos hermosos ojos relucían con lujuria en vez de odio. Un minuto eran grises, azules al siguiente… Aquellos ojos le recordaban al lago que había en el exterior, con sus tonalidades azules y sus grises sombras.

–La gente esperará que me dirija a ti cariñosamente cuando estemos casados –replicó él mientras observaba la boca apretada de Frankie, una boca que él se moría por besar. Labios gruesos, jugosos, hechos para la pasión y para el placer. Una boca que ansiaba saborear, explorar y excitar.

Frankie lo consideraba inferior a ella, pero, a pesar de que cuatro años atrás había rechazado salir con él, en aquellos momentos era precisamente ella la que no podía negarse.

Le gustaba demostrar que la gente se equivocaba. Llenaba un vacío dentro de él. Se había pasado la mayor parte de su vida tratando de evitar comparaciones con su padre y le satisfacía demostrar que no se parecía a nadie de su familia.

Gabriel era un hombre que se había hecho a sí mismo y que vivía la vida según su propio código moral, no por el corrupto de su familia. Casarse con Francesca Mancini era la manera que él tenía de honrar al padre de ella. Marco Mancini había dejado a un lado los prejuicios que tenía sobre Gabriel y le había dado una oportunidad. Una oportunidad que él no había desaprovechado. Los

consejos y las indicaciones de Marco habían ayudado a Gabriel a expandir su carrera, a comprar y vender propiedades y, así, conseguir amasar una gran fortuna. El año anterior, Marco lo había invitado a una exclusiva junta directiva. Los contactos que esa reunión le había proporcionado valían su peso en oro. Nunca olvidaría el riesgo que Marco había estado dispuesto a correr con él, siendo un joven proveniente de una familia con tan mala reputación.

La decisión de casarse con Frankie era muy calculada. No pensaba quedarse de brazos cruzados y ver cómo el buen nombre de Marco se mancillaba por una serie de infortunadas circunstancias que se habían producido en los últimos meses de su vida.

Sin embargo, había mucho más que un simple favor hacia un hombre muerto.

Gabriel deseaba a Frankie. Llevaba deseándola desde el momento en el que ella le rechazó, porque, en lo más profundo de su ser, sabía que ella también lo deseaba, aunque se negara admitirlo. Frankie era un desafío que él no podía resistir. Aunque ella no quisiera que se consumara el matrimonio, una vez que tuviera la alianza de boda en el dedo, habría ganado. Conseguir que Frankie se casara con él sería una victoria en sí misma.

Frankie se dio la vuelta y se alejó de él. Llevaba la hermosa melena castaña, con sus salvajes rizos, recogida en una coleta. Tenía la cremosa piel blanca y los hermosos ojos azules de su madre. Unas espesas pestañas y cejas negras enmarcaban aquellos ojos. Tenía curvas en los lugares adecuados, curvas que él anhelaba explorar.

–Me temo que no tenemos mucho tiempo para celebrar una boda en la iglesia –dijo Gabriel.

Ella se giró con una expresión tan gélida en el rostro que estuvo a punto de provocarle a Gabriel escalofríos.

–Si crees que yo me pondría delante de un sacerdote para hacer promesas que no tengo intención de cumplir, has perdido el juicio.

–La gente lo entenderá, dado que solo han transcurrido unas pocas semanas desde el fallecimiento de tu padre. Me imagino lo mucho que le echarás de menos –añadió tras una pequeña pausa.

–En ocasiones, me resulta difícil aceptar que él no está aquí –comentó ella mientras se ponía a colocar los libros de las estanterías cercanas–. Cuando entré en la casa y oí que había alguien en la biblioteca, pensé que era él. Que no estaba muerto y que esta horrible pesadilla era tan solo un mal sueño. Ojalá.

Gabriel conocía muy bien lo que era la pena. Su madre murió cuando él tenía solo nueve años y Gabriel había tardado muchos

años en dejar de echarla de menos. Durante diez años, había guardado uno de sus jerséis para seguir sintiendo su aroma. Su muerte no solo le había afectado a él, sino también a sus hermanos menores Ricci y Lorenzo, pero en especial a Carli, su hermana pequeña, que solo tenía dos años.

Gabriel había tratado de llenar los vacíos, convertirse en figura paternal, pero sus hermanos idolatraban a su padre y nada de lo que Gabriel dijera o hiciera podía ejercer influencia alguna sobre ellos. Con Carli había tenido más posibilidades. Ella lo adoraba y sentía algo de miedo hacia su padre por sus violentos estallidos de genio y, sobre todo, por los dudosos personajes que entraban y salían de la casa. Gabriel esperaba que él aún pudiera hacer algo por su hermana pequeña, pero Carli llevaba luchando contra un desorden alimenticio desde la adolescencia. Aún no había conseguido salvar a su hermana pequeña de sus demonios interiores, pero no pensaba rendirse. Nunca.

Se acercó a Frankie.

–Era un buen hombre, Francesca. Uno de los mejores. Y te quería mucho y solo deseaba lo mejor para ti.

–Supongo que, comparado con tu padre, el mío debió de haberte parecido un padre perfecto.

«No sabes ni siquiera la mitad», pensó él. Mantuvo la expresión del rostro inescrutable. Había aprendido a no revelar demasiado de lo que sentía sobre su propio padre. Hasta la palabra *padre* le parecía demasiado buena para referirse al suyo.

–No hay comparación. Bueno –dijo para cambiar de tema–, creo que ha llegado el momento de brindar por nuestro próximo enlace, lo que me recuerda que…

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de compromiso que le había comprado. Tomó la mano izquierda de Frankie y le colocó la joya de diamantes en el dedo.

Frankie miró el anillo.

–Es muy bonito, pero me parece ridículamente caro. Es decir, ya te has gastado mucho dinero y..

Gabriel le agarró la mano entre las suyas y se la apretó suavemente.

–Deja de preocuparte por el dinero. Nos estamos ayudando el uno al otro, ¿recuerdas?

Ella lo miró con ojos brillantes y ese gesto despertó algo en el pecho de Gabriel. Le soltó la mano y dio un paso atrás para tratar de ignorar el hormigueo que sentía en los dedos. Para tratar de ignorar la necesidad de besarla.

–¿Qué planes tenías para esta noche? –le preguntó él, con un tono de voz neutro.

–Iba a regresar a mi hotel para cenar.

–¿Por qué te alojas en un hotel? –le preguntó Gabriel–. Me sorprendí mucho cuando el agente me dijo que no habías pisado esta casa desde el entierro.

–Pensé que sería más fácil mantenerme alejada de aquí mientras los de la inmobiliaria les enseñaban la casa a posibles compradores. Y dado que mi padre murió aquí… la casa me resultaba demasiado vacía y solitaria. Tuve que deshacerme de todo el servicio para reducir costes.

–¿Considerarías quedarte aquí si yo me quedara contigo?

–¿Sería esa una buena decisión?

–Estaremos casados dentro de cuarenta y ocho horas. Todo el mundo esperará que vivamos juntos.

Frankie dio un paso atrás también y se abrazó a sí misma.

–Estarás a salvo conmigo, Francesca. Honraré la decisión que has tomado de que nuestra relación sea platónica –dijo él, a pesar de que le costó hacerle esa promesa. Cumpliría su palabra si ella no cambiaba de opinión. Gabriel no era la clase de hombre que tuviera que manipular a una mujer para tener relaciones sexuales con ella. No lo necesitaba.

–Gracias.

Si Frankie se sintió aliviada por su promesa, no lo mostró. Su hermoso rostro estaba tan impasible como siempre, pero Gabriel sintió que, tras sus hermosos ojos azules grisáceos, se estaba formando una tormenta.

En menos de una hora, Gabriel había organizado el traslado de las cosas de Frankie desde el hotel hasta Villa Mancini. En aquellos momentos, estaban sentados en un exclusivo restaurante a poca distancia de la mansión que tenía vistas al lago Como. Las montañas se erguían majestuosamente, creando un espléndido paisaje para las profundas aguas del lago. Frankie nunca se cansaba de mirar las vistas y, a pesar de que había vivido en Londres los últimos cuatro años, consideraba que el lago y lo que le rodeaba eran uno de los lugares más hermosos del mundo.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Gabriel la estaba mirando muy fijamente.

–Lo siento, estaba pensando en mis cosas… –dijo. Tomó la copa con el exquisito champán francés que él había seleccionado y le dio

un sorbo–. Estupendo. Tienes buen gusto.

–¿Para ser un hombre del lado malo de la vía del tren?

–No fue eso lo que quise decir. Solo he comentado…

–No pasa nada, *cara*…

–¿Tienes algún contacto con tu padre?

–No.

–¿Cuándo fue la última vez que…?

–Déjalo, Francesca –respondió él con expresión dura e impenetrable.

–¿Por qué me llamas siempre Francesca?

–Es un nombre muy bonito. Muy regio y sofisticado…

–¿Es así como me ves?

Gabriel tomó su copa, pero tan solo para hacer algo con las manos, dado que no se la llevó a los labios.

–No estoy seguro de que quieras saber cómo te veo.

–Ponme a prueba. Vamos, dímelo.

Gabriel sonrió. El gesto resultó tan sexy que ella sintió cómo la parte inferior de su cuerpo cobraba vida.

–Bajo esa imagen de princesa de hielo, eres una mujer apasionada –comentó él con voz ronca, sin dejar de mirarle los labios. Frankie se sonrojó.

–No sabes nada sobre mí. Tan solo crees que lo sabes.

Gabriel soltó una carcajada y le dio por fin un sorbo a su champán. Volvió a dejar la copa sobre la mesa.

–Te avergüenzas de sentirte atraída por mí. Las chicas buenas como tú no van con chicos malos como yo.

A Frankie le estaba constando seguir sentada. Estaba experimentando un deseo que no quería sentir. Más que avergonzada, le asustaba la atracción que sentía hacia él. Se preguntó si él podría sentirlo.

–Jamás hubiera pensado que un hombre de mundo como tú estuviera interesado en una buena chica. Ella sería demasiado aburrida y corriente para tu gusto, ¿no?

–Eso depende.

–¿De qué?

–De qué buena chica estemos hablando.

El corazón de Frankie comenzó a latir frenéticamente. Aquella conversación los estaba conduciendo a un terreno peligroso. Ella no flirteaba con hombres. Ya no. Lo había hecho en el pasado en una ocasión, de la que había salido una relación. Entonces, Frankie descubrió que el hombre en cuestión solo había querido salir con ella por su fortuna y estatus y solo había querido acostarse con ella

para presumir del hecho con sus amigos.

–¿Por qué no quieres tener hijos? –le preguntó, casi sin pensar.

–No siento necesidad alguna de trasmitir mis genes.

–¿Por tu familia?

Gabriel no respondió. Se limitó a hacerle una pregunta.

–¿Y tú? ¿Te gustaría tener hijos algún día?

Frankie comenzó a juguetear con el tallo de la copa.

–No lo sé…. Supongo que tengo algo de tiempo antes de que tenga que tomar una decisión al respecto. No estoy segura de qué clase de madre sería. Es decir, crecí sin madre. No he tenido nadie en quien fijarme, aparte de niñeras y canguros, a las que pagaban por cuidar de mí. No es lo mismo.

–No. Supongo que no –repuso él. En su mirada, algo cambió. Una sombra. Un fantasma.

–¿Cómo era tu madre? –le preguntó Frankie.

–Hay una cosa que tienes que aprender sobre mí, Francesca. No me gusta hablar de mi familia. ¿Te ha quedado claro?

–Perfectamente.

Frankie se reclinó sobre su silla y lo observó durante un instante. Tras haber experimentado la caída de su padre, se imaginaba perfectamente lo horrible que debía de ser para Gabriel vivir con la vergüenza que pendía sobre su familia. Varios de sus parientes estaban en la cárcel en aquellos momentos y su padre estaba a la espera de juicio una serie de delitos relacionados con las drogas.

Resultaba extraño que, a pesar del ambiente en el que había crecido, Gabriel nunca había sido un hombre malo. A ella le había repelido su arrogancia cuando le pidió una cita hacía cuatro años y le escocía que él diera por sentado que no podría resistirse a sus encantos. Sin embargo, había estado a punto de aceptar porque la tentación había sido demasiado fuerte. Y seguía siéndolo.

Después de un tenso silencio, Gabriel dejó escapar un largo suspiro.

–Lo siento. Es que me he pasado gran parte de mi vida adulta sin pensar en mi familia.

Frankie le cubrió la mano con la suya.

–Siento haberte insistido para que hablaras sobre algo que, evidentemente, te resulta muy doloroso. Trataré de no volverlo a hacer.

Gabriel volvió la mano y atrapó la de Frankie. Esbozó una medio sonrisa que provocó una extraña sensación en el pecho de ella. Frankie contempló las manos de ambos y sintió un calor líquido entre las piernas. El tacto de Gabriel le hacía experimentar

sensaciones muy extrañas, como la de pensar en ser poseída por él mientras ambos se movían juntos presa de una ardiente pasión. Una pasión que ella nunca había sentido.

Durante la cena, la conversación pasó a un terreno más neutral. Frankie se sorprendió al darse cuenta de que se estaba divirtiendo. Gabriel parecía estar esforzándose por entretenerla con divertidas anécdotas de su trabajo. Sin embargo, cuando un rato después él la ayudó a levantarse, el contacto de su piel provocó en ella sensaciones que no pudo controlar. El fuerte brazo le rodeó la cintura mientras salían del restaurante y provocó en ella un fuerte anhelo. A pesar de que llevaba puestos unos zapatos con un tacón de vértigo, Gabriel seguía siendo mucho más alto que ella y le hacía sentirse muy femenina, de un modo que jamás había experimentado antes.

Se dirigieron al coche y la mano se deslizó hasta la cadera mientras Gabriel le abría la puerta. Frankie se montó en el vehículo y aceptó el cinturón de seguridad del que Gabriel tiró en vez de ella. Los dedos de él hacían saltar chispas por donde tocaban.

Frankie lo miró cuando él se colocó detrás del volante. ¿Se cansaría alguna vez de mirarlo? Era como un ángel caído. Guapo, con una profunda masculinidad que le hacía hervir la sangre en las venas. Observó los poderosos muslos mientras él conducía. El motor rugía bajo sus órdenes como si fuera una pantera al acecho.

Gabriel la miró y le guiñó un ojo.

–No te preocupes. Te mantendré a salvo.

¿Y si ella no quería estar a salvo?

Capítulo 3

Gabriel se concentró en el trayecto de vuelta a la mansión, pero era consciente de la energía sensual que había en el coche. Había sorprendido un par de miradas de Frankie y no podía dejar de preguntarse si ella estaba pensando lo mismo que él. El ardiente deseo que se negaba a desaparecer. La potente necesidad. No se le insinuaría a Frankie en modo alguno. Quería que ella fuera dueña del deseo que sentía por él. Lo veía en sus ojos y lo sentía en el tacto de su piel. Casi se saboreaba en el aire.

–¿Crees que podrás dejar tu trabajo durante un año?

–¿Esperas que deje mi trabajo? ¿No te parece que eso está bastante pasado de moda?

–No me importa que trabajes, pero tu trabajo está en otro país. No me van las relaciones a distancia.

–Pero nuestra relación no es real, así que, ¿qué importancia podría tener?

–No voy a permitir que nadie diga algo como que mi esposa no soporta vivir bajo el mismo techo que yo. Por eso.

–¿Y por qué no te vienes tú a vivir a Londres? Tienes muchos negocios allí, ¿verdad?

–Sí, tengo un apartamento allí, pero mi casa está en Milán. Allí es donde paso la mayor parte del tiempo, aparte de cuando viajo por motivos de trabajo. Recuerda que soy yo el que te estoy ayudando a ti. Lo mínimo que puedes hacer es mudarte a Italia durante ese año. No es que no te vaya a compensar adecuadamente por los inconvenientes. No estoy tratando de ser difícil.

–Pues a mí me lo parece. Esperas que me desarraigue de mi vida y que encaje en tus planes como si fuera una obediente esposa del siglo XIX, que no tiene nada mejor que hacer todo el día que bordar pañitos. Ya he tenido que dejar mi trabajo durante dos meses cuando tuve que venir a cuidar de mi padre.

–Me temo que esto no es negociable. Te quiero a mi lado. De otro modo, nadie creerá que esto es de verdad.

–¿Y si me niego?

–No hay trato.

Gabriel vio que ella se miraba el anillo de compromiso. Resultaba evidente que ella estaba dudando si quitárselo y arrojárselo a él a la cara. Entonces, Frankie lanzó un suspiro de resignación.

–¿Pierdes alguna vez una discusión?

–Ya no.

Cuando llegaron a la mansión, Gabriel se excusó para ir a consultar su correo electrónico. Frankie se fue a su dormitorio, donde él le había llevado antes su equipaje. Resultaba extraño estar de vuelta en casa. No había pasado ni una sola noche debajo de aquel tejado desde la muerte de su padre. Sin embargo, la casa parecía un lugar completamente diferente con la presencia de Gabriel.

Había resultado inútil discutir con él sobre el hecho de que Frankie pudiera seguir manteniendo su vida en Londres. Una parte de ella comprendía su punto de vista y, su trabajo, por mucho que ella lo disfrutase, no estaba al mismo nivel del de él. No obstante, no quería acomodarse demasiado fácilmente a sus planes, como si ella no tuviera aspiraciones o deseos propios. Una de las razones por la que quería mantener la casa familiar era un sueño que tenía de utilizar parte de ella como residencia de vacaciones para niños desfavorecidos. Muchos de los niños a los que ella daba clase tenían infancias difíciles. Algunos de ellos ni siquiera habían estado nunca de vacaciones. El contraste con su infancia llena de privilegios era inmenso, en la que las vacaciones en lugares exóticos eran la norma, siempre acompañada de su niñera o, cuando ya fue algo mayor, de algunas amigas. Siempre había pensado que viajaban así porque su padre no quería estar a solas con ella.

Cuando deshizo su equipaje, fue a uno de los dormitorios de mayor tamaño para prepararlo para Gabriel. Se detuvo un instante frente a la puerta del dormitorio principal. Hacía veinticinco años que nadie dormía en él. Su padre había sido incapaz de dormir allí después de la muerte de su madre. Habían pasado años antes de que le pidiera a una de las amas de llaves que sacara las cosas de su esposa. Frankie recordaba perfectamente aquel día y recordaba también la depresión en la que cayó su padre y que pareció durarle meses.

Se decidió al final por otra suite, que tenía vistas al lago. Estaba

algo más lejos de su propio dormitorio y, hasta que consiguiera controlar su cuerpo, eso solo podía ser algo bueno.

Cuando bajó la escalera un rato después, Gabriel salió de la biblioteca.

–Te he preparado un dormitorio –le dijo–. Es el cuarto a la derecha.

–Gracias, pero podría haberlo hecho yo mismo. No tienes por qué atenderme. ¿Te gustaría tener la misma ama de llaves y el mismo personal de servicio que antes o quieres que contrate a otros nuevos?

Frankie se sintió angustiada al pensar que tendría que ocuparse de pagar el suelo del personal de servicio, pero la casa era demasiado grande para ella incluso con todo el tiempo libre que tendría.

–La última ama de llaves de mi padre se jubiló cuando él murió. Si pudiéramos mantener el servicio al mínimo… ¿qué te parece un ama de llaves y dos jardineros?

–No espero que seas tú quien se ocupe de pagar sus sueldos. Yo me encargaré de eso.

La idea de que él pudiera leerle el pensamiento le resultó muy turbadora. ¿Y si veía algo más? Sintió que se había ruborizado y apartó la mirada.

–Gracias. Es muy generoso por tu parte. No sé cómo podré pagarte todo esto alguna vez.

–Lo único que quiero es que permanezcas un año casada conmigo.

A Frankie le costaba mantener su mirada. Le preocupaba que pudiera traicionarse y lo mirara a los labios, pero le resultó imposible no hacerlo. Era imposible no desear sentir aquellos masculinos labios contra los suyos. Gabriel se acercó a ella y se colocó a poca distancia de ella.

–Mañana tendremos que ocuparnos de los temas legales. Les he pedido a mis abogados que se reúnan aquí con nosotros. Después de eso, puedes marcharte a comprarte un vestido de novia.

Frankie levantó la barbilla y entornó la mirada.

–¿Quieres que me ponga un vestido de novia de verdad? ¿Aunque no nos casemos en la iglesia?

–Te doy la opción de ser una novia tradicional. Lo tomas o lo dejas –replicó él. Su voz sonaba tranquila, pero había una cierta tensión en su mandíbula.

–¿Y dónde se celebrará la ceremonia? –le preguntó Frankie con voz gélida.

–Podría ser aquí mismo, en el jardín, a menos que tengas otro lugar que prefieras.

Frankie se sintió algo abrumada por su sugerencia. De niña, a menudo había soñado con casarse en los jardines de la mansión. Todo había formado parte de un juego imaginario, en el que se veía subiendo por el sendero cuajado de glicinias en flor del brazo de su padre, para dirigirse al encuentro de un guapo novio, que estaría locamente enamorado de ella.

Desgraciadamente, su padre estaba muerto y no se iba a casar por amor.

Frankie se mordió el labio.

–Tengo un vestido de novia… es el de mi madre. Mi padre me lo guardó. Creo que está en el desván, pero no estoy segura de en qué estado se encontrará. Puede que necesite que lo lleve a la tintorería o, al menos, que lo airee.

–Tenemos un par de días para ocuparnos de eso –le dijo Gabriel mientras le tomaba la mano izquierda y acariciaba suavemente el anillo de diamantes–. ¿Hay alguien a quien te gustaría invitar? ¿Parientes de Inglaterra? ¿Amigos?

Frankie suspiró y miró las manos entrelazadas de ambos.

–Apenas conozco a mis parientes ingleses. Casi todos salieron de mi vida cuando mi madre y mi gemelo murieron.

–No sabía que tenías un hermano gemelo –comentó él asombrado–. Tu padre nunca me dijo nada.

Frankie apartó la mano.

–Sí, bueno, no le gustaba hablar del fallecimiento de mi madre y mucho menos de que Roberto naciera muerto. Debió de ser muy traumático para él estar esperando con tanta alegría el nacimiento de sus gemelos y terminar perdiendo a su hijo y a su esposa por una tremenda hemorragia postparto.

–Una terrible tragedia…

–A una de las niñeras se le escapó que yo había tenido un hermano gemelo cuando yo tenía cuatro o cinco años. No hay fotos de Roberto, por supuesto. Yo misma solo tengo algunas que una de las niñeras me hizo.

–Sé que tu padre se mostraba reacio a hablar de tu madre, pero, después de algunas copas, un día me mostró una fotografía de ella. Tú te le pareces mucho. Me da la sensación de que le deprimía hablar sobre ella, lo que es comprensible, dadas las trágicas circunstancias. Sin embargo, a menudo me he preguntado por qué no se volvió a casar. Ciertamente, era lo suficientemente joven para tener más hijos si eso era lo que quería.

–Tuvo alguna relación discreta y breve –dijo Frankie–, pero me da la sensación de que las mujeres con las que salía no podían soportar el hecho de tener que competir con un fantasma.

–Debió de ser muy difícil para ti tener que crecer sin madre –comentó Gabriel. Una sombra pasó por su rostro.

–Sí, bueno, no se puede echar de menos lo que no se tiene, o eso dicen –suspiró–. Sin embargo, claro que la echo de menos. Echo de menos la idea de tener una madre. Me siento como si tuviera un enorme vacío en el pecho que nada puede llenar. No sé cómo hacerlo…

¿Por qué se estaba sincerando con él? ¿Qué era lo que estaba esperando? ¿Compasión?

Gabriel le tomó la mano.

–La pérdida de una madre tan joven debe sentirse a cierto nivel, aunque no sea consciente.

Frankie lo miró a los ojos y se preguntó si estaba pensando en la pérdida de su propia madre. No le había hablado de ella. De hecho, se negaba a hablar de nadie de su familia.

–Gabriel, ¿cuántos años tenías tú cuando perdiste a tu madre?

Al principio pareció que él no iba a responder. Le soltó la mano a Frankie y dio un paso atrás.

–Nueve años –respondió sin emoción alguna.

–¿Te acuerdas de ella?

–Mañana tenemos un día muy importante por delante –replicó–. Es mejor que te vayas a la cama. Buenas noches.

Frankie permaneció completamente inmóvil mientras él se daba la vuelta y regresaba a la biblioteca. Cerró la puerta a sus espaldas.

Era un hombre desconcertante y enigmático. Una parte de su vida parecía estar sellada. Sus pensamientos y sentimientos conformaban un código secreto para el que Frankie no tenía la contraseña.

¿Dispondría de ella alguna vez?

Capítulo 4

Gabriel esperó hasta que estuvo seguro de que Frankie se había ido a la cama antes de subir a su dormitorio. No esperaba dormir. Se había quedado atónito al enterarse de lo del hermano gemelo de Frankie. Resultaba difícil no sentirse muy triste por lo sobrevenido a Frankie y a su padre, pero le dolía un poco que Marco no hubiera compartido con él que tuvo un hijo que nació muerto.

La relación entre ambos no había sido muy usual. Gabriel había disfrutado de la compañía de Marco. Lo había admirado y respetado, pero no había tardado en darse cuenta de que no había muchas personas que pudieran estar cerca de Marco Mancini. Sin embargo, ¿no era él igual? Habían sido espíritus gemelos en ese sentido. ¿Acaso le había resultado a Marco demasiado doloroso hablar de la pérdida de su hijo, aunque tan solo fuera de pasada?

A Gabriel no le gustaba hablar de su propio dolor. De su propia vergüenza, la vergüenza que se le pegaba a la piel como si fuera barro podrido. Le había hablado a Marco muy poco sobre su infancia. Muy poca gente sabía lo que ocurrió antes de que la riqueza entrara por la puerta de los Salvetti. Una riqueza a la que Gabriel dio la bienvenida sin cuestionarla nunca. No le contó a Marco el hambre que pasó en los primeros años de su vida, las palizas, los desesperados intentos por mantener a sus hermanos lejos de personas deshonestas. La abundancia o el hambre cuando uno de los negocios de su padre para hacerse rico rápidamente iba bien o mal. Durante aquellos años, Gabriel había tenido que salir a pedir por las calles para proporcionar comida para sus hermanos menores. Había robado fruta de los jardines de la gente e incluso las sobras de las terrazas de los cafés.

De repente, todo cambió. Fue como un milagro. Gabriel nunca lo cuestionó porque sintió un profundo alivio de no tener que preocuparse más. De no sentir hambre ni vergüenza. Disfrutó de la abundancia, del hecho de poder mudarse a una casa mejor, a un barrio más elegante. Del personal de servicio: cocineros,

limpiadores, jardineros, mayordomos, chóferes… Disfrutó del estatus. Y de la seguridad.

Aprovechó la educación en colegios privados que su padre les ofreció a él y a sus hermanos. Lo disfrutó todo hasta que cumplió dieciocho años y descubrió la verdad sobre la riqueza de su padre. La sucia verdad que avergonzó a Gabriel por cada euro que su padre se había gastado en él. Cada sucio euro, manchado de sangre y droga.

Se había educado, vestido y alimentado con los beneficios de las drogas, drogas que envenenaban a la gente y destruían sus vidas. Las mismas drogas que mataron a su madre, en forma de unas pastillas que le administró su padre para evitar que fuera a la policía a hablar de sus sucios negocios. Durante muchos años, Gabriel había creído que su madre se había suicidado. A los dieciocho años, cuando supo la fea verdad, se alejó de su padre y les suplicó a sus hermanos que hicieran los mismo y se fueran con él, pero ellos se habían negado a hacerlo por una perversa lealtad a su padre. La verdad era que el estatus y el dinero les gustaba más que la moralidad.

Carli había estado tan desesperada por pertenecer a una familia que había tardado gran parte de su adolescencia en reconocer lo que era su padre, un delincuente capaz de librarse de las personas que se enfrentaban a él. Incluso en aquellos momentos, cuando sabía las actividades criminales que realizaba su padre, Carli no siempre recibía con agrado la ayuda de Gabriel.

Marco, el padre de Frankie, debió de sentir en Gabriel una extraña camaradería del sufrimiento por el modo en el que decidió darle aquella oportunidad años atrás y por eso le estaría siempre agradecido. Sin embargo, no dejaba de sentirse enojado consigo mismo por no haberse dado cuenta del lío financiero en el que Marco se había metido hasta que no fue demasiado tarde. Sin embargo, lo iba a enmendar dos días después, cuando Frankie se convirtiera en su esposa.

Había visto a Frankie de pasada cuando ella solo era adolescente y regresaba a casa del internado en el que estudiaba en Inglaterra. En esas ocasiones, ella había fingido no fijarse en él, pero el rubor y las miradas de soslayo la habían delatado. Aún recordaba la primera vez que le dio la mano, cuando ella tenía tan solo diecisiete años. Había experimentado una sensación parecida a una descarga eléctrica, que le llegó directamente a la entrepierna. Por aquel entonces él ya tenía veintitrés años y no era ningún adolescente. Ya había tenido algunas relaciones, por lo que le sorprendió lo que una

chica que era prácticamente una niña le hacía sentir. El efecto que había producido en él entonces había sido abrumador.

Y lo seguía siendo.

Frankie no se fue directamente a la cama, aunque se sentía completamente agotada. No podría descansar hasta que no encontrara el vestido de novia de su madre. Necesitaba saber si era adecuado o si necesitaba comprarse uno nuevo. Sin embargo, cuando por fin lo encontró en el desván, dentro de un baúl, supo que no podría llevar ningún otro. Retiró las hojas de papel de seda en las que estaba envuelto y se lo colocó encima del cuerpo. El exquisito vestido de encaje de Chantilly y raso caía en suaves pliegues hasta el suelo. Parecía haber sido confeccionado para ella.

El blanco nacarado del vestido le sentaba muy bien y el diseño se ceñía perfectamente a sus curvas. Además, como complemento, llevaba un velo bordado a mano y una tiara. No se imaginaba llevando otro vestido que no fuese aquel, pero, ¿era lo correcto? Su madre se había casado con su padre por amor. ¿Estaría Frankie traicionando aquel hermoso vestido poniéndoselo para casarse con un hombre al que no amaba y que no la amaba a ella? ¿Un hombre que había insistido que, en aquella unión, no podría haber sentimientos ni emociones?

Se llevó el vestido a su habitación y lo colgó en su vestidor. Se preguntó qué habría sentido su madre el día de la boda.

Suspiró y se apartó del vestido y de todo lo que representaba. Tenía que seguir con el plan. Casarse con Gabriel era la única manera de salir del lío que su padre le había dejado. Lo haría tan fría y cínicamente como Gabriel.

Sin sentimientos y sin lamentaciones.

A la mañana siguiente después de desayunar, Frankie se reunió con Gabriel y su abogado en la biblioteca. Gabriel le había dado los documentos de antemano para que pudiera leerlos. No le sorprendió ver que él había preparado un acuerdo prenupcial. No le importaba. De hecho, le parecía que era lo más razonable dadas las circunstancias, pero era tan solo un recordatorio más de lo que iba a ser su matrimonio.

Firmó donde le pidieron que firmara y observó cómo Gabriel hacía lo mismo. Incluso el modo en el que sostenía el bolígrafo le hacía pensar en el sexo. Se imaginó aquellos dedos acariciándola,

tocándola en lugares que nunca nadie había tocado antes. Contuvo un temblor y se preguntó cuánto le habría contado a su abogado sobre la relación entre ambos. Si el abogado se sorprendió por los detalles que había redactado para su cliente, se cuidó mucho en mostrarlo. Se marchó poco tiempo después, expresando sus mejores deseos para la pareja en el día de su boda.

Gabriel cerró la puerta cuando el abogado se marchó y se volvió a mirar a Frankie.

–Espero que eso no te haya resultado demasiado doloroso.

–¿Y por qué iba a serlo? El hecho de que quieras proteger tu riqueza no me supone ningún problema.

–A pesar de lo que todo el mundo piensa, este matrimonio es por un año nada más. No estoy dispuesto a poner en peligro mis bienes por una relación que no va a durar.

Frankie levantó la barbilla.

–¿Acaso pones siempre un límite de tiempo estricto a tus relaciones?

–Solo cuando es necesario. Por cierto –dijo él–, solo mi abogado y nosotros tenemos que saber lo que esto es realmente. Todos mis empleados darán por sentado que es un matrimonio por amor. Espero que tú les digas a tus amigos y conocidos lo mismo. Eso es lo que le voy a decir a la prensa cuando emita un comunicado después de que nos hayamos casado.

–Entonces, ¿cómo vas a explicarles a tus empleados que vayamos a dormir en habitaciones separadas? Recuerda que acordamos que no iba a ser un matrimonio real.

–Tendremos que compartir espacios íntimos. Eso es lo que hacen las parejas casadas. En Milán, mi dormitorio tiene un vestidor muy grande. Yo puedo dormir allí si prefieres no compartir la cama.

Frankie lo miró asombrada.

–¿Estás loco? No pienso compartir dormitorio contigo, por muy grande que sea. De ninguna manera –dijo ella mientras echaba a andar hacia la escalera.

–Te di mi palabra, Francesca. No me insultes no creyendo en ella.

Frankie se detuvo y se dio la vuelta para mirarlo. Resultaba difícil leer la expresión de su rostro, pero ella sintió que estaba desilusionado por su falta de confianza. Resultaba extraño, pero Frankie se dio cuenta de que confiaba en él. Sin embargo, el hecho de que no se mostrara en realidad tan reacia a él como quería hacerle pensar, le hacía a no confiar en sí misma. ¿Cómo podía estar segura de que no terminaría en su lado de la cama,

ofreciéndosele, suplicándole que le hiciera el amor?

–¿Por qué haces esto? ¿Por qué? ¿Es porque rechacé tu cita hace años? ¿Es este tu modo de vengarte?

–Simplemente estoy siendo práctico sobre esto, *cara*. La gente hablará si no compartimos el dormitorio. No puedo garantizar que todos mis empleados sean discretos. No deseo alentar rumores desde el principio de nuestro matrimonio. Créeme si te digo que, a la larga, me darás las gracias.

Frankie se quedó inmóvil al pie de la escalera. Le temblaban las piernas, como si los huesos se le estuvieran disolviendo con las imágenes que se proyectaban en su cabeza, imágenes en las que ella estaba tumbada junto a él en la cama. ¿Y si dormía desnudo? Un agradable calor le recorrió todo el cuerpo, un calor traidor que la excitaba profundamente.

–¿Te resultará difícil fingir ante tus empleados que estás enamorado de mí? –le espetó ella.

Gabriel se encogió de hombros, pero su mirada permaneció inescrutable, secreta.

–Te aseguro que no será ningún problema.

Frankie dio un paso hacia él.

–Tal vez deberías practicar diciéndolo.

–No creo que sea necesario –replicó él. Algo endureció un poco más su mirada.

–Yo creo que sí lo es. Debes practicarlo para que suene auténtico.

Frankie sabía que estaba jugando con fuego, pero, hasta aquel momento, él siempre había llevado la voz cantante. Tenía que equilibrar un poco las cosas para hacerse sentir menos vulnerable.

–La gente esperará que dejes caer esas dos palabras todo el tiempo –añadió.

–Las palabras no significan nada sin gestos –observó él mientras le miraba atentamente la boca–. ¿Me sugieres que practique eso también?

Se había acercado mucho, sin tocarla, pero sí lo suficiente para que Frankie deseara que lo hiciera. Lo suficiente para que la piel le temblara de anticipación y que el aliento se le quedara en el pecho. Gabriel volvió a mirarle los labios, deteniéndose en ellos lo suficiente como para que durara lo mismo que un beso apasionado. Los labios de Frankie reaccionaron como si los hubiera besado. Vibraban y ardían, al tiempo que algo más profundo despertaba en su interior.

Se obligó a aguantarle la mirada.

–Solo se te permite tocarme cuando yo te dé mi permiso, ¿recuerdas?

–Me das permiso cada vez que me miras, *cara* –dijo él con una sonrisa.

–Esas son las palabras de un hombre con un ego muy inflado –replicó Frankie, aunque la voz le sonaba demasiado ronca, casi sugerente.

–No es del tamaño de mi ego de lo que lo que tienes que preocuparte…

Frankie se sonrojó vivamente. El mismo calor le licuó la entrepierna. Arqueó las cejas, animada por un pícaro demonio que le hablaba desde el interior.

–¿Estás flirteando conmigo, Gabriel?

Él colocó la mano sobre la pared, justo detrás de la cabeza de Frankie, inmovilizándola por un lado, pero, al mismo tiempo, dándole espacio para que pudiera escapar.

–¿Qué te parece a ti, *cara*?

Frankie no podía pensar, al menos con Gabriel tan cerca. Estaba cerca, tan cerca que ella podía sentir el calor que irradiaba de él. Tan cerca que podría apretarse contra él y dejarse llevar por la tentación. Deseaba hacerlo. Desesperadamente. Tanto como si fuera una fiebre virulenta que tuviera en la sangre.

Se pasó la punta de la lengua por los labios y observó cómo él seguía el movimiento con la ardiente mirada.

–Creo que tú quieres besarme…

Frankie se sorprendió bastante ante lo descarada que estaba siendo, pero no era capaz de contenerse. El poder femenino que estaba experimentando era totalmente adictivo.

–Lo deseas y mucho…

Gabriel sonrió perezosamente.

–Pídeme que te bese y lo haré, pero no antes…

Frankie respiró profundamente. Los latidos del corazón se le habían acelerado y estaba empezando a perder el control. Bajó las pestañas para ocultar sus ojos y dirigió su mirada a la sensual curva de los labios de Gabriel. «Pídeselo, pídeselo». El deseo pulsaba dentro de su cuerpo. Sin embargo, de repente, sacó una fuerza de voluntad que no había sabido aún que poseyera y volvió a mirarlo a los ojos.

–Crees que no puedo resistirme a ti, pero claro que puedo. Y lo haré.

–¿Con quién exactamente te estás peleando? ¿Conmigo o contigo misma?

Frankie levantó la barbilla y enfrió la mirada.

–No me has comprado, Gabriel. No lo olvides nunca.

Gabriel la miró fijamente y dio un paso atrás.

–Me alegra saberlo, *cara*.

Sin una palabra más, se marchó.

Frankie dejó escapar el aliento que no había sido consciente de haber estado conteniendo. ¿Habría alguna vez en que sintiera que ella había ganado una ronda con él? Gabriel parecía casi invencible.

Y, en menos de veinticuatro horas, se convertiría en su esposo.

Aquella tarde, Frankie apenas vio a Gabriel. Se mantuvo ocupada organizando su año de excedencia del trabajo. No se podía creer lo fácilmente que mentía. Sin embargo, ¿qué opciones tenía? No podía arriesgarse a que Gabriel renegara del trato. Había demasiado en juego. El dinero que su padre debía se devolvería aquel mismo día, dado que ya habían firmado el papeleo. Tenía que aceptar la situación por lo que era, un plan de rescate que significaba renunciar a su libertad durante un año.

¿Qué más tendría que sacrificar?

¿Hasta qué punto conocía a Gabriel Salvetti? ¿Hasta qué punto lo conocía nadie? Tenía una personalidad pública, pero, ¿qué parte de ella era verdad y qué parte eran especulaciones de la prensa? Tenía una reputación de playboy, que salía con mujeres para dejarlas al día siguiente. ¿Se creería el público que se había enamorado de ella? Ella no guardaba ningún parecido con su tipo de amante habitual. Sin embargo, Frankie no iba a ser su amante. Había insistido en que el suyo sería exclusivamente un matrimonio de papel. Por supuesto, Gabriel pensaba que ella cambiaría de opinión. Probablemente pensaba que ella ya estaba medio enamorada de él.

Sin embargo, Frankie jamás sería tan estúpida. No. De ninguna manera.

Cuando bajó aquella noche, encontró a Gabriel preparando la cena.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó con el ceño fruncido–. Pensaba que ibas a contratar a una nueva ama de llaves.

–No va a empezar hasta el lunes –respondió Gabriel mientras abría un cajón para buscar una tabla de picar. Cuando la encontró, la enjuagó en el fregadero–. Pensé que era mejor que cenáramos en

casa esta noche. Mañana nos espera un día muy largo.

–Vaya, qué suerte tengo de tener un esposo que sepa cocinar –comentó. No pudo borrar el sarcasmo de su voz.

Gabriel se secó las manos en el paño de cocina y la miró con un brillo malicioso en los ojos.

–¿No es eso lo que quieren la mayoría de las mujeres? ¿Un hombre que sepa manejar las manos?

Frankie se cruzó de brazos y le dedicó una mirada que podría haber ajado inmediatamente la albahaca que él tenía sobre la encimera.

–Pensaba que un hombre tan rico como tú no se molestaría en hacer nada que tuviera que ver con el trabajo doméstico. Que tendrías personal que se ocuparía de tus necesidades constantemente.

–Ya sabes lo que dicen de criarse con demasiadas comodidades –comentó él mientras empezaba a retirar la piel de una cebolla. Su sonrisa había desaparecido.

Frankie sacó un taburete y se sentó frente a él.

–No, ¿qué es lo que dicen?

Gabriel comenzó a picar la cebolla como si fuera un profesional.

–No es aconsejable acostumbrarse a que lo sirvan constantemente a uno hasta el punto de convertirse en alguien completamente inútil.

La miró brevemente y entonces tomó un ajo. Separó los dientes hábilmente y los aplastó con la hoja del cuchillo que había estado utilizando.

–¿Es así como me ves a mí? ¿Como una niña mimada que no sabe distinguir una sartén de un cazo?

Gabriel frunció el ceño al notar el tono herido de su voz.

–No. Tu padre me dijo que eras una excelente cocinera.

–Una de las amas de llaves me enseñó cuando tenía diez años o así. La eché mucho de menos cuando se marchó. ¿Quién te enseñó a cocinar a ti? –le preguntó mirándolo a los ojos–. ¿Tu madre o alguien del servicio doméstico?

Gabriel tomó otro diente de ajo y lo aplastó del mismo modo que antes. Su expresión era de concentración, pero Frankie sintió una cierta tensión en él cuando escuchó la mención de su familia.

–No tuvimos servicio hasta que tuve doce años –replicó. Tomó la tabla donde había estado picando el ajo y lo echó en un pequeño bol para cuando tuviera que cocinarlo más tarde.

–Entonces, ¿te enseñó tu madre?

Gabriel enjuagó el cuchillo bajo el grifo y luego la miró.

–¿Te acuerdas de mi regla? Nada de preguntas sobre mi familia.

Frankie frunció el ceño.

–¿Es que no te parece razonable que le haga algunas preguntas al hombre con el que me voy a casar mañana? Apenas sé nada sobre ti aparte de lo que me contó mi padre y lo que he leído en la prensa.

Gabriel colocó las manos sobre la encimera y la observó. Después de un instante, dejó escapar un suspiro.

–Mi madre murió cuando yo tenía nueve años. Estaba y, un segundo después, ya no. Final de la historia.

–¿Cómo murió?

El rostro de Gabriel se tensó. Se notaba que no iba a permitir que cayeran las lágrimas, pero el dolor se reflejó brevemente en su mirada como si el niño triste que había sido viviera aún en lo más profundo de su ser. Oculto. Doliente. Herido.

Entonces, se giró para tomar una botella de vino tinto que había preparado antes. Frankie lo observó mientras servía el vino en las copas. Entonces, él le entregó una de ellas con una media sonrisa en los labios. Después, se llevó su copa a los labios. Dio un sorbo y su fuerte y bronceada garganta se movió de arriba abajo convulsivamente, como si no fuera solo el vino lo que se estaba tragando, sino también algo mucho menos agradable.

–No pasa nada, Gabriel –comentó Frankie–. Si no quieres hablar sobre ello, no lo hagas. Lo comprendo, de verdad. Odio hablar sobre mi madre. Odio pensar en todo lo que me he perdido por no tenerla en mi vida. Odio saber que vivo a costa de ella y de mi hermano.

Gabriel dejó la copa sobre la encimera y la miró con preocupación.

–No, *cara*. No debes culparte.

Frankie dejó su copa también y suspiró.

–Resulta difícil cuando cada vez que miraba a mi padre, veía cómo la muerte de mi madre le había afectado. He tenido que vivir con eso toda mi vida. Con ese sentimiento de culpabilidad. A veces me pregunto si habrá sido culpa mía que enfermara de cáncer. Todo ese estrés tiene que haberle afectado negativamente, ¿no te parece?

Gabriel rodeó la isla y tomó las manos de Frankie entre las suyas. Comenzó a acariciárselas con los pulgares para tranquilizarla, sin dejar de mirarla.

–No es culpa tuya. Nada de lo que ocurrió. Tu padre se entristecería mucho si supiera que te culpas.

Frankie miró las manos entrelazadas de ambos y trató de ignorar el modo en el que su cuerpo estaba reaccionando a aquel contacto.

Sentía la piel como si estuviera en estado de alerta, cada músculo vibraba de anhelo, un anhelo que viajaba profundamente por su cuerpo, por sus senos, por su vientre y entre los muslos. Levantó la cabeza y sintió que el corazón se le detenía cuando su mirada se cruzó con la de él. El ambiente restalló con oleadas invisibles de deseo.

Gabriel le miró la boca y se detuvo allí durante un instante, para luego volver a mirarla a los ojos. Entonces, le apretó las manos suavemente y la soltó. Su rostro adoptó enseguida un gesto neutral.

–Es mejor que siga con la cena. Llévate tú copa a la terraza. Los calefactores exteriores están encendidos. Me reuniré contigo muy pronto.

–¿No quieres que te ayude? –preguntó ella–. Podría picarte esos champiñones si quieres…

–Estoy mejor solo –replicó él. Entonces, suavizó sus palabras con una sonrisa–. Demasiadas distracciones.

Frankie salió a la terraza y se sentó. La luna llena relucía en el cielo y se reflejaba sobre el agua. Había una ligera brisa. No era fría, pero sí lo suficiente para que ella agradeciera el calor que desprendían las estufas de gas que Gabriel había encendido antes. Las altas cumbres de las majestuosas montañas se erguían más allá de las orillas del lago.

¿Cuántas generaciones de su familia se habrían sentado allí para contemplar aquella maravillosa vista? ¿Se habría sentado allí su madre para soñar con su futuro? ¿Habría soñado con ella y con su hermano?

Resultaba imposible no sentirse agradecida por lo que Gabriel había hecho para salvar la casa ancestral de su familia. Lo que estaba haciendo para salvarla de la humillación pública.

Sin embargo, también resultaba imposible no preocuparse por el paso que iba a dar al día siguiente al convertirse en su esposa durante un año. Parecía ser un paso que la llevaba al lado contrario de donde estaba su seguridad. Un paso al vacío.

Capítulo 5

Gabriel salió a la terraza después de meter la cena en el horno. Frankie estaba sentada en una de las sillas, observando la luna. Estaba vestida con unos vaqueros muy ceñidos y un jersey verde esmeralda que se ceñía a las rotundas curvas de sus senos. Su cabello castaño, algo más claro que el de Gabriel, estaba recogido informalmente en la parte posterior de la cabeza, lo que hacía destacar la regia longitud de su cuello. Gabriel haría bien en mantener las distancias con ella.

Habían estado muy cerca en la cocina. Cuando Gabriel miró aquellos rosados labios, tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no besarla. Su gélida actitud siempre lo había intrigado porque sabía que, bajo aquella máscara de princesa de hielo, había una mujer muy apasionada. El hecho de que se mostrara tan poco dispuesta a expresarlo le hacía preguntarse si había algo o alguien en su pasado que le hubiera hecho mucho daño. ¿Le habría roto el corazón un amante de antaño?

Marco no se había mostrado muy explícito sobre la vida amorosa de su hija, aunque Gabriel tampoco le había presionado demasiado. Siempre se había mostrado distante cuando hablaban de Frankie. No había querido que Marco Mancini se imaginara que él podría tener un futuro permanente con su única hija.

Gabriel no era la clase de hombre de los que sientan la cabeza para siempre. Había visto demasiado sufrimiento en su vida familiar como para quererlo para sí mismo. Sufrimiento y equivocaciones sobre las que ya no había vuelta atrás. Errores que él había cometido, y que probablemente seguía cometiendo, con Carli. ¿Por qué iba a querer aceptar más responsabilidades en su vida?

Frankie debió sentir su presencia, dado que giró la cabeza y sonrió.

–Es tan agradable estar aquí. Casi se me había olvidado lo hermoso que…

Gabriel se sentó junto a ella y estiró las piernas.

–Supongo que no tuviste mucho tiempo para sentarte a mirar las vistas en los dos meses que te pasaste cuidando de tu padre.

Frankie exhaló un suspiro y frunció el ceño.

–No… –dijo mientras jugueteaba con el tallo de la copa de vino, de la que solo se había bebido un tercio–, pero, por supuesto, tenía ayuda. Venía una enfermera para administrarle la medicación y ayudarme a bañarlo. ¿Por qué en todo ese tiempo solo viniste a verlo una vez? –añadió mirándolo fijamente–. ¿Y fue casualidad que realizaras tu visita cuando yo había salido a hacer recados?

Gabriel había realizado una breve visita por su preocupación por Carli, que, en aquellos momentos se alojaba con él en su casa de Milán. Su hermana pequeña había estado sumida en un estado de ánimo depresivos y Gabriel había tenido que decidir cuándo era un buen momento para dejarla sola o no. En aquel momento, el día antes de su boda, no sabía dónde estaba Carli después de otro intento fallido en una exclusiva y carísima clínica especializada en desórdenes alimenticios que él le había buscado en América del Sur. Carli entraba y salía de su vida cuando le convenía y a ella no parecía preocuparle lo más mínimo las preocupaciones que le causaba a su hermano mayor.

No había podido asistir al entierro de Marco Mancini porque Carli se había tomado una sobredosis de la medicación que tenía prescrita. Nunca antes había hecho nada tan desesperado y eso le había dolido mucho. Se había pasado los días enteros junto a su cama en el hospital, sumido en un profundo sentimiento de fracaso. Le había pagado siempre los mejores médicos, pero ella simplemente no se presentaba a las citas. Podían pasar semanas enteras sin que tuviera noticias de ella. Entonces, aparecía de repente y Gabriel tenía que ocuparse de ella, fuera cual fuera el estado en el que se encontrara.

–Me imaginé que no necesitabas que yo me presentase aquí para robarte el poco tiempo que te quedaba con él.

–Estabas muy unido a él, ¿no?

Gabriel se encogió de hombros.

–Sí y no. Yo siempre le estuve muy agradecido por su ayuda al principio de mi carrera y por la nominación para la junta el año pasado. Nos poníamos al día en reuniones y actos de negocios, pero hablábamos solo de trabajo, no de asuntos personales. Si me hubiera considerando un amigo íntimo, ¿no crees que me habría hablado de tu hermano gemelo?

Frankie frunció el ceño y asintió.

–En ocasiones me pregunto si, después de que mi madre

muriera, tenía alguien íntimo. Era una persona bastante inaccesible. Incluso cuando yo le daba un abrazo, él mantenía las distancias. Era como si tuviera a su alrededor una barrera, un muro invisible que yo nunca podía atravesar.

–Tal vez fue siempre así –le ofreció Gabriel–. A algunos hombres les cuesta expresar sus sentimientos incluso a aquellos a los que aman.

–¿Te resulta difícil a ti?

El sonido de un mensaje que llegaba al teléfono de Gabriel fue la excusa perfecta que él necesitaba… o eso le pareció a él hasta que vio que el nombre de su hermana aparecía en la pantalla. Se levantó de la silla con un fuerte sentimiento de intranquilidad, que se había vertido encima de él como si fuera un jarro de agua fría.

–¿Me perdonas? ¿Tengo que ir a contestar?

Frankie se tomó su vino tratando de no sentirse desilusionada por el hecho de que su conversación con Gabriel se hubiera visto interrumpida. Los comentarios que él le había hecho sobre su padre le habían resultado muy reconfortantes, pero no impedían que Frankie siguiera sintiéndose como si no hubiera sido suficiente para su padre o que, si le hubieran dado a elegir, su padre hubiera elegido a su hermano en vez de a ella.

Gabriel regresó a la terraza.

–Lo siento, Francesca, pero tengo que marcharme a Milán esta misma noche.

Frankie frunció el ceño y se puso de pie.

–¿Esta noche? ¿Por qué?

–No te preocupes. Regresaré a tiempo para la ceremonia de mañana –le dijo dedicándole una sonrisa que no resultó demasiado convincente–. Así tendrás tiempo para prepararte. El oficiante vendrá a las diez. La cena ya está lista, así que solo tienes que servirte. He apagado el horno.

Ella lo siguió al interior de la casa.

–Estoy segura de que, sea lo que sea, puede esperar hasta mañana. ¿No te tomas tiempo libre de tu trabajo ni siquiera para casarte?

Gabriel tomó las llaves del coche, que estaban en la lámpara del vestíbulo.

–Algunas cosas no pueden esperar –dijo con el rostro muy tenso–. *Ciao*.

Con eso se marchó. Frankie regresó a la cocina, pero ya no

sentía nada de apetito. Igual que durante el entierro de su padre, no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba que Gabriel estuviera con ella hasta que vio que no estaba. La casa parecía tan vacía… llena de sombras y de arrepentimientos que vagaban por todas partes como fantasmas.

Una hora más tarde, Gabriel llegó a su casa de Milán. Allí encontró a su hermana tan a gusto, como si ella fuera la dueña de la propiedad. Solo esperaba que, en aquella ocasión, estuviera sola. No sería la primera vez. Gabriel le había dado una llave, una de las muchas que había perdido o que le había dado a cualquiera de sus amigos. Gabriel había tenido que cambiar las cerraduras muchas veces.

Carli bajó el volumen de la televisión y desplegó su esbelta figura del sofá. Esbelta era seguramente un término demasiado generoso. Carli había perdido aún más peso desde la última vez que Gabriel la vio, por lo que él se preguntó si habría recaído. Pasaba de atracarse de comida a morirse de hambre y a él le dolía que su hermana pequeña no disfrutara de la comida como él. La comida era su amigo o su enemigo.

–¿Por qué has tardado tanto? –le preguntó ella, con un gesto más propio de una niña de catorce años.

–Si te lo dijera, no me creerías –replicó él mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el sofá–. ¿Dónde has estado tú? Llevo tres semanas tratando de ponerme en contacto contigo. He estado a punto de contratar a otro detective.

–Ay, sí, hazlo. El último me gustó mucho. Era dinamita en la cama –replicó Carli.

Gabriel hizo un gesto de desesperación con los ojos y se dirigió hacia la cocina.

–¿Has cenado?

Acababa de preguntar una tontería. Su cocina parecía la de un programa de televisión culinario que acabara de terminar. Restos de comida, envoltorios, platos sucios… Se volvió a mirar a Carli al sentir que ella le había seguido a la cocina.

–Por cierto, me caso mañana.

–¿Cómo? ¿De verdad? ¿No te casarás con esa rubia con la que salías cuando yo estaba en esa clínica de Río? ¿Cómo se llamaba?

–No. No es ella. Me caso con Francesca Mancini.

Carli lo miró atónita. Sacó uno de los taburetes y se sentó, enredando los pies alrededor de las patas como si fuera una

enredadera.

–¿De verdad? ¿Con la princesa de hielo?

Tomó una patata frita de una bolsa que había abierta sobre la encimera y se la metió en la boca.

–¿Me la vas a presentar?

–Depende.

–¿De qué?

–De si eres capaz de comportarte.

Carli frunció el ceño y vertió el contenido de la bolsa de patatas fritas sobre la encimera. Tomó otra y la mordió.

–A ver si no te gusta controlar tanto, ¿eh, hermanito? Sé cómo comportarme.

Gabriel había visto bastante del comportamiento de Carli como para querer exponer a Frankie, o a cualquiera, a ello. Pocas personas sabían que tenía una hermana. Se había tomado muchas molestias para mantenerla alejada del ojo público por su propio bien. A Gabriel le preocupaba que, si la prensa le tomaba una foto a Carli durante una de sus malas rachas, eso destruiría a su hermana. Sin embargo, tratar de cuidar a Carli era tarea imposible. Gabriel se sentía muy frustrado. Le habría gustado chascar los dedos y conseguir así que aquella pesadilla finalizara.

Quería que su hermana fuera una mujer normal, feliz y saludable. Sin embargo, por mucho que se esforzara en ayudarla, ella se lo despreciaba. Carli estaba decidida a autodestruirse, pero él no se lo iba a permitir. No lo consentiría mientras le quedara algo de aliento en el cuerpo y dinero en su cuenta corriente.

–Me preocupo por ti, Carli. No hago nada más que preocuparme por ti y, ¿qué recibo yo a cambio? Llenas de basura mi casa y abusas de mi confianza. Cuando te digo lo que sea, te marchas hecha una furia y desapareces durante semanas o meses…

Gabriel se detuvo para tomar aliento. El pecho le dolía de todos los años de sufrimiento y culpabilidad acumulados. Había hecho todo lo posible para proteger a sus hermanos. No lo había conseguido con los chicos, pero Carli era su última oportunidad. Y él la de ella.

Nadie más la amaba lo suficiente como para ayudarla. Su padre, sus hermanos y sus primos eran incapaces.

Carli se encogió de hombros como si él le estuviera hablando del tiempo.

–Te preocupas demasiado. Puedo cuidarme de mí misma.

Gabriel observó las cicatrices que tenía en los antebrazos. Por suerte, no parecía haber ninguna nueva.

–¿Necesitas algún lugar en el que alojarte? Tengo que marcharme mañana, pero puedo organizarte a alguien para que se quede contigo aquí si…

–Me voy a quedar con un amigo.

–¿Qué amigo?

–Nadie que conozcas.

Gabriel apretó los dientes. Los amigos de su hermana no eran verdaderos amigos. Se aprovechaban de su generosidad y de su necesidad de pertenencia.

–¿Me puedes prometer al menos que te vas a mantener en contacto? La última vez te compré un teléfono estupendo, pero no me has respondido cuando te he llamado o te he escrito un mensaje.

–Es que se me olvida cargarlo…

–¿Necesitas dinero?

Gabriel había perdido la cuenta de todo el dinero que le había dado a lo largo de los años. Le había comprado un apartamento en Florencia cuando ella le dijo que quería vivir allí, pero ya apenas iba. Gabriel aún no había podido decidir si era bueno o malo seguir dándole tanto dinero, pero, ¿qué elección tenía?

–No. Ricci me ha dado.

Gabriel frunció el ceño.

–Pensaba que tú y Ricci ya no estabais en contacto…

Ricci, el más pequeño de los hermanos, solo significaba problemas. Más aún que Lorenzo.

–Me encontré con él en Palermo. Me dijo que te saludara.

–Carli, escúchame –le dijo Gabriel mientras le colocaba las manos sobre los hombros–, tienes que mantenerte alejada de Ricci, Lorenzo y de papá. Prométemelo. No debes tener contacto alguno con ellos. Ni mensajes, ni llamadas, ni visitas a Sicilia. Nada.

–Todo el mundo necesita una familia, Gabriel. Incluso tú.

–No los necesitas –afirmó él mientras le apretaba los hombros con fuerza a su hermana y la estrechaba entre sus brazos–. Yo soy tu familia, *mia piccola.* Recuérdalo siempre.

Capítulo 6

Unos brillantes rayos de sol que se colaban por una rendija que quedaba entre las cortinas despertaron a Frankie la mañana del día de su boda. Ella deseó que aquel fuera un buen augurio. Sin embargo, ¿qué podía tener de positivo casarse con un hombre solo por conveniencia? Estaba empezando a darse cuenta de que el hombre en cuestión era complejo, profundo y misterioso. Un hombre que, con solo mirarla, conseguía que su carne despertara de su letargo.

Apartó la sábana y abrió las cortinas todo lo que pudo para admirar la maravillosa vista. Los ricos colores del otoño teñían de rojo, dorado, naranja y amarillo las hojas de los árboles caducos. Como el día estaba pacífico y tranquilo, la suave y plateada superficie del lago proporcionaba un reflejo perfecto de las brillantes y gloriosas tonalidades.

Frankie suspiró y se volvió a mirar el vestido de novia de su madre, que seguía colgado donde ella lo había dejado la noche anterior. Le parecía extraño estar preparándose para su boda sola. Extraño, pero, desgraciadamente, no era algo atípico para ella. Se había pasado gran parte de su vida sintiéndose sola y aislada.

Gabriel le había enviado por medio de un mensaje telefónico los detalles del día. Habría una breve ceremonia en el jardín, tan solo con el oficiante y un fotógrafo y la socia de ese como testigos. A la mañana siguiente, se marcharían al sur de Francia para disfrutar de una breve luna de miel.

Se duchó y se secó el cabello. Se lo peinó con un recogido en lo alto de la cabeza. No era tan sofisticado como lo habría sido si una peluquera la hubiera peinado, pero las circunstancias de su matrimonio hacían que pareciera innecesario contratar a un estilista para que la peinara y la maquillara.

Se maquilló y se aplicó su perfume favorito sobre las muñecas y el cuello. No tenía muchas joyas, tan solo el anillo de compromiso y los pendientes de perlas que solía llevar todo el tiempo. Había

tenido que vender las joyas de la familia, que se habían convertido en otro daño colateral de sus desesperadas circunstancias económicas.

Oyó que llegaban algunos coches y miró por la ventana. Vio a unas personas que supuso que serían el oficiante y el fotógrafo. También llegó la socia de este y, unos segundos más tarde, Gabriel en su coche deportivo. No pudo evitar fijarse en él mientras salía del coche y saludaba a los otros. Llevaba un elegante traje gris, camisa blanca y corbata azul, que le daba un aspecto urbano y sofisticado. Tenía el cabello peinado hacia atrás e iba recién afeitado. Frankie no pudo evitar preguntarse si vería alguna vez a un novio más guapo.

Su novio.

Cuando llegó el momento, salió de su dormitorio y bajó por la espléndida escalera hasta donde él la estaba esperando. Cuando Gabriel la vio por primera vez, pareció algo aturdido. Abrió los ojos de par en par y tragó saliva.

–Estás muy guapa…

Incluso su voz tenía un ligero tono de asombro. Cuando tomó la mano de Frankie con la suya, a ella le pareció que le estaba temblado. O tal vez era la suya propia. Sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho cuando Gabriel entrelazó los dedos con los de ella.

–Gracias –susurró ella. De repente, se sentía muy tímida.

–Pensé que sería mejor si saliéramos juntos al jardín –dijo Gabriel–. El oficiante, el fotógrafo y su socia ya nos están esperando.

Frankie respiró profundamente para tranquilizarse.

–Está bien. Vamos.

–¿Te sientes nerviosa? –le preguntó él con voz suave, lo que le hizo pensar a ella si él también estaría sintiendo lo mismo.

–Un poco –respondió mientras observaba el perfecto nudo Windsor con el que él se había abrochado la corbata–. No me caso todos los días con alguien a quien solo he visto unas cuantas veces.

Gabriel la obligó a levantar el rostro con un dedo y cruzó la mirada con la de ella. Los ojos castaños de él eran cálidos y parecían estar muy emocionados.

–No tienes que tener miedo. Nos conoceremos con el tiempo.

¿Sería un año suficiente?

Gabriel condujo a Frankie al soleado jardín donde ya los estaban

esperando las tres únicas personas que iban a estar presentes en su boda. Gabriel había mantenido a la prensa al margen a propósito, dado que realizaría el anuncio formal cuando Frankie y él ya estuvieran casados. No había querido que estuviera presente ningún miembro de su familia. Quería que la ceremonia fuera en consonancia con lo que iba a ser al fin y al cabo aquel matrimonio: algo sencillo y breve. Sin sentimientos.

Sin embargo, le había costado un poco mantener los sentimientos al margen cuando vio a Frankie bajar por la escalera hacia él. El vestido de su madre era una exquisita creación de encaje y seda, con una voluminosa falda y un velo clásico que iba sujeto al cabello con una tiara de estilo princesa. El discreto maquillaje y el elegante recogido completaban un atuendo que parecía sacado de un personaje de cuento de hadas. Nunca en toda su vida había visto una novia más hermosa.

Por fin, los dos se colocaron delante del oficiante y comenzó la ceremonia.

–Estamos reunidos aquí hoy…

Gabriel había estado en muchas bodas antes y conocía de memoria las frases. Sin embargo, siendo el novio, todo era completamente diferente. Cuando por fin tomó la mano de la novia y le colocó la alianza de boda, oyó que ella decía claramente los votos que la ataban a él. Gabriel no era un hombre religioso, pero, mientras miraba los hermosos ojos azules grisáceos de Frankie y escuchaba la promesa de amor que ella hacía, le pareció que aquel momento tenía algo de sagrado.

–Puedes besar a la novia.

Gabriel bajó su boca hacia la de Frankie y se detuvo un instante antes de tocar los labios de ella con los suyos. Si había pensado que sería un breve roce, todo cambió en cuanto la tocó. Los labios de Frankie eran tan suaves como el pétalo de una rosa y sabían a cerezas. Cuando él comenzó a retirase, los labios de ella se pegaron a los suyos como si no pudieran soportar separarse de ellos. Gabriel volvió a apretar la boca contra la de él, más firmemente, moldeando los labios a las sensuales curvas de los de ella. Un murmullo de anhelo le recorrió todo el cuerpo hasta llegarle a la entrepierna.

Frankie dejó escapar un suave sonido de aprobación, de deseo femenino, que enardeció la sangre en las venas de Gabriel. Deslizó una mano hacia la nuca de la que ya era su esposa y colocó la cabeza en ángulo para profundizar el beso. La necesidad era poderosa, tan incontrolable que le sorprendió por completo. Besarla era como saborear una irresistible droga por primera vez, una

poción adictiva que le turbaba los sentidos.

El sonido del obturador de la cámara del fotógrafo fue lo único capaz de sacar a Gabriel de aquel beso. Se había sentido cautivado antes por otros besos, pero no lo suficiente como para olvidar dónde estaba. Para olvidarse de todo menos del sabor y de la textura de la tentadora boca de Frankie y del abrumador anhelo de hacer con ella mucho más que besarla.

Levantó por fin la cabeza y se alegró al ver que ella se sentía tan abrumada como él. Tenía los ojos más azules que nunca, oscurecidos por el mismo deseo que él había sentido dentro de su cuerpo. Frankie tenía también la respiración algo acelerada y la boca aún un poco separada. Gabriel se preguntó seriamente si podría volver a mirar a una cereza sin pensar en el dulce y fresco sabor de su boca.

Frankie le dedicó una trémula sonrisa.

–No esperaba eso…

–¿Debería haberte pedido permiso primero?

Gabriel sabía que el tono de su voz sonaba algo burlón, pero no quería que ella pensara que aquel beso o el hecho de estar ya casado con ella le había afectado en lo más mínimo. Se recordó que era un matrimonio temporal, pero aún así… Matrimonio y compromiso era algo que había evitado activamente toda su vida. Había evitado las relaciones íntimas que suponían ciertas expectativas, responsabilidades y lazos emocionales que no podían cortarse fácilmente.

Algo apareció en la mirada de Frankie. ¿Desilusión tal vez? Después, bajó los ojos y dijo:

–Estoy segura de que habrá ocasiones en las que los dos tendremos que hacer cosas que preferiríamos no hacer por el bien de las apariencias.

Gabriel le tomó las manos y se las apretó suavemente.

–Después de firmar el acta, nos haremos unas fotos. Entonces estaremos solos. Sonríe y aguanta, *cara*. El año habrá terminado antes de que te des cuenta.

Después de las fotos y de terminar con el papeleo, Frankie tomó una copa de champán y se la bebió de tres tragos. No se podía olvidar del beso de Gabriel. Aún podía saborearlo y sentir la cálida presión de sus labios. El zumbido de la sangre en las venas y el deseo que aquella boca había despertado en su cuerpo. Su traidor y desobediente cuerpo, que se negaba a escuchar lo que le decía la

parte más sensata y racional de su cerebro.

Durante un instante, había creído que él se había quedado tan atónito por el beso como ella. La fusión de los labios de ambos había sido como la colisión de dos planetas. Habían saltado chispas que habían hecho prender el deseo en lo más íntimo de su ser. ¿Se había imaginado la reacción de Gabriel? No tenía mucha experiencia en las reacciones de los hombres. A ella la habían besado antes, pero ningún beso de los que había disfrutado había ejercido tal efecto en ella.

Gabriel despidió al oficiante y al fotógrafo y su socia y regresó junto a Frankie.

–Mañana por la mañana nos marcharemos a Francia desde Milán. Me temo que tendremos que soportar la atención de la prensa, dado que la necesito para asegurarme de que mis intereses empresariales están bien servidos. La noticia de nuestra boda será objeto de mucha atención durante un tiempo, pero luego se aplacará.

Frankie se volvió a llenar la copa de champán y se giró de nuevo para mirarlo.

–Igual que nuestro matrimonio, ¿verdad? Visto y no visto. Con un parpadeo, te lo pierdes seguro –comentó mientras se llevaba la copa a los labios y daba otro generoso sorbo–. Por nosotros.

Gabriel le quitó la copa de la mano y la puso sobre la mesa. Tenía el ceño fruncido.

–Francesca, entiendo que un día como el de hoy ha despertado seguramente muchos sentimientos en ti, pero permíteme que vuelva ser claro contigo. Esto es temporal porque creo que eso es lo justo para ti a la larga. Eres lo suficientemente joven como para volver a casarte cuando lo nuestro haya terminado.

«Cuando lo nuestro haya terminado». Palabras cínicas y frías. Igual que la ceremonia… aparte del beso. Tal vez había sido un error beber ese champán tan rápidamente. Le soltaba la lengua y le hacía pensar cosas y sentir deseos y anhelos que no tenía derecho a pensar. Todo estaba claramente escrito en el contrato.

Un año de matrimonio…

No había promesas de amor eterno. Ni de familia.

Nada de amor.

Frankie sonrió.

–¿Acaso creías que me estaba quejando? ¿De qué me podría quejar? Te has gastado una fortuna para sacarme del lío financiero en el que estaba y me has salvado de la humillación pública casándote conmigo. Por cierto, muchas gracias –añadió. Entonces,

se colocó el dedo en la barbilla, como estuviera pensando–. ¿Te he dado las gracias antes?

Gabriel dejó escapar un suspiro como si estuviera contando mentalmente hasta diez.

–Estás cansada y tensa. Han sido unos días muy agotadores…

–¿Cómo vamos a explicar nuestra relación? ¿Lo de cómo nos conocimos y esas cosas? ¿Y cómo me pediste matrimonio? –le preguntó. Entonces, lanzó una sonrisa y le colocó un dedo encima del nudo de la corbata. Después, lo deslizó lentamente hacia abajo, hasta detenerse en medio del abdomen–. Y sobre cómo nos enamoramos…

Los ojos de Gabriel adquirieron una dura mirada. Le agarró la mano con dedos de acero.

–Sé lo que estás tratando de hacer, pero no va a funcionar.

Frankie lo miró a través de las pestañas. La actitud firme e implacable de Gabriel le estaba haciendo comportarse de un modo extraño. Gabriel le hacía ser una mujer osada y descarada, desataba en ella un instinto salvaje similar al de una bestia que llevara mucho tiempo enjaulada.

No solía flirtear, pero lo estaba haciendo y estaba disfrutando con ello. Gozaba del poder que le daba saber que no era tan inmune a ella como quería hacerle ver. El beso le había dicho lo atraído que se sentía por ella.

–¿Qué es lo que estoy haciendo, eh? –le preguntó mientras se acercaba a él–. ¿Te preocupa el hecho de que pudieras perder el control de ti mismo, mi oscuro ángel Gabriel?

Él contuvo el aliento, pero los ojos le ardían con fuego y pasión. Con deseo.

–Si quieres convertir nuestro matrimonio en algo físico, lo único que tienes que hacer es pedirlo –le dijo con voz profunda, haciendo que lo más íntimo de su ser se contrajera de anhelo.

Frankie le colocó la mano que le quedaba libre en el torso. Su cuerpo estaba tan cerca del de él que lo sentía perfectamente a través de la ropa. Era tan íntimo… Era la situación más íntima que había tenido con un hombre desde que era una adolescente. Sin embargo, ya era una mujer, una mujer adulta, con una desesperada necesidad por explorar el cuerpo de un hombre.

El cuerpo de Gabriel.

Su esposo.

El alcohol salió del cuerpo de Frankie tan rápidamente como había entrado momentos antes. ¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad estaba considerando entregarse a él solo durante un año de

matrimonio sin amor? ¿Podría correr el riesgo de abrirse a él para arriesgarse a que le hiciera daño? ¿Acaso no le había demostrado aquel beso lo peligroso que podía ser bajar la guardia? Gabriel le hacía sentir cosas que no quería sentir. No podía permitirse sentirse vulnerable. No se podía permitir desear lo que otras personas daban por sentado.

Amor. Intimidad. Pertenencia. Esas eran cosas que otras personas se merecían. Ella no.

Se apartó de él y le dedicó una sonrisa.

–Tal vez. Ya veremos.

–Tómate tu tiempo…

Si Gabriel se sintió desilusionado por la respuesta, no lo demostró.

Aquella noche algo más tarde, Gabriel estaba sentado en la biblioteca revisando su correo electrónico y los mensajes del teléfono. Frankie había subido arriba después de su conversación y él no había ido a buscarla. No se había atrevido a hacerlo por si se llevaba otro puñetazo. Sabía que podría haberla convencido para que se acostara con él. Frankie había estado experimentando sentimientos en conflicto sobre su matrimonio. Sus emociones estaban patas arriba. ¿Qué clase de hombre sería si se aprovechaba de ella en un estado tan vulnerable?

Le había gustado mucho besarla. Tocarla. Tenerla entre sus brazos. La deseaba profundamente. Por suerte, era un hombre paciente. No tenía interés alguno en apresurarla para que se metiera en su cama a menos que estuviera completamente segura de que era lo que deseaba. No quería que, más tarde, Frankie le acusara de haberse aprovechado de la situación. La había salvado de la ruina económica, había salvado la reputación de su padre y había salvado su herencia.

Y se había salvado a sí mismo. Después de todo, aquel matrimonio era un acuerdo de negocios, un acuerdo que satisfacía a ambos y con el que mataban dos pájaros de un tiro.

Esperaría hasta que Frankie acudiera a él. Estaba seguro de que lo haría, del mismo modo que sabía que ella había querido salir con él hacía cuatro años, pero que su orgullo se lo había impedido. En cierto modo, le había gustado que ella lo rechazara, porque eso lo había galvanizado para demostrar de lo que era capaz en la vida y de lo que podía hacer a pesar de tener la mancha de la delincuencia en la familia. Había doblado su riqueza en esos cuatro años. Había

construido un imperio más grande de lo que el padre de Frankie había hecho en toda su vida y él, al menos, tenía la satisfacción de saber que su ascenso no se había cobrado ninguna víctima inocente. No había explotado a nadie ni había destruido a nadie para llegar a donde estaba.

Un día, muy pronto, reclamaría lo que llevaba deseando tener todo ese tiempo: Frankie.

Capítulo 7

Frankie se pasó el resto del día en su habitación. Se preguntaba si habría existido alguna vez una recién casada más descontenta que ella en el día de su boda. Se quitó el vestido de su madre y lo volvió a colgar en el vestidor sintiéndose como si se hubiera puesto un disfraz para una obra de teatro. Había representado su papel y, por fin, volvía a ser ella misma.

A excepción de que su nombre ya no era el mismo. Francesca Antonietta Salvetti. ¿Había cometido un terrible error al casarse con Gabriel solo para poder rescatar su patrimonio y salvarse de la ruina económica? Un hombre al que cada vez le costaba más resistirse. Un hombre que afirmaba que no la amaría nunca y que solo permanecería un año casado con ella. El torpe intento de Frankie por seducirle había dejado en evidencia lo vulnerable que realmente era. Gabriel no la tocaría hasta que ella se lo pidiera y Frankie estaba decidida a no hacerlo. No quería reconocer los traicioneros impulsos que estaba sintiendo. Si se enamoraba de él, la humillación sería máxima. Gabriel había expuesto las reglas. Aquel era un matrimonio de conveniencia. Un contrato. Nada más que un contrato.

Al día siguiente, se marcharían a Francia para pasar su luna de miel. Luna de miel. Aquellas palabras despertaban de nuevo los traidores sentimientos de antes. El beso que habían compartido durante la ceremonia le había mostrado la pasión latente que había entre ellos. Ese hecho le turbaba, porque no estaba segura de poder controlar las sensaciones que tenía hacia él. Ansiaba estar cerca de él. Aquel beso había despertado una ardiente necesidad que se negaba a desaparecer. Frankie se tocó los labios con los dedos, trazando donde los de él los habían besado.

Suspiró y dejó caer la mano. Tenía que centrarse. Solo llevaba unas horas casada. Si se ofrecía a él como un premio que hubiera comprado, no se haría ningún favor a su orgullo.

Frankie no estaba a la venta.

Cuando Frankie bajó algo más tarde, vio a Gabriel en la terraza. Se detuvo frente a las puertas, sin abrirlas. Él estaba hablando por teléfono. Tenía el ceño fruncido y, aunque ella no podía escuchar las palabras desde el interior de la casa, le daba la impresión de que estaba muy enfadado con quien estuviera al otro lado de la línea telefónica. Recorría la terraza de un lado a otro, como un león enjaulado.

Gabriel terminó la llamada por fin y, cuando se dio la vuelta, vio que ella le estaba observando. Se metió el teléfono en el bolsillo del pantalón con expresión tensa. Entonces, entró y cerró la puerta a sus espaldas.

–Lo siento, no me había dado cuenta de que estabas ahí. Pensaba que estabas arriba, descansando.

–¿Va todo bien?

–Sí. ¿Lista para cenar?

Sonrió brevemente y sin mucho entusiasmo.

–No habrás estado cocinando en el día de nuestra boda, ¿verdad?

–No. He reservado una mesa en Antonio's. Tiene un salón privado para que no nos puedan molestar ni el público ni la prensa.

Frankie frunció el ceño.

–¿No quieres que la prensa se entere de que nos hemos casado? Pensaba que de eso se trataba precisamente…

–Aún no he emitido el comunicado de prensa. Pensaba que tú podrías necesitar algo más de tiempo antes de que lo hagamos público.

Frankie se mordió el labio mientras que con los dedos no dejaba de jugar con el anillo de compromiso y la alianza de boda, gesto que no dejaba de hacer para recordarse que, efectivamente, estaba casada.

–¿Con quién estabas hablando por teléfono?

–Con nadie importante –replicó él. En sus ojos, algo se endureció como si fuera escarcha.

Frankie sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Y si estaba llamando a todas su ex para decirles que estaba fuera del mercado antes de que la noticia se hiciera pública? Eso si se mantenía fuera del mercado. ¿Y si no era así? ¿Y si decidía seguir manteniendo su vida de playboy, aunque estuvieran casados? Los celos se apoderaron de Frankie.

¿Podría confiar en que mantendría su palabra? Ella había

confiado antes en muchas personas y no siempre había hecho bien. La habían humillado repetidamente.

–Esperemos que siga siendo nadie importante durante los próximos doce meses.

Gabriel apretó la mandíbula.

–¿Qué estás sugiriendo? ¿Que no voy a honrar la promesa que te he hecho hoy?

Frankie se dio la vuelta para marcharse, pero solo pudo dar dos pasos antes de que Gabriel le agarrara el brazo y la detuviera

–Te he hecho una pregunta.

Frankie miró la mano y luego lo miró a él. Entonces, con gélida altivez, le dijo:

–Me estás tocando.

–¿Acaso no es eso lo que los esposos hacen con sus esposas? –replicó él.

El tono de su voz fue ronco y suave a la vez, como miel y grava juntos. Frankie estuvo a punto de rendirse y de levantar las manos. ¿Cómo era posible que hubiera sentido aquella voz tan dentro de su cuerpo? ¿Sentir que se hacía eco en todos sus lugares más íntimos?

El corazón se le detuvo un instante. El aire parecía restallar de electricidad, pulsando, vibrando lleno de erotismo.

–Esta esposa no –replicó ella, orgullosa de su fuerza de voluntad.

Gabriel le acarició perezosamente la mejilla con un dedo. Tenía los ojos tan negros que ella no podía distinguirle las pupilas.

–Te gusta cuando te toco…

–Hicimos un pacto –dijo ella, con dificultad.

El dedo de Gabriel trazó la silueta de la boca y despertó un anhelo en los labios.

–Honraré ese pacto si dejas de mirarme así.

Frankie hizo todo lo posible para adoptar una expresión impasible.

–¿Y cómo te miro?

Gabriel sonrió y le levantó la barbilla muy suavemente para que ella no pudiera escapar al penetrante escrutinio de su mirada.

–Quieres que te bese, ¿verdad?

–No –replicó ella. Sin embargo, tenía la respiración fuera de control, atropellada y superficial.

Gabriel le cubrió el lado derecho del rostro con una mano y comenzó a acariciarle la mejilla con el pulgar.

–Llevo años imaginándome cómo sería besar tu hermosa boca…

¿Sería eso cierto? Al menos Frankie no era la única que tenía una imaginación hiperactiva.

–Espero que no te hayas sentido desilusionado –dijo ella tratando de no reflejar inseguridad ni en el tono de su voz ni en su expresión.

Gabriel le acarició el labio inferior. Su tacto era tan suave como el de una pluma, pero despertó en ella un tumulto de sensaciones.

–¿Por qué crees eso? –le preguntó él frunciendo el ceño.

–No soy exactamente tu tipo habitual, ¿verdad? –respondió ella encogiéndose de hombros.

–Mi tipo es alguien que me responde con entusiasmo y alegría.

–No me imagino que pueda haber una sola mujer que no te responda con entusiasmo y alegría –observó ella mirándole los labios–. Se te da muy bien. Me refiero a lo de besar.

Gabriel le miró los labios también a ella. Tenía aún una mano sobre su rostro, como si estuviera decidiendo si soltarla o acercarla aún más a él. Frankie tomó la decisión en su nombre y cerró la distancia que los separaba como si estuviera atraída por una fuerza magnética a la que no era capaz de resistirse. Le colocó las manos sobre el torso y sintió los latidos de su corazón.

–Dilo, *cara*…

La voz de Gabriel era ronca y profunda, y hacía que el interior del cuerpo de Frankie se retorciera de deseo. El cuerpo de ella respondía ante la cercanía y el contacto con el masculino cuerpo de Gabriel estaba despertando sus sentidos hasta el punto de volverlos locos.

Frankie se lamió los labios y, sin poder apartar la mirada de los de él, le dijo:

–Bésame, Gabriel.

Él realizó un sonido que fue en parte gruñido, en parte gemido, y cubrió la boca de Frankie con la suya. Una oleada de calor se apoderó del cuerpo de Frankie cuando los labios de Gabriel entraron en contacto con los suyos. Una ardiente y gloriosa pasión le lamió la carne como hambrientas llamas. Los labios de Gabriel jugaban con los de ella, avivando su deseo como si estuviera haciéndolo con un fuego.

Frankie abrió la boca bajo la presión de la de él y soltó un suspiro de placer cuando Gabriel entrelazó osadamente la lengua con la de ella. Un temblor le recorrió la espada cuando él le colocó las manos en las caderas y la estrechó aún más contra su ardiente deseo. El cuerpo de Frankie deseaba encontrarse con el de Gabriel, lo ansiaba de una manera tan profunda que la escandalizaba y la excitaba más aún. No había creído que su cuerpo fuera capaz de tal intensidad de sentimientos ni de unos anhelos tan fuertes que eran

capaces de dejar a un lado todo razonamiento para mantener las distancias con Gabriel. ¿Cómo había sido tan ilusa de pensar que sería capaz de resistirse?

Gabriel le deslizó una mano por debajo del cabello. La sensible piel de la nuca de Frankie ardía bajo sus caricias. Entonces, él le colocó la mano sobre la curva del trasero y la apretó más fuerte contra su propio deseo. Después, profundizó aún más el beso, provocándole a ella tal gozo con los movimientos de sus labios y lengua que, con aquella danza tan erótica, Frankie sintió cómo la sangre le bailaba y cantaba en las venas. Las sensaciones de sentir el potente calor que emanaba de él, el pulso de su cuerpo, eran casi mágicas y excitaban y tentaban a Frankie más allá de su control.

Después de un instante, él levantó la cabeza y la observó con una intensa mirada de deseo. ¿O era tal vez un gesto de victoria?

–No tienes ni idea de cuánto te deseo…

Frankie le empujó para separarse de él. Aquella negación le resultaba tan dolorosa como la vergüenza de ser tan previsible. Gabriel había estado tan seguro de que ella le suplicaría que le hiciera el amor… Prácticamente acababan de firmar los contratos en los que se estipulaba que el suyo sería tan solo un matrimonio de papel y ya estaba ella uniéndose a él como una desesperada.

–No estoy lista para esto… No…no es lo que quiero.

Se avergonzaba del temblor de su voz, de ser tan transparente.

–Está bien –dijo él con voz absolutamente tranquila, como si hubieran estado hablando del tiempo.

¿Acaso no sentía ni frustración? ¿Era tan fácil resistirse a ella? La propia Frankie sentía su propia frustración reprochándole, regañándola por haberse apartado de él cuando su cuerpo deseaba tan desesperadamente que él la poseyera.

Gabriel se mesó el cabello con las manos, justo donde ella había estado revolviéndoselo con el beso. Frankie no se había dado ni cuenta del momento, tan atrapada estaba en las sensaciones de emoción de excitación que estaba experimentando. Frotó los labios el uno contra el otro. Aun podía saborear a Gabriel en ellos, sentirlo…

–¿No estás desilusionado?

–Depende de ti, *cara*. Te lo dije desde el principio.

Frankie se rodeó la cintura con los brazos, como si quisiera evitar desear abrazarlo a él.

–Espero que no pienses que soy una estrecha o que tengo muchos prejuicios sobre el sexo o algo así.

–El sexo casual no es para todo el mundo.

Frankie volvió a mirarlo a los ojos.

–Pero si nosotros… bueno, ya sabes, ¿sería casual? Estamos casados así que…

–Pero solo durante un año –le recordó él mientras la miraba fija e inescrutablemente.

–¿Cuánto tiempo ha durado la relación más larga que hayas tenido?

–No me van mucho las relaciones largas –replicó él con una sonrisa.

–Pero ¿cuánto duró la más larga?

–Mira –respondió él con cierta frustración–, sé que la prensa hace que parezca que en mi ático tengo una puerta giratoria, pero siempre les dejó muy claro a las mujeres con las que salgo lo que puedo ofrecer.

–Sexo sin ataduras.

–Básicamente, sí –dijo él, con un gesto que le indicó a Frankie que se estaba extralimitando. Entonces, levantó el brazo y miró el reloj–. Deberíamos ponernos en camino o vamos a perder la reserva en el restaurante.

–Tengo que cambiarme para ponerme algo más adecuado.

Gabriel observó los vaqueros, la camisa blanca y el jersey azul claro que ella llevaba puesto.

–Estás muy guapa.

Frankie sintió que se sonrojaba. ¿Cuántas veces le habían dicho sus «amigos» cosas que luego Frankie había descubierto que eran mentira?

–He visto las fotografías de las mujeres con las que sales y puedo decir sin temor a equivocarme que no juego en la misma liga que ellas.

–Eres muy dura contigo misma, *cara*. Creo que eres una de las mujeres más hermosas que he conocido nunca. ¿Por qué frunces el ceño?

–Los cumplidos me confunden. Nunca estoy segura de si son sinceros o no –comentó mientras se giraba ligeramente para no estar frente a frente con él.

Gabriel le tocó el hombro ligeramente y ella se volvió parar mirarlo.

–¿Por qué crees eso? ¿Te ha hecho alguien daño en el pasado?

Frankie agradeció la preocupación que se notaba en su mirada. A lo largo de su vida, había habido muy pocas personas que se hubieran preocupado de lo que sentía.

–Fue duro crecer sin madre. Las madres son las que ayudan a

construir la seguridad en sí mismos de sus hijos. Los padres también, pero el mío nunca fue un buen ejemplo y, durante mi infancia, siguió sin superar la muerte de mi madre, lo que no ayudó. Me mimaba con regalos, posesiones y vacaciones, pero, en ocasiones, me daba la sensación de que ni siquiera podía soportar mirarme. Ciertamente, nunca me dedicó cumplidos. Yo no hacía más que recordarle constantemente lo que había perdido.

Frankie dejó escapar un suspiro y siguió hablando.

–Durante mi adolescencia, nunca supe si mis amigos lo eran porque les caía bien o porque les gustaba mi estilo de vida. Me llevé algunas decepciones y eso me dolió.

Gabriel le tomó las manos en las suyas y comenzó a acariciárselas con los pulgares.

–La gente puede ser muy cruel, pero es porque, de alguna manera, se sienten inadecuados. Las personas rotas rompen a otras personas para sentirse menos dañados.

–¿Es así como es tu padre?

Gabriel dejó de acariciarle las manos como si la mención de su padre lo hubiera intranquilizado. Su mirada se hizo más enigmática, más cerrada. Entonces, le soltó las manos a Frankie y sonrió.

–Vamos a cenar.

Frankie dudó.

–¿Tengo tiempo para cambiarme? Preferiría ponerme algo un poco más elegante que unos vaqueros.

–Por supuesto. Yo haré lo mismo.

El restaurante estaba situado en la costa del lago Como y las vistas del agua y de las montañas que lo rodeaban eran magníficas. Grandiosas mansiones, similares a la de Frankie, rodeaban las orillas por todas partes y, como ya había anochecido, las luces se reflejaban en el lago como si fueran pepitas de oro.

El maître les dio la bienvenida y los acompañó a un salón privado en la primera planta. Las cómodas butacas de terciopelo, las elegantes mesas vestidas con almidonados manteles de lino, flores recién cortadas, arañas de cristal y cubertería de plata, le daban a la estancia un ambiente digno de una residencia real. Frankie se alegró de haberse cambiado de ropa.

Gabriel llevaba un traje azul oscuro con una camisa azul celeste y una corbata gris y azul. Estaba tan guapo que a Frankie se le cortaba la respiración cada vez que lo miraba. Ella llevaba un vestido de cóctel de raso gris, con una *pashmina* a juego y unos

zapatos de altísimo tacón.

Cuando estuvieron sentados y con una copa en la mesa, Frankie aprovechó que él estaba estudiando el menú para observarle abiertamente. A Gabriel se le daba muy bien ocultar sus sentimientos, pero ella sentía que algo le preocupaba. ¿Tal vez la mención de su padre? Frankie sabía que a él no le gustaba hablar de su familia, pero, dado que ella ya le había contado tantas cosas sobre su infancia, detalles que prácticamente no le había contado nunca a nadie antes, sentía que era justo que él, al menos, le contara algún detalle sobre su pasado.

Gabriel tenía el ceño fruncido y observaba atentamente el menú, pero, de vez en cuando, ella veía cómo tensaba la mandíbula. Podría ser que fuera un gesto inconsciente, pero, cada vez que él lo hacía, la fina cicatriz blanca que tenía en la mejilla se hacía más visible.

Frankie dio un sorbo de su copa de vino antes de preguntar.

Gabriel bajó el menú y se tocó la mejilla con gesto ausente.

–¿Esto? De una pelea cuando era más joven.

–¿Cuántos años tenías?

Gabriel dejó el menú sobre la mesa y tomó su copa de vino, pero no se la llevó a los labios. Miró el color rojizo del vino y frunció el ceño.

–Acababa de cumplir los dieciocho –dijo tras tomar por fin un sorbo del vino–, pero no es un día que me guste mucho recordar.

–¿Con quién estabas peleándote?

–Con mi padre –dijo mirándola fijamente.

Frankie se quedó sin palabras durante un instante.

–¿Tu padre te hizo esa cicatriz?

La mirada de Gabriel se endureció, como si la sola mención le hiciera convertirse en piedra.

–Sí, mi padre no se merece un premio por ser buen progenitor, pero es lo que hay.

Frankie tragó saliva.

–¿Y por qué os estabais peleando?

Gabriel observó su copa durante un instante más y luego la colocó sobre la mesa. Entonces, miró a Frankie y algo en sus ojos cambió, como si hubiera llegado a una especie de resignación.

–No me gustaba el modo en el que mi padre se ganaba la vida. No me enteré en qué clase de negocios estaba metido hasta que cumplí los dieciocho años, cuando me pidió que uniera a su «empresa» –explicó, dándole una entonación especial a esa última palabra y poniéndole comillas en el aire figuradamente–. Se

imaginó que, dado que ya era un adulto, no tendría ningún reparo para infringir la ley.

–¿Y te pegó cuando te negaste a trabajar con él?

–La violencia es el lenguaje de mi padre –contestó él con voz sombría–. Utiliza sus puños o los de otros para que lo hagan en su nombre. Y sí, esto me lo hizo él –concluyó mientras volvía a tocarse la cicatriz.

–Ay, Gabriel… Siento tanto que tengas un padre así… Y yo aquí quejándome sobre el mío. Siento mucho haberte cargado con todos mis pesares. Debes de pensar que soy una mocosa mimada.

Gabriel estiró la mano sobre la mesa y atrapó la de Frankie.

–No te disculpes. Sé que con tu padre las cosas no fueron fáciles. Era un buen hombre, un hombre honrado, pero tenía sus defectos.

Frankie colocó su otra mano encima de la de él.

–¿Fue tu padre violento alguna vez contra tu madre?

Gabriel retiró inmediatamente la mano y se reclinó en la silla. Una vez más, la expresión de su rostro se había ensombrecido.

–Bueno, el ojo morado de vez en cuando y, una vez, tuvo un brazo escayolado. Siempre tenía una excusa para justificar sus lesiones. Se había caído, se había chocado con una puerta o lo que sea. De niño uno no se cuestiona esas cosas, o al menos yo no. Había muchas cosas que no me cuestionaba entonces.

–¿Tú no fuiste testigo de violencia?

–Yo solo tenía nueve años cuando ella murió, así que resulta difícil recordar lo que ocurría detrás de puertas cerradas. No parecían discutir mucho, pero eso era probablemente porque mi madre prefería no mostrarse en desacuerdo con él –suspiró–. No fue una vida fácil para ella. No teníamos dinero, eso vino más tarde, después de que ella hubiera muerto. Hizo todo lo posible por cuidar de nosotros, pero la constante preocupación por alimentarnos y por cuidar de cuatro niños y de un marido muy difícil le pasó factura.

–¿Cómo murió?

Algo oscuro y furioso se reflejó en la mirada de Gabriel.

–Durante años, nos dijeron que se había suicidado. Sin embargo, el día en el que cumplí dieciocho años, se descubrió la verdad. Mi padre le había dado pastillas para evitar que ella le denunciara ante la policía. Unos analgésicos muy fuertes que le impidieron seguir respirando. Nadie lo cuestionó. Todo el mundo creyó que había sido una sobredosis intencionada.

Una sombra pasó sobre su rostro como si estuviera recordando aquel terrible día. Frankie sufrió por él, por el niño que había sido y lo dura y cruel que había sido la vida con él.

–Oh, Gabriel… Es horrible… Debiste de sentirte fatal por perderla. Y tus pobres hermanos… Son más jóvenes que tú, ¿verdad?

–Sí –respondió él. Tomó su copa de vino y dio un sorbo–. Odio hablar sobre este tema…

–Me imagino que debe de ser terriblemente doloroso.

Se produjo un breve silencio. Entonces, Gabriel cruzó su mirada con la de Frankie.

–Siempre me torturo a mí mismo con lo que hubiera pasado sí… ¿Qué habría pasado si aquel día yo hubiera llegado a casa más temprano? Podría haberla salvado. Tal vez llamar al médico para que la llevaran al hospital a tiempo…

Frankie sintió que el pecho se le llenaba de emoción. ¡Qué triste que, como ella, Gabriel se culpara por la muerte de su madre!

–Pero solo eras un niño… La culpa es de tu padre, no tuya.

Gabriel hizo ademán de sonreír y le tomó la mano. Con el pulgar, comenzó a acariciarle los diamantes del anillo de compromiso.

–Traté de ayudar a mi padre cuidando de mis hermanos. Tuve que crecer muy rápido. No me acuerdo de haber salido con mis amigos o de haber ido a jugar al fútbol después del colegio. Había muchos meses en los que ni siquiera iba al colegio. Mi padre tuvo una nueva pareja después de lo que a mí me pareció un periodo de tiempo indecentemente corto. Fue tan solo una más de las muchas mujeres que fueron yendo y viniendo a lo largo de los años.

Frankie estaba empezando a comprender por qué Gabriel era como un libro cerrado en lo que se refería a su pasado. Resultaba doloroso recordarlo o hablar de ello. Vocalizar la intensa tristeza y pérdida que había mancillado su existencia. Y la culpabilidad, que ella conocía mejor que la mayoría. Le acarició el reverso de la mano.

–Gracias por hablarme de tu pasado. Me ayuda a comprender mejor quién eres. Siempre me habías parecido distante y reservado.

–¿Por eso te negaste a cenar conmigo hace cuatro años? –le preguntó con un brillo pícaro en la mirada.

Frankie apartó la mano y se reclinó sobre su butaca al tiempo que le lanzaba una mirada de reprobación.

–Me enojó el hecho de que esperabas que yo dijera que sí. Me pareciste insoportablemente arrogante.

–Me vino bien llevarme un revés –admitió él–. Eso me decidió aún más a terminar ganándote.

Frankie frunció el ceño.

–Pero si no me lo volviste a preguntar… Es decir, hasta hace dos días. Yo podría haberme casado con otra persona y haber tenido un montón de hijos en ese tiempo…

–Hay riesgos en todas las decisiones que se toman en la vida –dijo él con una enigmática sonrisa–, pero, por suerte para mí, seguías soltera y con necesidad de tener un esposo rico.

Frankie se aclaró la garganta con gesto teatral.

–¡Ejem! Noticia de última hora para ti. Yo *no* quería un esposo rico –afirmó algo molesta–. La cuenta corriente de un hombre no es su rasgo más atractivo, al menos para mí.

–¿Con que clase de hombres has salido?

Frankie lo miró muy seria.

–Espero que no seas uno de esos hombres que tienes que saber todos los detalles del pasado sexual de una mujer…

–No, a menos que haya algo en su pasado que pudiera tener importancia para su presente.

Frankie sintió que las mejillas se le sonrojaban, pero, de alguna manera, consiguió mantener el contacto visual.

–¿Cuántas amantes has tenido? Con que me lo digas más o menos, me vale.

–No tantas como puedas pensar.

–Bueno, creo yo que no has estado llevando una vida monacal, ¿verdad? Siempre estás en la prensa rosa, con una mujer aún más guapa que la anterior colgada del brazo.

–No siempre terminan en mi cama o, al menos, no por mucho tiempo –replicó él. Frunció levemente el ceño y dio otro sorbo de vino.

–Entonces, ¿nunca te has enamorado?

–No.

–¿Porque no has conocido a la mujer adecuada o porque no quieres enamorarte de nadie?

Resultaba difícil leer la expresión de su rostro. La máscara había vuelto a ocupar su lugar.

–No es que sea incapaz de amar a nadie, simplemente he elegido no amar a nadie de ese modo…

–¿Crees que eso es algo que se puede elegir? ¿No te parece que, lo de enamorarse, es algo que, simplemente, ocurre? No es algo que se pueda controlar…

–Hasta ahora yo lo he controlado perfectamente –replicó él con la mirada llena de cinismo.

Frankie no le pudo mantener la mirada y se centró en observar su copa.

–Yo tampoco he estado enamorada nunca. Me ha gustado alguien, pero no ha pasado a más –comentó. Gabriel guardó silencio y, cuando ella lo miró, vio que la estaba observando con el ceño fruncido–. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

–Dije en serio lo que te comenté el otro día, Francesca –afirmó él muy serio–. Terminemos consumando o no nuestro matrimonio, es algo temporal. Nosotros somos algo temporal.

¿Era tan imposible que él pudiera terminar sintiendo algo por ella, algo más que deseo temporal?

Frankie lo miró con cierta intencionalidad.

–No estoy segura de por qué te parece necesario seguir recordándomelo. Tal vez sea porque te lo tienes que recordar a ti mismo…

Gabriel la miró en silencio, muy fijamente. Frankie estaba decidida a no apartar la mirada, a no dejarle que ganara aquella batalla de voluntades. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, sentía que su determinación fallaba.

Cuanto más miraba aquellos cínicos ojos, más se preocupaba de que él viera los sentimientos que estaban empezando a nacer en ella, sentimientos que ya no era capaz de controlar. Unos sentimientos que crecían, cambiaban y evolucionaban en algo que jamás había sentido por nadie. Había compartido con él algunos de sus sufrimientos más profundos y él había hecho lo mismo con los suyos. Eso había creado una conexión entre ellos, una conexión emocional que hacía que le resultara aún más difícil sentir antipatía por él.

–Yo no soy el final feliz que tú estás buscando –dijo él por fin–. Es mejor que lo aceptes desde el principio para que, a la larga, no lo pases mal. No me gustaría que eso ocurriera.

–No tienes el poder de hacerme daño –replicó Frankie mientras tomaba su copa y la levantaba a modo de brindis. Al mismo tiempo, cruzó los dedos mentalmente por si acaso estaba tentando al destino–. Ni de enamorarme.

Gabriel chocó la copa de Frankie con la suya. La miraba fijamente y con frialdad.

–Salud.

Cuando terminaron de cenar, Gabriel condujo el coche que los llevó de vuelta a la mansión. No hacía más que pensar en la conversación que habían tenido durante la cena. Para él, era una experiencia totalmente nueva hablar con alguien de su familia. No

había hablado de la muerte de su madre durante años. Ni siquiera hablaba sobre ello con su hermana Carli, principalmente porque ella no recordaba a su madre. La llamada de teléfono que había recibido unas horas antes en la terraza había sido de su hermano Ricci. Nada podía amargarle más a Gabriel el estado de ánimo que una conversación con él. Aparentemente, Carli le había dejado caer a Ricci que Gabriel le había advertido en contra de asociarse con el resto de la familia. Carli no sabía qué hacer. Estaba indecisa entre la aparente seguridad de su familia de delincuentes o seguir adelante sola. Hasta aquel momento, no se había decidido.

Sin embargo, Frankie había conseguido que se abriera sobre su difícil situación familiar. El dolor y la vergüenza de la que nunca se podría desprender. La llevaba como la cicatriz de la cara. No podía borrar su pasado por mucho que intentara distanciarse de él. Le seguía como un vapor tóxico, envenenando sus pensamientos y robándole las pocas alegrías que habían conseguido sacarse para sí de un una vida decente, trabajadora y productiva.

Al casarse con Frankie, Gabriel sabía que estaba flirteando con el peligro. Ella era una mujer chapada en cierto modo a la antigua, que buscaba un príncipe azul que cabalgara con ella hacia el atardecer. Sin embargo, no podía darle falsas esperanzas a pesar de que no iba a impedir que se hundiera económicamente. Había calculado los riesgos, los había medido y había decidido que un matrimonio a corto plazo resolvería los dos problemas. ¿Había sido una tontería insistir tanto en la regla de no enamorarse? Nunca se había tenido que enfrentar a aquel asunto de los sentimientos con otras parejas. Había admirado y respetado a muchas de las mujeres con las que había salido, pero jamás había sentido nada duradero por ninguna de ellas.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con Frankie, más se daba cuenta de que nunca había permitido que nadie se le acercara lo suficiente como para poder conocerle, para comprender las cosas que lo empujaban en la vida y los fantasmas y las sombras de su pasado que lo habían convertido en el hombre que era.

Cuando llegaron a la mansión, Gabriel ayudó a Frankie a descender del coche. Ella caminó hacia la puerta a su lado y parecía estar tan preocupada como él. Tenía la frente arrugada y no hacía más que morderse el labio inferior.

–¿Estás cansada? –le preguntó él cuando estuvieron dentro de la casa.

–En realidad, no… –contestó ella con una fugaz sonrisa.

Antes de que pudiera detenerse, Gabriel le tomó la mano y se la llevó a la boca, apretándole los labios contra las puntas de los dedos. Las pupilas de Frankie se agrandaron y ella no pudo evitar sacar la lengua para lamerse suavemente los labios. Entonces, levantó la otra mano y se la colocó a Gabriel en la mejilla. Comenzó a trazar la cicatriz con el dedo. El contacto fue tan ligero que él se preguntó si se lo habría imaginado. Sin embargo, en ese momento, Frankie se puso de puntillas y le dio un delicado beso sobre la cicatriz. La suave presión de aquellos labios produjo en él una reacción muy poderosa, que se extendió como la pólvora por todo su cuerpo. Necesitó más fuerza de voluntad de la que quiso admitir para no estrecharla entre sus brazos y besarla en la boca.

Frankie debió de sentir la batalla interna que él estaba soportarlo porque se sonrojó delicadamente.

–Lo que dije en la cena era de corazón. Muchas gracias por hablarme de tu infancia.

Gabriel le apretó suavemente la mano y se la soltó.

–Hasta mañana. Que duermas bien…

Ella no supo cómo reaccionar. Parpadeó un par de veces y apartó la mirada de la de él.

–Buenas noches… –susurró. Él tan solo había dado unos pasos cuando la voz de Frankie le impidió seguir–. Gabriel…

–¿Sí? –le preguntó tras volverse para mirarla.

Frankie estaba jugueteando con el anillo de compromiso y el de boda. No dejaba de morderse el labio inferior.

–¿Por qué me pediste que cenara contigo hace cuatro años?

–¿Por qué invita cualquier hombre a cenar a una mujer? Porque le gusta.

–¿No… no te pidió mi padre que lo hicieras?

–No. ¿Por qué piensas eso?

Frankie se encogió de hombros, pero no dejó de fruncir el ceño.

–Solo me preguntaba si él te lo habría sugerido… –dijo. Una vez más, comenzó a fruncirse el ceño.

Gabriel regresó junto a ella.

–Tu padre no tuvo nada que ver con mi decisión de pedirte que salieras conmigo. ¿Acaso te cuesta tanto creer que me sentía atraído por ti? ¿Que sigo estando atraído por ti?

Los ojos de Frankie eran como lagos luminosos de aguas azules grisáceas, en los que se adivinaba duda y esperanza. Ella se acercó un poco más, como si se sintiera atraída por la fuerza de un imán y le deslizó las manos sobre el torso. La parte inferior de su cuerpo

entró en contacto con la de él. Tentándolo. Torturándolo. Entonces, Frankie volvió a colocarle una mano en el rostro y le trazó el contorno de la boca. Su tacto era tan excitante que los labios de Gabriel ardían de deseo.

–Gabriel…

La voz de Frankie era apenas un susurro y, sin embargo, resonaba con la misma necesidad que él podía sentir recorriéndole el cuerpo.

Gabriel le enmarcó el rostro entre las manos.

–Dime qué es lo que quieres, *cara*.

Ella se humedeció los labios. Aquel ligero movimiento de la lengua fue como una lanza de deseo para Gabriel.

–Te deseo –murmuró ella, apretándose contra la firme masculinidad de él–. Desde que me besaste antes… no puedo controlar este deseo… ¿Lo… lo sientes tú también?

Gabriel la estrechó entre sus brazos.

–¿Es que no sientes lo que me estás haciendo?

Frankie se sonrojó.

–¿Me haces el amor? –le preguntó ella con voz dulce, como si, a pesar de la firme evidencia del deseo que Gabriel sentía apretándose contra su cuerpo, aún no se pudiera creer que él la deseara.

Gabriel bajó la cabeza y le rozó los labios una, dos, tres veces.

–¿Estás segura de esto? Ha sido un día con muchas emociones y podrías lamentarte de esto por la maña…

Frankie le colocó un dedo sobre los labios y le impidió seguir hablando.

–No me lamentaré. Te deseo. Tiene sentido que consumemos nuestro matrimonio, aunque este solo vaya a durar un año.

–En ese caso, vayamos arriba –dijo él–. No me apetece hacerte el amor por primera vez en el vestíbulo.

Le tomó la mano y la condujo arriba. Se detuvo frente a la puerta de su dormitorio. No sabía qué hacer, si hacerle el amor apasionadamente o darle más tiempo para que ella pudiera asegurarse de qué era lo que deseaba realmente. Quería estar seguro de que ella no se sentía obligada. Había hecho todo lo que había podido para darle libertad de elección. Le había prometido que se mantendría fiel, aunque no consumaran su matrimonio.

–No es demasiado tarde para cambiar de opinión…

–No voy a cambiar de opinión –afirmó ella–. Es lo que quiero y lo que necesito.

Gabriel abrió la puerta del dormitorio y la condujo al interior

antes de volver a cerrarla. Él también lo necesitaba. La necesitaba a ella. Desesperadamente.

Capítulo 8

Frankie le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a juguetear con su cabello. Sentía la boca aplastada bajo la apasionada presión de la de él. Había estado luchando contra la atracción que sentía hacia él desde el momento en el que Gabriel le había propuesto matrimonio. ¿A quién estaba engañando? Llevaba luchando contra aquella atracción desde hacía años. Ya que estaban casados, podría disfrutar de la experiencia de hacer el amor con él. ¿Por qué no? Si eso era lo que quería y lo que él deseaba también…

La lengua de Gabriel danzaba con la suya, despertando aún más su anhelo. Le cubrió el trasero con las manos, acercándola más aún a él para que sintiera su deseo, el orgulloso abultamiento de que hacía que la parte más femenina de su ser temblara de gozo. El ligero roce de la barba de él contra el rostro de Frankie cada vez que cambiaba de posición le recordaba las diferencias esenciales que había entre ellos. Masculino y femenino. Experiencia e inexperiencia.

¿Debería decirle que era virgen? Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no era capaz de decirlas. No quería que él cambiara de opinión sobre lo de hacerle el amor. No quería confirmarle aún más lo diferente que ella era de sus anteriores amantes.

Gabriel gruñó de placer contra sus labios. Deslizó una de las manos desde el trasero y le cubrió uno de los senos. El contacto, a pesar de las capas de ropa, fue eléctrico.

–Eres muy hermosa, pero llevas puesta demasiada ropa –susurró él con voz ronca por el deseo.

Al escucharla, Frankie sintió que las piernas se le doblaban al pensar que él estaba tan excitado por ella como ella lo estaba por él.

–Tú también.

Gabriel se quitó a chaqueta y tiró de la corbata. Arrojó ambas prendas a un lado, mientras observaba a Frankie con ojos ardientes. Ella le sacó la camisa de debajo del pantalón y le colocó las manos

sobre la cálida piel de la espalda. Gabriel desabrochó algunos botones y se la sacó por la cabeza, para arrojarla después en la misma dirección de la chaqueta y corbata. Entonces, se dispuso a bajarle la cremallera del vestido de Frankie. Este cayó a los pies de ella, formando un delicado montón de seda a sus pies. Frankie se preguntó por qué no sentía timidez alguna por estar frente a él tan solo vestida con ropa interior. Muy al contrario, se sentía muy femenina y sexy, sobre todo por el modo en el que él la estaba mirando y admirando sus curvas. Gabriel le deslizó las manos por las curvas cubiertas de encaje de los senos, excitándoselos con sus ligeras caricias y provocando en ellos deliciosas sensaciones de placer.

Las manos llegaron a la cinturilla de las braguitas. El roce de los dedos contra el vientre hizo que la piel de Frankie se tensara y cobrara vida. Ella contuvo el aliento. En ese momento, Gabriel se detuvo.

–¿Voy demasiado deprisa para ti? –le preguntó preocupado.

Pero el cuerpo de Frankie ansiaba más.

–No vas lo suficientemente deprisa –replicó.

Se puso a desabrocharle los pantalones. Los dedos rozaron el vello negro que tenía sobre el firme abdomen y que desaparecía como una flecha por debajo de la cinturilla.

Gabriel se puso a ayudarla y se desabrochó él mismo. Se quitó los zapatos para sacarse los pantalones. Frankie no podía apartar la mirada de su cuerpo, un cuerpo masculino y glorioso, firme, tonificado y bronceado… ni de la tentación que se le adivinaba por debajo de los calzoncillos.

Ella se puso de pie sobre una pierna para desabrocharse la hebilla de los zapatos, pero estuvo a punto de caerse.

–Espera, deja que te ayude.

Gabriel se arrodilló delante de ella y primero le desabrochó un zapato y luego el otro. El contacto de piel contra piel resultaba muy excitante. Entonces, se puso de pie y le colocó las manos sobre las caderas, sujetándola contra su erección. Frankie se movió contra él instintivamente, buscando su posesión como si él lo hubiera hecho antes en muchas ocasiones. Resultaba tan agradable estar tan cerca de él… Lo suficiente para sentir el latido de su cuerpo y el pulso de su sangre. Para sentir el calor y la potencia de su carne contra el latido y el pulso de la de ella.

Gabriel volvió a besarla de un modo lento, hipnótico, que le puso el vello de punta por la excitación. La lengua jugaba con la de ella y los eróticos movimientos provocaban que la parte inferior de

su cuerpo ardiera de húmedo calor. Los más profundo de su ser vibraba con la necesidad de sentirlo dentro de ella. Los pliegues más íntimos estaban listos para su posesión. Entonces, la boca de Gabriel abandonó la de ella y comenzó a depositar unos delicados besos por el cuello y el escote… Cada breve contacto la volvía prácticamente loca de deseo.

Frankie le llevó las manos al cabello y comenzó a jugar con los oscuros mechones, tirando de ellos, gozando con los sonidos de aprobación que él realizaba cuando se apretaba contra él tanto como podía.

–Te deseo… Deseo todo tu cuerpo… –susurró.

Gabriel volvió a besarla profundamente, con una pasión que causó caos en sus sentidos. Se iba a morir, ligeramente, si él no aliviaba la tensión sexual que sentía en la carne.

–Yo te deseo tan desesperadamente que estoy muriendo…

El tono de su voz estaba tan agitado como su respiración. Eso hizo que Frankie se sintiera poderosamente femenina por haber conseguido llevarle hasta aquel estado. Se bajó los tirantes del sujetador porque, de repente, se sentía demasiado tímida como para quitarse sola el sujetador. Gabriel le llevó las manos a la espalda y se lo desabrochó. Sus ojos ardieron de pasión cuando por fin pudieron contemplar sus curvas. Cubrió con las manos los desnudos senos y comenzó a acariciarlos. Frankie sintió un temblor por todo el cuerpo.

–Eres más que hermosa… –susurró mientras le acariciaba los pezones con los pulgares, una y otra vez, hasta que consiguió que se tensaran aún más–. Tan hermosa que no puedo dejar de tocarte…

–Yo deseo que lo hagas…

Frankie arqueó la espalda para ofrecerse más a él. Cada nervio de su piel vibraba de gozo y placer, un placer que se le estaba convirtiendo en cálido y líquido deseo entre las piernas.

Gabriel comenzó a besarle el seno derecho, depositando ligeros besos por toda la piel. Entonces, abrió la boca justo encima del pezón y comenzó a trazar círculos con la lengua, saboreándolo, excitándolo y torturándolo ligeramente, haciendo que ella contuviera el aliento. Lamía y acariciaba sin sosiego y por suerte, la tenía bien sujeta con las manos, porque, si no, ella se habría deshecho de placer hasta convertirse en agua a sus pies.

Por fin, la condujo a la cama y se quitó su ropa interior. Entonces, enganchó un dedo en el encaje de las braguitas de ella y comenzó a deslizárselas poco a poco. Frankie sacó los pies y apretó su cuerpo contra el de él. Estaba desesperada por sentirlo de la

cabeza a los pies.

–Dios, te necesito… –suplicó con urgencia.

–Yo también te necesito…

Gabriel la hizo tumbarse en la cama y la dejó brevemente para ir a sacar un preservativo de su cartera. Frankie se quedó atónita ante el hecho de que, ni en una sola ocasión, había pensado en anticonceptivos, tan atrapada estaba en la pasión del momento. Cuando él regresó, Frankie no podía apartar los ojos de su glorioso y excitado cuerpo. Tenía el abdomen cubierto de marcados músculos y una línea de vello oscuro llegaba hasta su potente masculinidad.

Gabriel se tumbó junto a ella y le colocó la mano en el vientre, cerca de donde ella más lo deseaba. Recorría su cuerpo con la mirada, con las pupilas dilatadas y oscuras de deseo. Entonces, bajó la cabeza hacia el vientre y le deslizó la lengua sobre la piel con una delicada caricia que hizo que Frankie arqueara la espalda como una gata. Ella contuvo el aliento cuando Gabriel le separó los femeninos pliegues con la lengua. Se apartó, tensa y preocupada por si no era lo que él había esperado.

Gabriel la sujetó con una mano en la cadera.

–¿Demasiado, *cara*? Dime lo que te funciona…

Lo que le había funcionado hasta entonces era aliviarse en la oscuridad con los dedos cuando sentía la necesidad. Sin embargo, no pensaba decírselo a Gabriel.

–Solo quiero sentirte dentro de mí… –dijo. Después de todo, era verdad. Lo otro podría esperar si ella alguna vez conseguía tener el coraje suficiente para dejarle que él le diera placer de esa manera.

–¿Estás segura? –le preguntó él mientras le cubría el sexo con una mano.

Ella le tomó la mano y se la colocó en un seno.

–Hazme el amor, por favor…

Estaba suplicándole, pero no le importaba. Estaba desesperada.

Gabriel sonrió lentamente.

–Encantado…

Se sentó para ponerse el preservativo y regresó a ella para acariciarle los senos y los muslos. Frankie le correspondía, acariciándole la espalda y los hombros, animándole con insistentes movimientos de la pelvis. Gabriel se colocó encima de ella, apoyando el peso encima de los hombros para no aplastarla. Entonces, se puso entre los muslos de Frankie y tanteó la entrada. Tras lanzar un gruñido, realizó un fuerte envite, como si lo empujara una fuerza que estuviera fuera de su control. Frankie

contuvo la respiración, atónita por el dolor que había sentido cuando sus delicados músculos habían tratado de acomodarle.

Gabriel la miró con expresión horrorizada.

–¿Te he hecho daño?

Frankie se mordió el labio, incapaz de mirarlo a los ojos.

–Hmm… no, no…

Gabriel le colocó un dedo debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo.

–Pensaba que estabas lista. ¿Me he precipitado? Siento mucho no…

–No, no te has precipitado…

El silencio se extendió entre ellos hasta que, por fin, Gabriel pareció comprender.

–*Dio mio*… –susurró. Había palidecido.–. ¿Eras… virgen?

Se levantó de la cama de un salto, como si ella tuviera un virus mortal. Se quitó el preservativo y cerró los ojos durante un instante, como si esperaba abrirlos de nuevo y ver que los últimos minutos no habían ocurrido.

Frankie se sentó en la cama y se rodeó con los brazos las rodillas dobladas. De repente, se sentía avergonzada de estar desnuda.

–No tienes que hacer que parezca que es una enfermedad contagiosa.

–¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? –le preguntó con voz dura, llena de tensión. Y culpabilidad–. Te he hecho daño.

Frankie estaba a punto de echarse a llorar, pero hizo todo lo posible para evitarlo. Tenía un nudo en la garganta y una terrible presión en el pecho.

–Porque me daba vergüenza. Por eso.

Gabriel frunció el ceño.

–¿Y de qué hay que avergonzarse?

Frankie hizo un gesto de asombro con la mirada mientras se tapaba con la sábana.

–Tengo veinticinco años, de eso. La mayoría de las chicas pierde la virginidad en la adolescencia. Y yo voy y espero otra década.

–¿Hay alguna razón por la que hayas esperado hasta ahora? –le preguntó él con voz más suave.

–En realidad, no… Bueno, tal vez… –añadió bajando la mirada.

Gabriel se puso los calzoncillos y los pantalones. El sonido de la cremallera rompió el silencio. Fue a sentarse al borde de la cama y le agarró una mano entre las suyas.

–¿Te sientes cómoda hablando al respecto?

Frankie respiró profundamente.

–Estaba flirteando con un chico cuando tenía dieciséis años. Estaba colada por él. Muy colada. Empezamos a salir, pero oí que él le decía a un amigo que solo estaba saliendo conmigo para poder presumir de ello más tarde. Yo era un trofeo. Nada más que una muesca. Después de esa humillación, no volví a salir con nadie.

Gabriel le acarició la mano suavemente.

–Siento que te ocurriera eso. Algunos tíos pueden ser unos completos idiotas –comentó mientras le apretaba la mano cariñosamente–, pero ahora yo también me siento un idiota por haberte hecho daño. No te habría tocado nunca si…

–Esa es una de las razones por las que no te lo dije. Me preocupaba que no querrías hacerme el amor por ser tan idiota y tan antigua.

–No, *cara*. No digas esas cosas. Efectivamente, me lo habría tenido que pensar dos veces, pero me da mucha pena pensar que te he hecho daño. Estoy profundamente avergonzado. Si pudiera borrar los últimos minutos y hacer las cosas de un modo diferente, lo haría.

Frankie le agarró la mano y lo miró a los ojos.

–Podríamos volver a intentarlo… ¿no?

Gabriel suspiró y apartó las manos de ella. El muro volvía a interponerse entre ellos.

–Volveremos a lo de tener una relación platónica. Es lo mejor.

–¿Platónica? ¿Hablas en serio? ¿Tan inútil soy en la cama que no puedes soportar ni tocarme? –le preguntó. La barbilla le temblaba tanto que tuvo que morderse el labio para no echarse a llorar.

Gabriel dejó escapar una maldición y fue a sentarse al lado de ella.

–Ay, Frankie, ¿qué voy a hacer contigo? –le preguntó mientras le daba un beso en la frente.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–Me has llamado Frankie…

Gabriel sonrió y le apartó un mechón de cabello del rostro.

–Sí, así es –dijo mientras le miraba los labios antes de volver a mirarla a los ojos–. Escúchame, *cara*. Esto no puede ocurrir entre nosotros. Ni ahora ni nunca. No estaría bien por mi parte…

–Pero al principio dijiste que dependía de mí que nuestro matrimonio se consumara o no –le recordó Frankie mientras le agarraba insistentemente la mano–. Dijiste que aceptarías lo que yo dijera. ¿No fue así?

Gabriel se puso muy serio. Apartó la mano y se puso de pie, con

las manos apretadas en puños, como si estuviera librando una batalla interna para no tomarla entre sus brazos.

–Por favor, no me recuerdes lo que te dije entonces. Di por sentado que tenías experiencia. Esa es la única excusa que tengo para mi comportamiento.

–No se trata exactamente de algo que sienta que debo ir pregonando por ahí –replicó Frankie–. ¡Escuchadme todos! ¿Sabéis qué? A la edad de veinticinco años… ¡sigo siendo virgen! ¿Cómo te crees que se lo tomaría la gente?

Gabriel se pasó una mano por el rostro.

–Lo siento, pero no creo que esté bien seguir con eso. Hoy ha sido un gran día, un día algo inusual, y eso ha nublado tu buen juicio. Mañana por la mañana, verás que tengo razón.

Frankie se levantó de la cama y se envolvió con la sábana.

–Nos vamos mañana por la mañana de luna de miel. ¿O has cambiado de opinión también en eso?

Gabriel contuvo la respiración.

–No. Iremos a Marsella como estaba planeado. Un cambio de lugar nos vendrá bien a los dos.

Tras dedicarle una de sus formales inclinaciones de cabeza, Gabriel se marchó del dormitorio.

Cuando él hubo cerrado la puerta, Frankie se sentó de nuevo en la cama y suspiró. Menuda luna de miel iba a ser…

Gabriel salió a la terraza con una copa. No podía soportar estar en el interior de la mansión, no fuera a ser que le fallara su determinación. Se estaba produciendo una guerra en su interior, una guerra entre el hombre bueno que se consideraba ser y la parte oscura de él, la que quería olvidarse de toda cautela y volver al dormitorio para hacerle apasionadamente el amor a Frankie.

¿Cómo iba a poder hacer eso sabiendo que era virgen?

Sintió náuseas al pensar que le había hecho daño. Se había sentido tan atónito que prácticamente se había quedado sin palabras, como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza. Le había hecho daño, él, que siempre se enorgullecía de no ser «esa» clase de hombre. Se sentía asqueado consigo mismo por no haber sido más sensible, por no haber conseguido que ella se sintiera lo suficientemente cómoda con él como para que se lo contara.

Se sintió muy avergonzado por no haberse dado cuenta antes. De repente, todo tuvo sentido. La prensa nunca había reproducido nada sobre su vida amorosa. Su padre nunca había mencionado un

novio. Se conocía a Frankie como una princesa de hielo, fría, elegante y sofisticada, pero eso era porque le habían hecho daño. La había avergonzado un idiota que no sabía cómo tratar a una mujer con respeto.

Sin embargo, ¿era él mejor?

Le había ofrecido un matrimonio con fecha de caducidad. Le había dado la opción de que fuera normal o no. Había tratado de ser justo. Se había gastado una fortuna en salvarla de la ruina financiera. Sin embargo, ¿lo había hecho por buena voluntad o por avaricia? Avaricia hacia ella. Avaricia y hambre por su delicioso cuerpo.

En aquellos momentos, por una extraña ironía del destino, tenía que resistirse a su hermoso cuerpo. Tenía que resistirse a la tentación de hacerle el amor a la mujer que era su esposa.

Y nada menos que en su luna de miel.

Capítulo 9

Durante el trayecto desde el lago Como hasta el aeropuerto de Milán, Gabriel apenas articuló palabra, a excepción de ciertos comentarios corteses. No parecía muy inclinado a entablar conversación. Cuando la ayudó a entrar en el coche, fue como si no pudiera soportar tocarla, ni siquiera por casualidad. El ceño fruncido amenazaba con partirle la frente en dos y tenía una expresión seria en la boca. Además, un músculo se le tensaba y se le relajaba en la mandíbula, como si estuviera moliendo algo entre los dientes.

Sin embargo, después de un rato, Frankie ya no pudo seguir soportando más aquella actitud.

–¿Sigues enfadado conmigo?

–No estoy enfadado contigo, *cara* –respondió él. Tenía el volante agarrado con tanta fuerza que los dedos los tenía blancos–, sino conmigo mismo. No sabes cuánto. Te he hecho daño. ¿Te encuentras bien? –añadió mientras la miraba–. Lo siento. Debería habértelo preguntado antes.

–Estoy perfectamente bien. No debes culparte a ti mismo. Yo te lo podría haber dicho –admitió ella mientras se miraba las manos en el regazo–. Debería haberlo hecho y ahora que lo pienso…

Gabriel agarró la mano que le quedaba más cercana y se la apretó suavemente.

–No. No es culpa tuya. Nunca me podré perdonar por haberte hecho daño de esa manera. No debería haber dado por sentado nada sobre ti.

–Los dos hemos dado por sentadas cosas sobre el otro –dijo Frankie pensando en las muchas veces que ella también le había juzgado.

–Anoche, antes de que nos fuéramos a cenar, envié el comunicado de prensa –dijo, con una nota de arrepentimiento en la voz–. Seguramente la prensa ya nos estará esperando en el aeropuerto. Yo puedo tratar con ellos si tú prefieres guardar

silencio.

–¿Acaso no confías en que yo diga lo que debo sobre nosotros?

–Si no lo hicieras, no te culparía –afirmó él con expresión sombría.

Frankie soltó una carcajada.

–Venga ya, Gabriel. Necesitas tomarte las cosas menos en serio. Estamos en el siglo XXI, ¿sabes? Cualquiera diría que has cometido un delito terrible.

Se produjo un tenso silencio.

–Lo siento –dijo ella–. No quería…

–Está bien –replicó él secamente.

Gabriel tenía razón sobre la prensa. Estaban reunidos en grupo cerca de la puerta de salidas, con los teléfonos y las cámaras preparados.

–*Signor* Salvetti, la noticia de su matrimonio con Francesca Mancini ha dejado a todo el mundo sin palabras. Háblenos sobre su relación –dijo una periodista.

Gabriel tenía el brazo alrededor de la cintura de Frankie. La estrechó un poco más contra su costado.

–Somos amigos desde hace muchos años. Nos enamoramos recientemente y decidimos casarnos en privado, por respeto al reciente fallecimiento del padre de Francesca.

–Francesca, ¿nos puede decir cómo le pidió matrimonio? –le preguntó a ella otra periodista.

–Hmm… fue muy romántico, pero no voy a decir nada más –respondió Frankie eligiendo muy bien sus palabras–. Fue un momento privado que solo nos pertenece a nosotros.

La periodista no se iba a rendir fácilmente. Decidió preguntarle a Gabriel.

–¿Le ha presentado a su esposa a su padre?

Frankie sintió que Gabriel se tensaba, como si alguien le hubiera golpeado. Sintió que él tuviera que enfrentarse a esa pregunta sabiendo lo que sentía por su padre.

–No. No tengo nada que ver con mi padre. Hace muchos años que no hablo con él. Ahora, si nos perdonan, tenemos que tomar un avión para poder empezar nuestra luna de miel.

Gabriel condujo a Frankie al interior de la terminal de salidas con pasos firmes y decididos. Por fin, los periodistas parecieron comprender el mensaje y se marcharon.

–Creo que deberíamos haber ensayado un poco más para eso… –dijo Frankie una vez que estuvieron en el avión con una bebida en la mano.

–A mí me ha parecido que lo has hecho muy bien –replicó él–. Les has respondido sin decirles nada en realidad.

–No quería inventarme algo de repente que no sonara acorde con tu personalidad. Es decir, no me pareces del tipo de hombre romántico…

Gabriel sonrió secamente.

–En ese caso, menos mal que no tengo la intención de lamentarme y tratar de ganarme a nadie cuando demos por terminado nuestro acuerdo. Según tú, fracasaría miserablemente.

Frankie no estaba segura de cómo tomarse aquella respuesta. Suspiró y tomó su agua mineral.

–No tenía intención de insultarte.

Gabriel levantó el dedo y le tocó suavemente la mejilla.

–Tengo una piel muy gruesa. Eso ya deberías saberlo.

Frankie se echó a temblar bajo su ligera caricia. Sin poder evitarlo, se fijó en sus labios.

–Me pregunto si es tan gruesa e insensible como tú quieres que parezca.

La mirada de Gabriel se prendió en la boca de Frankie y se la trazó con un movimiento continuo que le provocó a ella un vuelco en el estómago.

–Puedes estar segura de ello, *cara*…

Con eso, se giró ligeramente y tomó su bebida con el ceño fruncido.

Por suerte, no había prensa esperándoles en Marsella. Frankie siguió a Gabriel hasta el coche que él había organizado para que los recogiera. El chófer los llevó a una espléndida mansión de tres plantas construida en el siglo XIX y situada frente al mar. Los Calanques, los profundos valles formados de piedra caliza, eran una característica espectacular de aquella parte de la costa y la casa, situada en un paraje tan maravilloso, era un paraíso recóndito, lejos del bullicio de la ciudad.

–Dios mío es maravillosa –comentó mientras miraba a su alrededor–. ¡Qué casa tan bonita!

–Me alegro de que te guste –dijo él con una de sus breves sonrisas–. La compré hace un año más o menos, después de esperar una década. Los anteriores dueños no querían venderla, pero al final conseguí convencerlos. Acabo de terminar de reformarla.

–¿Esta casa es tuya? –le preguntó ella atónita.

–Sí. Me gusta estar aquí. Es muy privado.

Frankie había crecido rodeada de riqueza y privilegios, pero aquella mansión estaba a otro nivel. Aquella casa proporcionaba una privacidad y un aislamiento que lo convertían en un lugar perfecto para una luna de miel. Si, efectivamente, fuera a tenerla…

¡Qué propio de él era esperar algo que deseaba! Se ponía un objetivo y tenía la paciencia y la disciplina para terminar consiguiéndolo. En un mundo de gratificaciones inmediatas, en el que se tomaba rápidamente lo que se deseaba sin medir los riesgos, ¿cómo no iba a admirarle por ello?

¿Cómo era posible que no se enamorara un poco de él?

El conductor dejó su equipaje en el interior de la casa y se marchó poco después.

Frankie miró a su alrededor. En el vestíbulo había flores frescas por todas partes. Una equilibrada mezcla de viejo y nuevo en la elección de colores y muebles. Una grandiosa escalera conducía a las otras plantas, pero no había señal alguna de que hubiera servicio doméstico.

Gabriel la condujo a la suite que le había adjudicado. Frankie no pudo evitar pensar que la estaba tratando más como a una invitada que como a una esposa. El dormitorio de él estaba tan lejos del de ella como era posible.

–¿Tienes servicio? –le preguntó Frankie.

–Tengo un pequeño grupo de empleados que se ocupan de todo –dijo Gabriel mientras dejaba el equipaje de Frankie sobre un pequeño mueble que servía como portaequipajes–. Jardineros y un ama de llaves. Ella solo viene un par de veces a la semana cuando estoy aquí. No me gusta verme rodeado de empleados cuando vengo porque, precisamente, lo que quiero aquí es estar lejos de todo el mundo.

–Espero que mi presencia no altere tu preciada soledad.

Gabriel le acarició la mejilla con los nudillos. Su enigmática sonrisa le frunció los labios.

–Tú alteras mucho más que mi soledad, *cara*. Mucho más.

Frankie miró sus oscuros ojos, tan negros como la noche y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Levantó la mano para trazarle suavemente la cicatriz que tenía en la mejilla.

–¿Por qué estás tan decidido a apartarme de tu lado?

Gabriel contuvo la respiración y le colocó las manos en los hombros.

–Ya sabes por qué…

–Pero yo te quiero cerca –susurró ella acercándose a él hasta que su cuerpo entró en contacto con el de él–. ¿Es que no lo ves?

Gabriel le agarró con fuerza los hombros.

–Si fuera un buen hombre, me daría la vuelta y me marcharía de esta habitación sin mirar atrás.

–¿Pero?

Gabriel suspiró y le acarició la mejilla.

–Me parece que no soy el hombre tan decente que pensaba que era.

Bajó el rostro y le dio un delicado beso en los labios. Fue breve, pero no por ello menos mágico. Los labios de Frankie gozaban bajo la ligera presión, deseando mucho más. Él levantó ligeramente la boca por encima de la de ella.

–Dime que salga de aquí antes de que sea demasiado tarde…

Frankie le acarició la mejilla y colocó la boca tan cerca de la de él que los alientos de ambos se mezclaron.

–Quiero que me hagas el amor. Lo deseo más que nada. Por favor…

Gabriel respiró profundamente y volvió a colocarle las manos sobre los hombros.

–Mientras los dos sepamos que es solo sexo, no de un futuro juntos. Es solo una aventura que va a durar lo que dure nuestro matrimonio.

–Lo comprendo. Esto es lo único que quiero. No puedo seguir cumpliendo años sin tener algo de experiencia. ¿Y quién mejor que tú para dármela?

–Haces que resulte casi imposible resistirse a ti –replicó él mientras le cubría el trasero con las manos, acercándola más aún a la firme columna de su deseo–. ¿Estás segura? ¿Verdaderamente segura?

–Estoy segura…

Gabriel la besó apasionadamente. En su garganta, resonó un profundo gruñido cuando ella le abrió la boca para animarle a entablar una sensual danza que licuó prácticamente los huesos de su cuerpo. Si no hubiera sido porque él la había estado sujetando, Frankie se habría caído al suelo. De hecho, pensó que el suelo se estaba moviendo bajo sus pies, pero entonces se dio cuenta de que él la había tomado en brazos y la llevaba a su dormitorio, que estaba al otro lado del pasillo. Fue besándola por el camino, de manera que, cuando por fin llegaron, estaba loca de necesidad por tocarle.

Gabriel la dejó en el suelo.

–Tengo que tomarme las cosas con calma. No quiero hacerte daño.

Frankie se puso a quitarle la ropa. Los dedos le temblaban por la rapidez con la que lo hacía, dado que temía que él estuviera teniendo dudas.

–Quiero tocarte…

Gabriel colocó una mano sobre la de ella y se la sujetó contra su pecho, en el que el corazón le latía a toda velocidad.

–Es muy importante para mí que disfrutes –dijo antes de volver a besarla. La lengua jugaba con la de ella con lánguidos movimientos que la volvían loca.

Fue desnudándola poco a poco, con suaves caricias y tan cuidadosamente como si estuviera desenvolviendo algo muy valioso. Le acarició los senos a través del encaje del sujetador antes de desabrochárselo y dejar que cayera al suelo. Entonces, dio un paso atrás y se quitó el resto de su ropa mientras ella lo observaba, vestida tan solo con las braguitas. No podía apartar la mirada de su cuerpo. Fuertes músculos y tendones que la excitaban profundamente.

Frankie deslizó la mano por el torso hasta llegar a la erección.

–¿Puedo tocarte? –susurró tímidamente.

Gabriel gruñó.

–He estado soñando con ello…

Cuando ella le rodeó con los dedos, contuvo el aliento. Frankie se dejó llevar por el instinto para acariciarle, masajeándole y moldeándole hasta que adquirió tal grosor y tensión que ella pensó que iba a explotar.

Entonces, Gabriel le apartó la mano.

–Ahora, te toca a ti. Solo a ti.

Enganchó un dedo en las braguitas y se las bajó hasta los muslos. Frankie se las sacó del todo, sorprendiéndose de lo sensual que resultaba el encaje contra la pierna. Atónita y gozosa del calor eléctrico que experimentó al notar la mano de él contra el muslo. ¿Habría alguna vez en la que sus caricias no la excitaran tanto? ¿Sería suficiente un año para saciar el deseo que él había despertado?

Gabriel la condujo a la cama y se detuvo antes para sacar un preservativo de la mesilla de noche. ¿Habría llevado allí a otras mujeres? Aquel pensamiento le resultó tan desagradable como si hubiera habido una araña mortal sobre las blancas sábanas. No se había dado cuenta de que había hecho un sonido hasta que él la miró con curiosidad.

–¿Ocurre algo?

–No, nada… –susurró ella bajando los ojos.

Gabriel le hizo levantar el rostro de manera que ella ya no pudo seguir evitando su mirada. La miró a los ojos y, de repente, dijo:

–No he traído a nadie aquí antes.

–¿A nadie?

–A nadie.

–¿Por qué no?

–En primer lugar, por la reforma –suspiró–. Y por otro… no estoy seguro –añadió frunciendo el ceño–. Siempre había planeado venir aquí solo.

Frankie no quiso pensar por qué sus palabras le agradaban tanto. No quería exponerse a sufrir en el futuro soñando y deseando mucho más de lo que él era capaz de ofrecer. Había tomado la decisión de casarse con Gabriel según sus términos. Sería una tontería pensar que podría haber un final feliz que él no podía ni quería dar. ¿Acaso no le bastaba con que él la deseara? ¿Con que la deseara fervientemente a juzgar por lo que indicaba su cuerpo? Se acercó un poco más y le tocó la mandíbula con los dedos.

–Me alegro de no tener que competir con otros recuerdos que hayas tenido en esta cama.

–Podemos construir nuestros propios recuerdos, ¿no te parece?

Le rodeó la muñeca con los dedos y le dio un beso en la palma de la mano. Entonces, fue subiendo poco a poco hasta que estuvo muy cerca del seno desnudo. Rozaba la piel, provocándole un frenesí de sensaciones. Era placer y tortura, una embriagadora caricia que le hacía desear mucho más. Deslizó los labios por la curva del seno, trazándole el pezón con la lengua y atrapándoselo entre los dientes con un suave mordisco que le envió oleadas de placer que llegaron hasta lo más profundo de su ser. Le hizo lo mismo al otro pecho y consiguió también que el pezón se pusiera muy erecto, hasta el punto en el que el deseo que Frankie sentía por él era casi incontrolable.

Él la tumbó en la cama y comenzó a acariciarle el cuerpo, desde los senos hasta el vientre, gestos largos y perezosos que le daban vida a su piel. Gabriel le colocó entonces la cabeza sobre el vientre y comenzó a lamerle el ombligo antes de seguir bajando. Frankie contuvo el aliento y se tensó, pero él la tranquilizó con una delicada mano, que le colocó justo por encima de su sexo.

–Relájate para mí, *cara*. Quiero que disfrutes…

Frankie volvió a tumbarse y se entregó a las sensaciones que él le provocaba al explorar sus pliegues más íntimos. El movimiento de los labios, las caricias y los deslizamientos de la lengua contra su henchida feminidad le hacía sentir un intenso placer por todo el

cuerpo. Entonces, casi sin previo aviso, su cuerpo erupcionó en un tumulto de sensaciones. Temblores y oleadas de placer le recorrieron la parte inferior de su cuerpo, deslizándose a través de los muslos y la pelvis como si fuera fuego líquido. Ella gimió de placer y se retorció bajo las expertas caricias. Su cuerpo estaba tan fuera de control que resultaba casi aterrador.

Se dejó caer sobre las almohadas con un profundo suspiro. No se podía creer que su cuerpo pudiera reaccionar de aquella manera tan poderosa.

–No tenía ni idea de que…

Casi no podía hablar. El corazón le latía con fuerza, como si terminara de subir corriendo hasta lo alto de un faro.

Gabriel le apartó el cabello del rostro y le dio un beso en los labios. Frankie se podía saborear en él, sentir el aroma de su propia excitación. En vez de hacer que se sintiera tímida o incómoda, le hizo sentir cercana a él de un modo que jamás hubiera esperado sentir.

–Has estado magnífica… Verdaderamente magnífica.

Frankie le acarició el torso y fue deslizando la mano hasta llegar al abdomen.

–¿Pero y tú?

–Ya llegaremos a eso…

Volvió a besarla con tal delicadeza y exquisitez que el deseo volvió a crecer en ella con fiereza. Él deslizó de nuevo la boca por su cuerpo, depositando una apasionada hilera de besos por los senos y por el vientre, para luego volver de nuevo a subir.

–Te deseo…

Frankie estaba a punto de suplicar. Sus brazos lo estrechaban con fuerza contra su pecho y la parte inferior de su cuerpo se arqueaba para unirse a la de él.

Gabriel se puso un preservativo y regresó junto a ella. Se colocó encima sin consentir que ella tuviera que soportar demasiado peso. El tacto de los muslos velludos de él con los suaves de ella, hizo que Frankie temblara de excitación. La firmeza de su cuerpo, tan cerca del de ella, le hacía sentirse desesperada por sentirlo aún más cerca, tanto como un hombre y una mujer podían estarlo.

–Quiero ir muy lentamente –le dijo mientras le colocaba una mano sobre el muslo–. Dime si no estás cómoda.

–Estoy bien…

Frankie apenas era capaz de hablar. El deseo se había apoderado completamente de su cuerpo. Gabriel se colocó y le separó suavemente los pliegues, moviéndose poco a poco, deteniéndose

para ver cómo ella reaccionaba.

–¿Hasta ahora bien?

–Más que bien…

Le agarraba por los tensos y tonificados glúteos, animándole a seguir. El lento movimiento con el que el cuerpo de Gabriel se deslizó dentro del de ella le quitó el aliento. Al oír el suave sonido, él se detuvo en seco.

–¿Demasiado?

Frankie arqueó la pelvis para acogerle más profundamente dentro de ella.

–Demasiado poco.

–En ese caso, veamos qué puedo hacer al respecto.

Se deslizó más profundamente, con movimientos controlados y lentos. El cuerpo de Frankie fue acogiéndolo poco a poco, dándole la bienvenida. Temblores y escalofríos recorrieron su cuerpo a medida que la tensión iba acrecentándose, como si fuera una tormenta que estaba a punto de estallar. La respiración de Gabriel se hizo tan entrecortada como la de ella. Poco a poco, los movimientos fueron incrementando su ritmo, empujados por un deseo primitivo que ansiaba alcanzar un solo final.

Frankie sintió cómo su cuerpo reaccionaba y respondía, gozando con las sensaciones que él le proporcionaba con cada uno de sus envites. La tensión fue apoderándose de ella de una manera insoportable, buscando una liberación. Estaba muy cerca, pero no lo suficiente. La fricción del cuerpo de Gabriel contra el de ella la torturaba, excitaba, pero…

–No creo que pueda… –gimió con desesperación.

–Claro que puedes. Yo te ayudaré.

Gabriel colocó la mano entre los cuerpos de ambos y empezó a acariciarla de nuevo. Los movimientos de los dedos provocaron un poderoso clímax, que Frankie sintió como si un terremoto recorriera su cuerpo. Unas tumultuosas oleadas de placer recorrieron cada centímetro de su cuerpo, desde lo más alto de la cabeza hasta los dedos de los pies.

Frankie aún estaba tratando de recuperar la respiración cuando él volvió a tensarse y experimentó su propio orgasmo. Dejó escapar un poderoso gruñido y, con los últimos y desesperados envites, se vertió en ella. El cuerpo de Frankie aún estaba preso de las potentes sensaciones que había experimentado.

Gabriel se apartó ligeramente para despojarse del preservativo, pero volvió a tumbarse junto a ella. Se apoyó sobre un codo para mirarla, con los ojos tan oscuros como agujeros del espacio.

–Eres maravillosa –susurró mientras le acariciaba delicadamente la curva de la cadera.

–No. El maravilloso fuiste tú –replicó Frankie mientras le enredaba los dedos en el cabello–. Gracias.

–No te he hecho daño, ¿verdad?

–En absoluto –contestó ella. Comenzó a acariciarle suavemente el rostro, deslizándole un dedo por la nariz hasta llegar a la barbilla–. ¿Has disfrutado tú también? Quiero decir, ¿mucho, mucho tú también?

Gabriel le acarició una mejilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

–Ha sido maravilloso. Tú has sido maravillosa… ¿No te arrepientes?

–No. ¿Y tú?

El deseo brillaba en su mirada.

–Todavía no.

Y su boca volvió a besarla.

Capítulo 10

Gabriel dejó a Frankie para que pudiera dormir y bajó a la cocina a por un vaso de agua. El vaso de agua que, tan fácilmente, podía haber conseguido en el cuarto de baño del dormitorio. Sin embargo, se estaba forzando a apartarse de ella, no fuera que sintiera de nuevo la tentación de hacerle el amor una vez más. Era consciente de la inexperiencia que ella tenía y no quería que terminara dolorida. Había esperado que la química entre ellos fuera poderosa, pero no hasta ese punto. Era más poderosa que ningún otro encuentro sexual que había tenido a lo largo de toda su vida. Su cuerpo aún vibraba con las sensaciones, su piel con sus caricias y todavía sentía el sabor del cuerpo de Frankie en los labios.

La respuesta de ella le había excitado de un modo que no había creído posible. No le gustaba reconocerlo, pero, en los últimos tiempos, el sexo se había vuelto algo corriente para él. Era una necesidad física que satisfacía con encuentros breves y sin ataduras. No recordaba la última vez que había estado tumbado junto a una mujer y había jugueteado con su cabello mientras dormía. No recordaba haber deseado a nadie tan desesperadamente. No recordaba sentir un vínculo que fuera más allá del placer físico de la unión de dos cuerpos.

Había algo sobre Frankie que era diferente. Único y especial. No solo era su falta de experiencia, aunque Gabriel estaría mintiendo si dijera que no se había sentido honrado y privilegiado de que ella hubiera deseado que él fuera el primero. Pasara lo que pasara entre ellos en el futuro, siempre seguiría siendo su primer amante.

Abrió el grifo, llenó el vaso y se lo bebió con un par de tragos. Se podría haber pasado el resto de la noche en la cama con Frankie. El resto del mes, el resto del año… Eso le recordó a tiempo que su relación era solo temporal.

Un año. Solo un año.

Él había puesto las reglas y ella las había aceptado. Frankie le había dicho que no se arrepentía de nada, pero, ¿cuánto tiempo

tardaría en hacerlo? ¿Había cometido un error haciéndole el amor? Sin embargo, ¿cómo podía decir que el maravilloso sexo que habían compartido era un error?

No. Lo que sería un error sería no aprovechar al máximo el tiempo que fueran a estar juntos. Los dos conocían las reglas y él no tenía problema alguno para cumplirlas.

La única pregunta era si Frankie no lo tendría tampoco.

Frankie no se había dado cuenta de que se había quedado dormida hasta que se despertó con el sonido del teléfono móvil que Gabriel había dejado sobre la mesilla de noche. Se incorporó, pero él no estaba por ninguna pare. Miró el teléfono y sintió una fuerte presión en el pecho cuando vio que el nombre de una mujer aparecía en la pantalla. ¿Quién era Carli? ¿Una de sus antiguas amantes? ¿Una amante a la que hubiera animado a esperar mientras que él estuviera casado con Frankie? Sintió la tentación de contestar el teléfono para averiguarlo, pero, antes de que pudiera extender la mano, Gabriel entró en el dormitorio. Se acercó a la mesilla de noche y agarró el teléfono.

–Lo siento. Se me había olvidado que lo había dejado aquí –dijo. Entonces, respondió la llamada–. ¿Puedes esperar un momento? –añadió, refiriéndose a la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica.

Con eso, se dio la vuelta y salió del dormitorio cerrando a puerta como si estuviera levantando un muro.

Los celos se apoderaron de ella como si fueran mil flechas venenosas, explotando su autoestima como si fuera el globo de un niño. ¿Acaso no era eso lo que ella era? Una niña, por creer que Gabriel cumpliría su parte. Era un hombre de mundo, un playboy que intercambiaba amantes tan fácilmente como se cambiaba de camisa.

Frankie se levantó de la cama y se vistió, sin importarle que sus ropas estuvieran arrugadas. No se miró en el espejo. No podía soportarlo. No quería que nada le recordara lo estúpida que había sido al hacer el amor con Gabriel, lo estúpida que había sido al pensar que ella podía ser alguien especial, alguien por quien sintiera algo en vez de tratarse tan solo de otra conquista sexual.

La parte más racional de su cerebro le decía que la tal Carli podía ser una empleada. Si era así, ¿por qué había tenido Gabriel necesidad de tener intimidad con ella? Era una mujer muy guapa, tal y como había podido comprobar en la foto que había aparecido

en la pantalla. Una rubia de bote con enormes ojos y gruesos labios.

¿Por qué había permitido Frankie que él la humillara de ese modo?

Gabriel se había marchado a su despacho de la planta baja para hablar con su hermana. Por una vez, la llamada de Carli no había sido para contarle sus penurias. Había llamado para darle la enhorabuena, a su modo, por supuesto. No resultaba fácil ganarse a Carli y Gabriel temía que pudiera ofender o disgustar a Frankie si le permitía conocerla en persona.

Sabía que no podía mantener a su hermana oculta de Frankie durante todo un año, pero tampoco quería que Carli intimara demasiado con Frankie, porque podía complicar las cosas cuando el año llegara a su fin. No quería que su hermana se implicara demasiado en su matrimonio. Ni él tampoco, por supuesto. Su plan era cortar por lo sano cuando llegara el momento. Eso sería lo más justo para todas las partes.

Se metió el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y volvió a subir. Frankie estaba vestida con su ropa de viaje y se encontraba junto a la ventana, observando el mar. ¿Era imaginación de Gabriel o ella estaba muy tensa?

–Frankie, ¿te encuentras bien?

Ella se dio la vuelta. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y tenía un aspecto tan frío que podría haber dejado a Gabriel congelado en un instante.

–Odio parecer una esposa celosa, pero, ¿quién diablos es Carli? –le espetó.

–Es mi hermana.

Frankie se quedó boquiabierta.

–¿Tu… tu hermana?

–Sí, bueno, me gusta mantenerla alejada de la opinión pública si puedo.

La expresión de Frankie había perdido su frialdad para verse reemplazada por perplejidad.

–Pero no lo comprendo… ¿Por qué no me habías dicho nada antes?

–Siento no habértelo dicho, pero tenía mis razones.

–¿Y son?

–Carli… no está bien.

El rostro de Frankie reflejó una inmediata preocupación.

–No me digas… ¿Qué es lo que le pasa?

–Tiene un desorden alimenticio. He estado tratando de ayudarla a superarlo, pero es una batalla perdida. Nunca sé si al día siguiente va a estar bien.

–Lo siento mucho –dijo ella mientras se colocaba la mano en el cuello–. Debe de ser muy preocupante para ti.

Gabriel se sentó en la cama.

–Así es, pero no puedo dejarla sola. Tengo que hacer lo que pueda para limitar el contacto que tiene con mi padre y mis hermanos. No son buena influencia para ella.

Frankie se acercó a la cama y se sentó junto a él. Le colocó una mano sobre el muslo.

–Siento haberte causado esta ridícula escena, pero pensé… No importa lo que pensé. Lo importante es que Carli esté bien. ¿Lo está?

Gabriel puso una mano encima de la de ella.

–Está bien, por el momento. Ella fue el motivo por el que no pude asistir al entierro de tu padre. Tuve que quedarme con ella un tiempo hasta que sentí que estaba fuera de peligro. Ha llamado para darnos la enhorabuena. Le dije el otro día que nos íbamos a casar.

–¿Se… se sorprendió?

–Un poco –contestó Gabriel mientras le colocaba a Frankie un mechón de cabello detrás de la oreja. Entonces, suspiró–. No le conté todos los detalles sobre nuestro matrimonio. Es mejor que piense que es auténtico, como todos los demás. Si se enojara conmigo, podría venderle nuestro secreto a la prensa en un abrir y cerrar de ojos.

Frankie lo miró turbada.

–Me gustaría conocerla alguna vez, es decir, si tú crees que a ella le gustaría conocerme a mí. No le diría que no estamos de verdad enamorados ni nada de eso.

Gabriel le alisó el ceño, que ella tenía fruncido desde hacía un rato.

–Veré qué puedo hacer. Carli no es muy de fiar en lo que se refiere a las citas –comentó él mientras le daba la mano una vez más.

–Es más joven que tú, ¿verdad?

–Unos siete años. Tiene la misma edad que tú, veinticinco, pero, por su comportamiento, uno no se lo creería nunca.

–No debe de haber sido fácil para ella crecer sin madre… ¿Cuántos años tenía cuando…?

–Carli solo tenía dos años cuando nuestra madre falleció. Aún llevaba pañales.

–¡Qué triste, por favor! –exclamó Frankie–. ¿Recuerda a tu madre?

–No. Nada. Yo no pude sustituirla, pero hice lo que pude.

–¿Y tu padre? ¿U otros parientes? ¿Tías, abuelos o…?

–Mi madre se casó con mi padre en contra de los deseos de su familia. La apartaron de sus vidas. Ni siquiera asistieron a su entierro. Fue como si ella nunca hubiera existido.

Frankie le agarró con fuerza la mano.

–Pero ¿cómo pudiste arreglártelas? Tú mismo solo eras un niño.

–No me quedó opción –replicó Gabriel–. La idea que mi padre tenía de cuidar de una niña pequeña era dejarla en la cuna durante horas. Por aquel entonces, no había dinero ni para niñeras ni para canguros. Casi no había ni para comer. Falté casi un año entero al colegio porque no quería dejar a Carli con nadie que mi padre eligiera para cuidarla. Él es la razón por la que ella tiene tantos problemas. Siempre la estaba gritando por llorar, pero, ¿qué niño pequeño no llora, aunque no haya perdido a su madre?

Los ojos de Frankie se llenaron de lágrimas.

–Gabriel… Es tan horrible que Carli, tus hermanos y tú tuvierais que pasar por ese infierno… No me puedo creer que hayas sido capaz de darle la vuelta a tu vida de tal manera para convertirte en lo que eres hoy. ¿Cómo lo hiciste?

–Estaba decidido a hacer algo conmigo mismo. Sentí que se lo debía a mi madre. Quería honrar su memoria aprovechando cada oportunidad que pudiera para conseguir una vida decente para mis hermanos y para mí…. Aunque desgraciadamente no lo he conseguido con ninguno de ellos. Carli es probablemente la más inteligente de todos nosotros, pero no ha terminado la educación secundaria. Eso es algo que siempre me perseguirá. Su vida está resultando ser como un choque de trenes y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo.

–Pero si estás haciendo todo lo que puedes… eso es lo único que se te puede pedir –dijo Frankie en tono sincero–. Me parece que eres un hermano maravilloso. Ella tiene mucha suerte de tenerte cuidando de ella. Tu madre estaría muy orgullosa de la persona en la que te has convertido. A pesar de todos los obstáculos que has tenido en tu vida

Gabriel le dio un golpecito en el muslo.

–Bueno, ya basta de esta conversación tan deprimente –anunció él mientras se ponía de pie con ella entre sus brazos–. Ahora, no sé tú, pero yo estoy muerto de hambre. Date una ducha y cámbiate para cenar. He hecho una reserva y el chófer vendrá a recogernos

dentro de una hora.

Aproximadamente una hora más tarde, Frankie estaba sentada con Gabriel en un elegante restaurante de Marsella. Su mesa estaba en un rincón tranquilo, con la luz baja y muy íntimo. Frankie no hacía más que pensar en todo lo que él le había dicho sobre su hermana. A pesar de que le dolía que Gabriel no le hubiera hablado de Carli antes, comprendía sus razones dado lo preocupado que estaba siempre por ella. Siempre le había considerado un hombre arrogante y un poco cerrado, pero, ¿cómo no iba a serlo con el sufrimiento que había tenido que soportar desde una edad muy temprana? Y seguía sufriendo, viviendo cada día una pesadilla de preocupación por su hermana.

¿Cómo podía ella mantener la distancia emocional con Gabriel cuando él tenía aquellas maravillosas cualidades? Amor, lealtad y compromiso para con su hermana a cualquier precio.

Gabriel levantó los ojos del menú y la sorprendió mirándolo.

–¿Has decidido ya lo que te gustaría tomar?

–Estaba pensando en la *bouillabaisse.*

–Buena elección –replicó él cerrando el menú–. Es un guisado de pescado tradicional de la Provenza, que tuvo su origen en el puerto de Marsella, pero estoy seguro de que ya lo sabías.

–En realidad, sí. La educación que me dieron en el internado de Londres no fue una pérdida de tiempo, al menos totalmente. Hablando de educación… yo podría ayudar a tu hermana si ella quisiera completar sus estudios. Muchos estudiantes adultos lo hacen y…

–Es una oferta muy generosa, pero creo que será mejor que limitemos el contacto entre mi hermana y tú.

–¿Por qué? –le preguntó Frankie frunciendo el ceño–. ¿Acaso me crees incapaz de tratar con ella? He trabajado con niños con ambientes familiares muy difíciles y temas emocionales y físicos muy complejos y…

–He contratado para ella tutores en muchas ocasiones, y ha sido una pérdida de tiempo y de dinero. Además, no quiero que se implique demasiado en nuestra relación.

–¿Porque no es permanente?

–Precisamente –replicó él. El gesto duro en su mirada le dijo que la conversación había terminado.

El camarero acudió a tomar nota de lo que iban a cenar. Cuando se fue, Frankie se tomó su vino en silencio. Podía comprender la

preocupación que Gabriel tenía por su hermana, en especial si Carli desarrollaba una relación especial con ella. Sería difícil cuando el matrimonio llegara a su fin. Sin embargo, muchas amistades entre parientes de la pareja se mantienen a pesar de los divorcios, a veces incluso entre los miembros de la pareja. ¿O acaso estaba Gabriel tan decidido a borrarla tan completamente de su vida cuando el año llegara a su fin? ¿Esperaba que el final de su matrimonio sería el final de su amistad? Precisamente eso era lo que más estaba empezando ella a disfrutar de aquella relación, no solo el maravilloso sexo, sino el hecho de sentir que tenía a alguien con quien hablar, alguien que comprendía y escuchaba. Alguien que la respetaba.

Gabriel extendió la mano por encima de la mesa y agarró la de Frankie.

–No te enfades conmigo, *cara*. Piensa en mi decisión como un control de daños.

Frankie apartó la mano y se la colocó en el regazo.

–Mira, no espero que me presentes a toda tu familia, pero, evidentemente, Carli es alguien a quien quieres mucho. ¿Y si yo pudiera ayudarla?

–No la ayudará cuando nos divorciemos –le espetó él.

–¿Es que tú y yo no nos vamos a hablar ni nos vamos a volver a ver después? ¿Es eso lo que has planeado?

–Sería mejor cortar por lo sano. Menos complicado.

Frankie sintió un profundo dolor en el pecho, como si una mano cruel e invisible le estuviera apretando el corazón.

–¿Es así como terminas todas tus relaciones? ¿Adiós, buena suerte y gracias por los recuerdos?

–A mí me va bien así.

–Bueno, pues a mí no. No puedo sacar a alguien de mi vida como quien tira la leche caducada.

–Francesca, hablamos esto al principio. Un año. Nada más –insistió él. Tenía una expresión sombría en el rostro.

Frankie tomó su copa de vino y lo miró por encima del borde.

–¿Sabes de lo que me he dado cuenta sobre ti? Que me llamas Francesca solo cuando quieres mantener las distancias y poner barreras –dijo. Tomó un sorbo del vino y lo volvió a dejar sobre la mesa.

–No quiero discutir contigo –replicó él–. Me preocupa que quieras más de lo que te puedo dar, en especial ahora que estamos durmiendo juntos. El buen sexo puede enturbiar las aguas.

–Evidentemente, no para ti. Tú disfrutas del buen sexo todo el

tiempo, ¿verdad?

–No creo que sea un delito. No quiero que pienses que lo que hemos compartido no es especial, porque lo es. Muy especial. Nunca lo olvidaré –afirmó él agarrándole la mano.

Aquel contacto envió una corriente eléctrica por todo el cuerpo de Frankie. Su piel reconocía y daba la bienvenida al contacto. Quería más. Lo necesitaba. Lo ansiaba, fueran cuales fueran los términos.

Frankie le dedicó una irónica sonrisa.

–Resulta agradable saber que soy inolvidable.

Gabriel le apretó suavemente los dedos.

–Lo eres. Totalmente inolvidable.

Capítulo 11

Pasaron los siguientes diez días explorando la región, visitando algunos de los lugares más turísticos y yendo también a lugares más recoletos para escaparse de las multitudes. Gabriel organizó picnics de los que disfrutaban en calas donde podían ver los calanques desde cerca. Cenaron y bailaron en clubes nocturnos y fueron de compras.

En algún momento, durante esos días, se retiraba a su despacho para trabajar. Su teléfono era un compañero constante y ella trataba de no sentirse molesta cuando él contestaba correos o mensajes. Después de todo, tenía una empresa muy importante y él se tomaba muy en serio sus responsabilidades. Le había contado que su puesto en la junta estaba mucho más consolidado después de que se hubiera sabido que él se había casado con Frankie.

A Frankie le gustaba haberle podido ayudar. Aún le costaba asimilar la cantidad de dinero que él se había gastado en rescatarla de la ruina económica. Le costaba mucho. Sin embargo, cuando sacaba el tema, pero no parecía muy dispuesto a hablar sobre ello.

Lo mismo que el tema de cuánto se terminaría su matrimonio. Frankie se había resignado a que fuera un tema tabú, dado que no quería estropear los días que estaban pasando en Francia. Disfrutaba demasiado de su compañía y del hecho de ir descubriendo poco a poco capas de su personalidad.

Aquella noche, mientras Gabriel terminaba de trabajar en su estudio, Frankie se había metido en la piscina infinita para pasar el tiempo. Hacía bastante calor y ella no pudo resistirse a hacer unos largos para relajarse. El agua relucía como diamantes mientras ella avanzaba. Sintió una terrible tristeza al darse cuenta de que, al día siguiente, iban a regresar a Milán.

Su luna de miel se había terminado.

Gabriel se levantó de su escritorio tras completar el papeleo más

urgente y se asomó a la ventana. Vio a Frankie nadando en la piscina. Su hermoso cuerpo iba ataviado con un pequeño biquini negro que él le había comprado en Marsella. Personalmente, la prefería desnuda. Nunca se cansaba de mirarla, de tocarla ni de hacerle el amor. En el sexo, la confianza que ella tenía en sí misma se había acrecentado y Gabriel disfrutaba viendo cómo respondía con entusiasmo. No recordaba haber disfrutado tanto del sexo antes. El sexo había sido algo físico. Una necesidad corporal que podía satisfacerse.

Sin embargo, hacer el amor con Frankie llevaba el sexo a otro nivel. Hacía que dejara de ser una necesidad tan corporal para convertirse en algo más emocional. Eso era lo que más le preocupaba. Estaba permitiendo que ella se acercara más de lo que nunca le había permitido a nadie. No solo había compartido su cuerpo, sino también su historia, sus sufrimientos y sus luchas. Su vulnerabilidad.

No podía dejar de pensar que su relación con Frankie estuviera adentrándose en un nuevo terreno.

Un terreno peligroso y desconocido.

Frankie llegó al final de la piscina y vio que Gabriel estaba allí con una toalla alrededor de las caderas y una brillante mirada en los labios. Frankie conocía muy bien aquella mirada, la que indicaba que quería tener sexo con ella. Sintió la excitación por toda la piel.

–¿Llevas algo puesto debajo de esa toalla? –le preguntó con una pícara sonrisa.

–¿Por qué no me la quitas y lo ves tú misma?

Un temblor recorrió su cuerpo. Salió de la piscina y se colocó delante de él. La mirada de Gabriel la recorrió arriba abajo con gesto ardiente, despertando en ella el deseo entre las piernas. Deslizó los dedos desde la base de la garganta hasta justo por encima de la toalla y gozó al escuchar cómo la respiración se le aceleraba y cambiaba, como si aquel ligero contacto lo excitara tanto como la excitaba a ella. Rodeó el ombligo con un dedo y luego tiró de la toalla para encontrarlo desnudo y gloriosamente excitado.

–Vaya, mira lo que he encontrado.

Le acarició con la mano y Gabriel dejó escapar un profundo gruñido. Frankie se agachó delante de él y comenzó a acariciarle con los labios y la lengua hasta que Gabriel comenzó a respirar muy

agitadamente. Los sonidos se le escapaban de la garganta con más urgencia, más desesperación.

–No. Todavía no –susurró con voz ronca de deseo. Entonces, la hizo levantarse y le agarró las caderas.

Le desató las cuerdas del biquini y dejó que ambas piezas cayeran al suelo completamente empapadas. Entonces, le cubrió los senos con las manos y comenzó a estimularle los pezones con los pulgares. Tenía la mirada tan caliente como el fuego. Entonces, le agarró un seno y se lo levantó hacia los labios. Comenzó a besarlo, a rodear el pezón con la lengua, a lamer y a acariciar hasta que ella dio muestras de que se le doblaban las rodillas de placer. Sometió al otro seno a la misma exquisita tortura y no dejó ni un centímetro de piel sin explorar. Entonces, le agarró la mano y la condujo a la cama balinesa doble que había junto a la piscina.

Cuando por fin se tumbó junto a ella, Frankie estaba loca de deseo. Ella se sentó a horcajadas sobre él. Los pliegues de su feminidad parecían estar vivos por la excitación que sentían. Se inclinó sobre él. Su cabello húmedo le rozaba el pecho. Unió la boca con la de él, abrieron los labios para acoger su lengua.

Gabriel gruñó y le agarró las caderas, colocando su firme y gruesa erección contra la entrada de su cuerpo.

–Dios, te deseo tan desesperadamente…

Frankie no le dio tiempo para apartarse e ir a buscar un preservativo, aunque lo tuviera en la mano. Lo acogió en su cuerpo con un rápido movimiento de la mano y gritó de placer cuando sintió que Gabriel se hundía en ella por completo. Entonces, comenzó a cabalgar sobre él con movimientos urgentes. Su cuerpo respondía a la potente fricción que estaba experimentando con intensos espasmos de placer.

–Me saldré antes de… –comenzó él.

–No tienes que hacerlo. Estoy tomando la píldora por desarreglos con el ciclo…

Frankie no podía soportar que él interrumpiera el delicioso ritmo de sus cuerpos. Tenía los sentidos en estado de máxima excitación y la sangre le calentaba el centro de su cuerpo con una ardiente humedad. Gabriel le agarró por los brazos y la miró.

–¿La tomas con regularidad?

–Sí, por supuesto que sí.

Gabriel pareció dudar, pero entonces Frankie comenzó a moverse de nuevo encima de él. Gruñó de placer y reinició de nuevo sus propios movimientos para recibir la presión hacia abajo del cuerpo de Frankie. Ella sintió que el orgasmo se acercaba. La

tensión que estaba experimentando en su cuerpo era como una tortura. Cambió ligeramente de postura y, de repente, se sintió volando libre y se vio catapultada a un gozo indescriptible en el que no importaba nada más que la potencia del placer que recorría su cuerpo.

A los pocos segundos, él alcanzó el orgasmo con un profundo gemido de placer. Agarraba a Frankie por las caderas casi hasta hacerle daño. Ella sintió cómo la esencia de Gabriel se vertía en su cuerpo. Aquel intercambio de fluidos le hizo preguntarse si volvería a sentir lo mismo con otro hombre.

¿Cómo iba a ser posible si no se imaginaba sintiéndose atraída por otro hombre que no fuera él? Gabriel sabía tocar su cuerpo como si fuera un maestro tocando un temperamental instrumento. Él conocía cada matiz de la respuesta de ella a sus caricias. Sabía leer cada contracción o relajación de sus músculos.

Gabriel relajó la presión que le estaba ejerciendo sobre los brazos y frunció el ceño al ver la marca de los dedos sobre la piel de Frankie.

–Lo siento, *cara*. Te he agarrado demasiado fuerte –dijo mientras le masajeaba suavemente los brazos.

Frankie se inclinó sobre él para rozar sus labios con los de ella.

–Me gusta cuando me agarras fuerte. No estoy hecha de porcelana, ¿sabes?

Gabriel le apartó el cabello del rostro con un gesto muy tierno que hizo que algo le diera un vuelco en el estómago.

–Nunca cesas de sorprenderme –dijo él. Tenía un gesto en la mirada que ella nunca había visto antes. Oscuro. Demoniaco. Peligroso. De repente, le dio la vuelta de manera que Frankie quedó tumbada debajo de él–. Ya te tengo donde deseo….

Frankie se entregó a la pasión de sus labios y le rodeó la cintura con los brazos, sujetándolo con tanta fuerza como le era posible. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando él le mordió el labio inferior juguetonamente. El suave tirón la excitó de nuevo, muy rápidamente. Gabriel le pasó la punta de la lengua sobre el labio, justo donde lo había mordido con un amplio movimiento. Pasó de los labios a los senos. Los dientes mordieron suavemente la carne, mientras que la lengua pasaba a continuación para aliviarla y curarla. Las caricias eran excitantes y un poco peligrosas. Sin embargo, Frankie no iba a permitir que él fuera el único que se divirtiera. Cuando Gabriel volvió a besarla, utilizó los dientes tal y como había hecho él. Mordió, tiró y jugueteó con mordiscos de gatita que hicieron que él gruñera de placer.

Casi sin que ella se diera cuenta, Gabriel hizo que se colocara boca abajo y la atrapó con los muslos. Una ardiente excitación se apoderó de ella de la cabeza a los pies. Abrió las piernas para recibirle y arqueó la espalda para facilitarle el acceso a donde ella más lo deseaba. Gabriel se hundió en ella con un sonido gutural y comenzó a moverse con profundos y urgentes envites que le pusieron a Frankie la piel de gallina. La respiración de Gabriel era tan agitada como la de ella y el ritmo de su cuerpo parecía estar provocándole excitantes fuegos artificiales en la sangre. La tensión en el centro de su feminidad era insoportable. El deseo se apoderó de ella con poderosa fuerza. Gemía y jadeaba de placer, casi sollozando por el deseo de llegar al clímax.

Gabriel sintió esa necesidad tal y como ella había esperado y le colocó la mano entre las temblorosas piernas para darle el empujón que necesitaba. Frankie se sintió volando hacia la estratosfera al tiempo que daba un intenso grito de placer. Su cuerpo temblaba y se tensaba con las sensaciones que le recorrían el cuerpo como un tsunami. El orgasmo de él no tardó en llegar. Sus movimientos dentro de ella fueron duros, rápidos y profundos. El cuerpo se le tensó poderosamente en esos segundos finales antes de dejarse llevar. Se derrumbó encima de ella, enterrando el rostro en el cabello de Frankie.

Ella saboreó el momento, la tranquilidad y la paz después de aquella tormenta sensual. Respiró el aroma que emanaba de sus cuerpos, la sal y el sudor, que resultaba tan fragante como el perfume más caro.

Gabriel se tumbó y la acogió entre sus brazos de manera que estuvieron tumbados cara a cara. Con una de las manos le colocaba el cabello con delicados movimientos que contrastaban profundamente con la actividad de tan solo unos instantes antes.

–Por primera vez en mi vida, voy a odiar tener que volver al trabajo –dijo mientras le daba un beso en la punta de la nariz–. Podría acostumbrarme a esto. Demasiado.

Frankie le acarició el rostro mientras lo miraba a los ojos.

–Trabajas demasiado. ¿Apagas alguna vez el teléfono?

–No –admitió él.

–¿Por tu hermana? ¿Por si acaso te necesita?

Gabriel suspiró y se tumbó de espaldas manteniéndola abrazada. Con una mano, le acariciaba el brazo desnudo muy delicadamente.

–Es una de las razones por las que no puedo soportar la idea de tener una familia propia.

Por alguna razón que Frankie no pudo explicar del todo, aquella

confesión hizo que se le contrajera el corazón como si se lo hubieran pellizcado con fuerza. Dolorosa y cruelmente.

–Estoy segura de que tú podrías proporcionarles a tus hijos una infancia mucho mejor de la que os dio vuestro padre.

–Es cierto, pero después de haber tenido que cuidar de mis hermanos desde que tenía nueve años y con todos los dramas que tiene Carli en su vida, te puedo decir sin temor a equivocarme que estoy más que harto de la responsabilidad parental.

Había una finalidad en aquella afirmación que resultaba turbadora. Turbadora y triste, porque a Frankie no se le ocurría nadie mejor para ser padre que Gabriel. Era fuerte y fiable, cariñoso y trabajador. Se lo imaginó con un recién nacido entre los brazos, con sus enormes manos protegiendo la cabeza del bebé con exquisita suavidad y cuidado.

El bebé de ambos. El bebé que Frankie no se podía imaginar teniendo con ningún otro hombre.

Tras un largo silencio, ella comenzó a acariciarle el torso y uno de los pezones con un dedo.

–Nunca se sabe… tal vez un día cambies de opinión.

Gabriel levantó ligeramente la cabeza para mirarla. Tenía el ceño fruncido.

–No te metas en la cabeza ideas descabelladas, Francesca. Ya conoces las reglas.

Frankie se apartó de él y se levantó de la cama. Tomó un albornoz que estaba colgado de la estructura y se lo ató con bruscos movimientos.

–Vaya… sabes cómo cortar el rollo perfectamente.

Gabriel se levantó también de la hamaca sin molestarse por cubrir su desnudez.

–No quiero que te hagas falsas esperanzas sobre mí. He sido sincero contigo. Brutalmente sincero.

–En eso tienes razón, pero cada vez me cuesta más comprender cómo vamos a pasar de esto –dijo ella señalando la hamaca donde acababan de hacer el amor apasionadamente–, a decir adiós cuando acabe el año. ¿Así? –añadió chascando los dedos.

–Solo será duro si hacemos que los sea. Somos adultos y podemos hacerlo civilizadamente. No hay necesidad de que ninguno de los dos se llene de amargura.

Entonces, se dio la vuelta y se marchó al cuarto de baño que había solo para la piscina y cerró la puerta.

«¿Y si a uno de nosotros se le rompe el corazón?»

Frankie no se lo pudo preguntar en voz alta. No se atrevió a

revelar cómo sus sentimientos habían sufrido un cambio tan espectacular. Ella había roto las reglas. Se había enamorado de él. ¿Cómo no iba a poder enamorarse de un hombre que le hacía el amor tan exquisitamente, que la escuchaba, que le hacía sentir lo suficientemente a salvo como para compartir sus secretos y sus inseguridades más profundas? Gabriel había desmantelado la jaula de hielo que tenía alrededor de su corazón con cada beso, cada caricia… Sin embargo, no solo era eso sino la clase de hombre que era, el buen hombre que había salido de una infancia terrible y que había luchado tan valientemente para ser algo mejor de lo que el destino le tenía reservado.

Lo admiraba y lo respetaba. Lo adoraba. Y, al cabo de un año, según las reglas, lo perdería para siempre.

Capítulo 12

Más o menos una semana más tarde, cuando ya estaban en Milán, Gabriel tuvo que volar a Roma por negocios. Frankie se sorprendió y se sintió algo herida por el hecho de que él no le pidiera que lo acompañara, en especial sabiendo que se había casado con ella para convencer a sus colegas del mundo de los negocios que merecía su confianza. Sin embargo, desde que regresaron de Marsella, Frankie había sentido un cambio sutil en él. Seguía siendo tan apasionado y atento como siempre cuando hacían el amor, pero parecía más preocupado que de costumbre.

Sabía que estaba pendiente de su hermana y de sus negocios, pero no pudo evitar preguntarse si la conversación que tuvieron aquella noche junto a la piscina, tenía algo que ver. Parecía estar presente físicamente, pero, una parte de él, la parte emocional y de sentimientos, estaba guardada bajo llave.

El ama de llaves de Gabriel se había marchado ya y Frankie se estaba preparando para una solitaria velada delante de la televisión en la hermosa casa que Gabriel tenía en Milán cuando oyó pasos, como si alguien hubiera entrado en la casa. Se levantó del sofá rápidamente, preguntándose si Gabriel habría cambiado de opinión y habría regresado a casa.

–Gabriel, ¿eres tú?

Salió del salón y se encontró con una mujer joven, muy delgada, y vestida totalmente de negro, con el cabello teñido de rubio y los ojos del mismo color que los de Gabriel.

–¿Eres Carli? –le preguntó.

–Sí –respondió ella mientras la miraba de la cabeza a los pies de un modo que solo podía describirse como insultante–. ¿Y tú eres la esposa de mi hermano?

–Sí –repuso Frankie. Se dispuso a darle un beso–. Tenía muchas ganas de conocerte y…

Carli ignoró por completo a Frankie y se dirigió a la cocina como si fuera la dueña de la casa.

–¿Dónde está Gabriel?

–Está en Roma por negocios –contestó Frankie mientras la seguía–. ¿Te puedo preparar algo de beber o de comer? María ya se ha marchado, pero ha hecho un poco de…

–¿Lo amas? –le espetó de repente Carli.

Frankie no tuvo que dudar con la respuesta.

–Sí. Mucho.

Carli tomó una manzana del frutero que había sobre la encimera y le dio un bocado sin dejar de mirar a Frankie.

–No me vas a caer bien solo porque te hayas casado con él, ¿sabes?

–No esperaría que lo hicieras, pero sería agradable para Gabriel que nos hiciéramos amigas, ¿no te parece? –añadió, aunque sabía que a él no le gustaba la idea de que intimara con su hermana, Frankie sentía un aura de soledad y de aislamiento en Carli, algo que ella misma comprendía perfectamente.

–Puede ser. ¿Cuándo va a regresar de Roma?

–Mañana. Estoy segura de que le encantará verte. ¿Te gustaría quedarte aquí y…?

De repente, Carli hizo un gesto de dolor y se agarró el estómago.

–¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

–No es nada…

–Pues no parece que no sea nada. Estás pálida, sudorosa y…

–¿Tienes algún analgésico? Solo es que me duele mucho la regla… mucho… –añadió con otro gesto de dolor.

–Por supuesto. Enseguida te lo doy. ¿Por qué no subes a tumbarte en uno de los dormitorios? Yo te llevaré una bolsa de agua caliente. A mí me ayuda cuando tengo la regla…

Se mordió los labios al pensar cuánto había tenido el periodo por última vez. Calculó mentalmente… y sintió que el alma se le caía a los pies. Tenía un retraso. Una semana.

Trató de no dejarse llevar por el pánico y se concentró en acomodar a Carli. Había tenido retrasos antes. Tenía unos periodos muy irregulares y esa era la razón por la que tomaba la píldora.

Se alegró de la distracción que le proporcionó cuidar de Carli. No quería ni pensar en la posibilidad de que estuviera embarazada. Se compraría una prueba y se aseguraría. Gabriel ni siquiera tenía que enterarse. Si no era positivo, ¿para qué molestarse? Sin embargo, no hacía más que pensar en la posibilidad de un bebé. Resultaba tan triste que Gabriel no quisiera tener hijos… No había otro hombre que Frankie pudiera desear como padre de los suyos. Ya no se imaginaba con otro hombre. No querría compartir su

cuerpo con nadie que no fuera él. No era posible amar a nadie más que a Gabriel.

Él había planeado quedarse en Roma, pero cuando terminó su reunión, lo único que deseaba era regresar a casa con Frankie. Había estado muy preocupado últimamente por aquella reunión y, además, la conversación con Frankie sobre lo de ser padre le había desestabilizado mucho, aunque no iba a cambiar de opinión.

Lo que más le había preocupado era el hecho del tema que ella había sacado de cuando llegara el momento de terminar su matrimonio. Cada vez le costaba más imaginarse que Frankie no estaría en su cama. Ni en su vida. Ni en sus pensamientos o sentimientos. Sí, sentimientos, los que tanto se esforzaba por evitar.

Sin embargo, él había propuesto las reglas e iba a cumplirlas. Tal vez cuando el año hubiera terminado ella estaría harta de él, lista para seguir con su vida y buscar una pareja que le ofreciera un matrimonio en principio para siempre.

Sintió una desagradable sensación al pensar que Frankie pudiera estar con otro hombre. Los celos, un sentimiento con el que no estaba muy familiarizado, se apoderaron de él. Prefirió dejar de pensar en ello. Cerró la puerta en el interior de su cabeza para encerrar a aquel pensamiento. Bam. Cerrado con llave.

Frankie había acomodado a Carli en una de las habitaciones de invitados. Le había llevado la bolsa de agua caliente y los analgésicos que tenía para cuando las reglas le dolían mucho a ella y cuando Carli se los tomó, se marchó para que pudiera descansar.

Llevaba una hora en el salón cuando oyó que la puerta se volvía a abrir. En aquella ocasión, sí que era Gabriel.

–Hola, me estaba preguntando precisamente si debía llamarte. Tu hermana está aquí. Está durmiendo arriba.

–¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Frankie se sintió algo molesta de que él no le diera un beso como saludo. Tenía un gesto seco y reservado, como si fueran desconocidos que se conocen por primera vez y no los apasionados amantes que conocían cada centímetro del cuerpo de su pareja.

–Un par de horas, tal vez un poco más.

–¿Cómo se ha comportado? ¿Ha sido cortés contigo?

–En realidad no, pero no importa porque no se encontraba bien. Le he dado unos analgésicos y…

–¿Qué clase de analgésicos? –le espetó él. Su voz resonó como el chasquido de un látigo.

–Bueno, los que tomo yo… Tenía un dolor muy fuerte por la regla y yo…

–¿Cuántos le has dado?

–Dos –contestó ella. La actitud tensa de Gabriel le estaba acelerando los latidos del corazón–. He dejado el paquete en su habitación…

Gabriel dejó escapar una maldición y echó a correr. Subió la escalera de dos en dos mientras que Frankie le seguía con piernas temblorosas. Llegó al dormitorio justo a tiempo para ver que Gabriel tomaba la caja de medicación y sacaba los blísteres. Por suerte, solo faltaban cuatro. Frankie se había tomado las dos que faltaban hacía unas semanas. Un profundo alivio se apoderó de ella…

Carli, mientras tanto, seguía profundamente dormida. Gabriel le hizo un gesto para que salieran y dejaran a su hermana dormir. Cuando llegaron al salón, él le entregó los analgésicos.

–Es mejor que los tengas bajo llave –le dijo con un tono muy serio de voz.

–Lo siento mucho. No me paré a pensar. Estaba preocupada por ella y…

–En una ocasión tomó una sobredosis –la interrumpió él–. Hace poco, justo después de que tu padre muriera. Todo se le había acumulado. No puedo estar seguro de que no vaya a volverlo a hacer.

–Oh, Gabriel… –dijo Frankie. Se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos–. Me imagino lo horrible que es tener que estar siempre preocupado y pendiente de ella.

Gabriel suspiró profundamente y le acarició la nuca.

–Gracias por ocuparte de ella. Siento que no haya sido muy amable contigo. Puede ser algo rara cuando conoce a la gente. Y después también. No digas que no te lo he advertido.

–Debe de ser difícil para ella. Se parece mucho a ti. Es sensible e inteligente…

Gabriel le dedicó una sonrisa y le apartó un mechón de cabello del rostro.

–Te he echado de menos. Por eso he regresado antes de lo previsto.

–Yo también –dijo ella con el corazón henchido de alegría–. Mucho…

Gabriel bajó la boca a la de ella y le dio un largo beso que la

hizo temblar de la cabeza a los pies.

–¿Hora de irse a la cama? –sugirió.

–Hora de irse a la cama –replicó ella con una sonrisa.

Cuando Frankie se despertó a la mañana siguiente, Gabriel ya estaba en la cocina preparándole el desayuno a su hermana. Carli estaba tomando unas tostadas y miraba a su hermano como si él acabara de echarle una buena bronca. Al ver a Frankie, el gesto enojado se vio reemplazado por una sonrisa.

–Hola, gracias por lo de anoche. Esas pastillas son buenísimas. No me he despertado hasta hace media hora. No había dormido tan bien desde hacía mucho tiempo.

–De nada. ¿Te encuentras mejor ahora?

–Así, así. El primer día siempre es el peor.

–¿Qué planes tienes, Carli? –preguntó Gabriel–. Tengo que irme pronto al trabajo. ¿Quieres que te lleve a alguna parte o vas a quedarte unos días?

–Voy a reunirme con alguien a las diez, pero iré andando. Necesito ejercicio –dijo Carli poniéndose de pie.

–¿Y dónde vas a dormir esta noche? ¿Y con quién? –le preguntó Gabriel. El tono de su voz era como el de un padre que se dirige a un adolescente rebelde.

–Deja de hablarme como si fueras mi abuelo –replicó Carli–. Te aseguro que no me voy a quedar embarazada.

Frankie notó que se sonrojaba. Apartó rápidamente la mirada con la excusa de servirse una taza de café. El corazón le latía con fuerza. Entonces, se detuvo. Recordaba haber oído que el café debía evitarse durante el embarazo…

–Bueno, ¿cuándo vais a empezar a tener hijos vosotros? –les preguntó Carli.

–No tenemos… prisa para eso –dijo Frankie.

Carli se puso el abrigo y se sacó del cabello de debajo del cuello de la prenda.

–Creo que serías una buena madre. ¿No te parece, Gabriel?

–Sí –contestó él con una expresión inescrutable–. Sería una madre excelente. Vamos, Carli. Te llevaré donde quieras. Me marcho ahora de todas maneras.

–¿No vas a darle un beso a tu esposa y a decirle que la amas? –le preguntó Carli con descaro.

Gabriel se acercó a Frankie y le dio un breve beso.

–Hasta esta noche, *cara*. No llegaré tarde y saldremos a cenar

fuera

–No lo has dicho –insistió Carli–. No le has dicho que la amas.

–Eso es porque Frankie sabe ya lo que siento por ella –repuso Gabriel con voz inexpresiva–. ¿A que sí, Frankie?

La sonrisa que ella esbozó le dolió como si la tuviera cosida al rostro.

–Claro que sí. Y yo siento exactamente lo mismo.

Capítulo 13

Frankie regresó a la mansión media hora después con una prueba de embarazo. No podría estar tranquila hasta que no lo supiera con toda seguridad. ¿Habría sospechado algo la hermana de Gabriel al hacer esos comentarios? En realidad, no había sido una pregunta poco razonable. A muchas parejas de recién casados se les pregunta lo mismo. Sin embargo, ellos no eran una pareja de recién casados normales. Solo tenían un año de matrimonio y, además, Gabriel no quería tener hijos.

No obstante, al pensar en un bebé, en un hijo propio, el corazón se le llenaba de excitación. Se le había negado una madre, pero ella podría ser madre y darle a su hijo todo el amor que albergaba en su corazón.

Realizó la prueba y salió del cuarto de baño para esperar el tiempo requerido para obtener el resultado. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Eran dos líneas? ¿Era positivo? En ese momento, se escuchó un ruido a su espalda. Al darse la vuelta, vio que Gabriele estaba de pie en la habitación. Frankie ocultó la prueba detrás de la espalda y forzó una sonrisa.

–¡Dios mío! Me has asustado. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

–¿Qué estás escondiendo? –le preguntó él en tono de sospecha.

Frankie pensó mentir, pero sospechaba que Gabriel no se lo creería.

–Es una prueba de embarazo –contestó tragando saliva–. Yo…

–¿Cómo has dicho? ¿Estás… embarazada? –preguntó él horrorizado.

–Yo… En realidad, no lo sé –respondió ella. Entonces, miró la prueba con el corazón latiéndole en la garganta–. Oh… es negativo…

Debería haberse sentido aliviada, pero, en vez de eso, se sintió desilusionada. Muy desilusionada.

–¿Negativo? ¿Estás segura? –le preguntó él mirándola fijamente.

–Si quieres puedo hacer otra prueba. He comprado varias.

–¿Cuánto tiempo hace que sospechas que estás embarazada? –quiso saber él mientras se frotaba la cara con una mano.

–No mucho. Tengo un retraso de una semana y…

–Pero estás tomando la píldora, ¿no?

–¡Por supuesto que sí! ¿Cómo puedes pensar lo contrario?

–Nunca te gustaron mis reglas –dijo él con cinismo.

–¡No puedes controlar todo en la vida, Gabriel! –exclamó ella con frustración e ira–. Tal vez creas que puedes, pero no es así. En ocasiones, los anticonceptivos fallan. Ninguno tiene una eficacia del cien por cien. ¿De verdad crees que yo me quedaría embarazada deliberadamente de un hombre que solo quiere estar un año casado conmigo?

–Ya sabes cuáles son mis razones…

–¿Y cuáles son tus razones? Eres un magnífico hermano para Carli. ¿Qué te hace pensar que no serías un padre excepcional?

–No quiero hablar de eso…

Frankie se acercó a él y lo tocó en el brazo, pero Gabriel la agarró por los hombros y la apartó de su lado.

–No, Francesca. No hay razón para hablar de esto. No voy a cambiar de opinión.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó de la habitación como si no pudiera estar en el mismo lugar que ella.

Frankie se sentó en la cama y suspiró. Miró la prueba de embarazo y se colocó la mano sobre el vientre. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba ser madre hasta aquel momento. Quería tener la oportunidad de tener un niño entre sus brazos y amarlo como estaba segura de que su madre la había amado a ella. ¿Y si nunca tenía un bebé ni lograba experimentar la maternidad?

Debía de haber algún modo para conseguir que Gabriel se abriera un poco más y le contara sus razones para no querer ser padre. Estaba preparado para disfrutar de los beneficios físicos de un matrimonio durante un año, pero no estaba dispuesto a compartir temores y opiniones sobre los temas más importantes.

Eso era lo más doloroso de todo. Gabriel tenía tanto que dar, pero se estaba negando la oportunidad de deshacer parte del daño de su pasado, el amor y la familia. Y se lo negaba a ella también porque, sin él, ¿qué futuro podía tener ella?

Gabriel fue a dar un paseo para borrar de su cabeza las imágenes de pequeños bebés. Le había turbado profundamente ver a Frankie con una prueba de embarazo. No se podía ni siquiera plantear darle

la vida a un niño y traerlo al mundo. No podría soportar que su hijo tuviera que enfrentarse a los mismos prejuicios y vergüenza que él había tenido que soportar a lo largo de su vida. No había podido salvar a sus hermanos y su hermana Carli era una constante preocupación para él. Su padre se enfrentaba a una larga condena en prisión y la prensa ya se estaba frotando las manos. ¿Cómo podía pensar en traer a un hijo a ese mundo?

La mancha del pasado de Gabriel nunca había sido más nítida. No se podía escapar a la vergüenza de su linaje. No iba a poder limpiarlo nunca, por mucho que se esforzara. No obstante, había un lugar secreto dentro de él que sí lo deseaba. En lo más profundo de su ser, deseaba llevar una vida normal, una vida que incluyera una esposa que lo adorara y a la que él adorara a su vez, una familia y unos hijos que lo buscaran para obtener amor y protección. Desgraciadamente, nada sobre él era normal. No lo había sido nunca ni jamás lo sería.

Frankie no vio a Gabriel hasta el día siguiente por la tarde. Le había enviado un mensaje diciéndole que le había surgido algo en el trabajo, pero ella sospechaba que tenía que ver más con lo ocurrido el día anterior. No había dormido con ella y ni siquiera sabía si había ido a la casa. Se negaba a pensar dónde habría estado o con quién. No quería sentirse celosa, pero, ¿cómo podía sentirse segura cuando él no hacía más que levantar barreras entre ellos?

Desde el susto del embarazo, se había sentido nerviosa. Inquieta. Vacía de esperanza. Había pensado que hacía lo correcto al casarse con Gabriel para salvar su patrimonio y la reputación de su padre, pero los costes personales eran muy elevados. Estaba casada con un hombre que le había puesto fecha de caducidad a su relación, con reglas estrictas que no se podían infligir. ¿Qué clase de relación era esa? Además, ella deseaba más. Mucho más.

Gabriel entró en el dormitorio cuando ella se estaba preparando para irse a la cama. Tenía una expresión inescrutable. Ni siquiera sonreía.

–Siento llegar tarde. He tenido mucho trabajo.

–Tenemos que hablar. Hablar de verdad.

–¿Sigues insistiendo en escuchar todos los detalles morbosos de mi infancia?

–Si quieres contármelos, por supuesto.

Gabriel se frotó el rostro con la mano, como si quisiera borrar la cicatriz que tenía en la mejilla.

–Nadie podría salir de mi familia sin tener que cargar con el peso de lo que somos. Yo siempre me he enorgullecido de ser el más normal de mi familia, pero no es así. Estoy tan dañado y sucio como el resto de ellos.

–Eso no es cierto. Eres un hombre maravilloso, Gabriel y yo…

–¡Escúchame, Francesca! –exclamó él en tono airado–. Me han criado con los beneficios de las drogas, del sufrimiento miserable de otras personas. Eso no lo puedo borrar de mi memoria por mucho que lo desee. Disfruté de los privilegios del dinero sucio de mi familia hasta que la fea verdad me golpeó en la cara.

–Tú no vendías las drogas. No eres responsable de…

–No, pero me siento responsable. Lo siento cada vez que veo a un drogadicto en la calle o cuando veo una jeringuilla usada en un callejón. Maldita sea… Lo siento cada vez que firmo con mi apellido un contrato. Eso es lo que soy. Un Salvetti. No puedo escapar de eso y preferiría morir que dejar que un hijo mío cargue con el peso de ese apellido y todo el horror y el sufrimiento que representa.

Frankie trató de acercarse a él, pero él se lo impidió con un gesto de la mano. ¿Cómo podría ella desmantelar la fortaleza en la que se había encarcelado Gabriel? ¿O acaso era una necia por querer intentarlo? En ese momento lo comprendió todo y supo lo que tenía que hacer. Una parte de ella había sabido desde siempre que llegaría aquel momento. Sus mundos, sus necesidades y sus fantasmas chocarían inexorablemente.

–En ese caso, no hay razón alguna para que continuemos con nuestro matrimonio –dijo con decisión, pero derrotada a la vez.

–¿Qué estás diciendo?

–Que no puedo seguir haciendo esto. No puedo permanecer en un matrimonio sin amor. Con Carli me costó mucho mentir y comportarme como si fuéramos una pareja enamorada que quieren pasar juntos el resto de su vida. No puedo hacerlo más. Yo quiero tener una vida normal, con una familia. Quiero ser amada y dar amor a cambio. Sin embargo, tú no puedes o no quieres hacerlo, así que me marcho.

–¿Sabes lo que perderás si incumples nuestro acuerdo? –le espetó él con rostro impenetrable.

–Perdí mi casa familiar hace mucho tiempo, el día en el que murieron mi madre y mi hermano. Ya va siendo hora de que otra persona viva allí, alguien que lo llene de amor y de felicidad. Tú y yo no somos esa pareja. Nunca lo hemos sido.

–Esto es muy repentino –dijo él con expresión fría, como si estuviera hablando con una empleada que, de repente, le presenta

la renuncia a su empleo–. En especial después de la otra noche –añadió mirándola de arriba abajo, como si estuviera desnudándola mentalmente.

Frankie se tensó.

–¿Tienes que ser tan insultante?

–Creo que es razonable que pregunte por qué, de repente, has decidido renegar de nuestro acuerdo. ¿No te parece que es justo?

–La vida no es justa, Gabriel. Tú más que nadie lo sabes. Espero que esto no ponga en peligro tus acuerdos comerciales o disguste a tu hermana en modo alguno –dijo ella. Se quitó los anillos de compromiso y la alianza de casada y los dejó sobre la cómoda–. Me marcharé a Londres por la mañana. Espero que no te importe que pase una noche más aquí. Por supuesto, en la habitación de invitados.

–Por supuesto –replicó él con un gesto cruel en los labios.

Sin decir nada más, se marchó del dormitorio dejándola allí, rodeada de sus esperanzas hechas añicos.

A la mañana siguiente, Gabriel no pudo ver cómo Frankie se marchaba. Se había pasado la noche sin dormir, pensando si debía chantajearla para que se quedara o era mejor distanciarse de la espiral de emociones que no estaba seguro de poder reconocer y mucho menos manejar. Se sentía desilusionado por su decisión, pero eso no significaba que estuviera destrozado o que se le hubiera roto el corazón. No experimentaba sentimientos tan profundos por nadie ni se permitía que así fuera. No se permitiría tener una relación tan estrecha con nadie para luego ver cómo se marchaba.

Ver a Frankie con una prueba de embarazo en la mano había sido como estrellarse contra una pared a toda velocidad. No quería pensar lo que habría sentido si hubiera sido positivo. ¿Acaso no tenía ya bastantes preocupaciones con su hermana sin ser padre?

El miedo que había sentido al pensar en Carli a solas con un paquete de pastillas había estado a punto de pararle el corazón. Eso sería ser padre: el miedo constante a no estar presente cuando sus hijos pudieran necesitarle. A no poder alejarlos del peligro. A no ser lo suficientemente bueno. Ese era el mundo al que tendría que enfrentarse y no estaba interesado en absoluto.

Frankie decidió que se alojaría en un hotel durante un par de semanas hasta que pudiera organizarse un lugar donde vivir, dado

que había vendido su apartamento en cuanto se enteró de las deudas de su padre. Le envió a Gabriel un mensaje para decirle dónde estaba por si él tenía que comunicarle algo sobre su divorcio. La brevedad y la formalidad con la que él le respondió tan solo reforzó la decisión de Frankie de romper su matrimonio.

Tampoco pudo regresar a su trabajo, dado que ella había solicitado una excedencia de un año y ya le habían encontrado una sustituta. Los días eran largos y solitarios y el salvaje inicio del invierno no la animaba. La lluvia y el granizo caían con la misma fuerza con la que ella lloraba en privado.

Se castigaba por no ser suficiente para Gabriel, por no ser la persona adecuada para abrir fin su corazón. Se preguntaba constantemente si debería de haberle dicho que la amaba. Si debería haber corrido el riesgo, para ver si él, de una vez, se animaba a expresar abiertamente sus sentimientos. Sin embargo, luego se recriminaba por pensar siquiera que pudiera haber una oportunidad de que él la correspondiera. ¿No se lo había dicho ya todo muy claramente? No estaba enamorado de ella. Frankie no era más que un engranaje de la empresa con la que tanto dinero ganaba. Sin embargo, no dejaba tampoco de preguntarse qué habría hecho él si Frankie hubiera estado de verdad embarazada, pero, ¿no era precisamente aquella la razón por la que había tenido que marcharse? Cuanto más se quedara a su lado, más habría ansiado ella lo que Gabriel había insistido que nunca podría darle. Lo que ella quería más que nada.

Su amor.

Gabriel regresó a casa después de un largo día de trabajo para encontrarse a su hermana sentada en el sofá con una pizza sobre la mesa de café. No la había visto ni había tenido noticias de ella desde que Frankie se marchó y él no había tenido valor para contárselo a su hermana. Aún estaba tratando de volver a acostumbrarse al silencio, al vacío y a la soledad que reinaban en su casa desde que ella se había marchado. La casa que siempre había sido un refugio para él se había convertido en un mausoleo.

–¿Dónde está Frankie? –le preguntó Carli.

–No preguntes… –replicó él mientras se servía una copa.

–¿Me estás tratando de decir que te ha dejado? –quiso saber Carli tras dejar caer la porción de pizza que tenía en la mano como si le quemara.

–Sí. Y eso es todo lo que voy a decir sobre el tema, así que no…

–¡Pero eso es una locura! –exclamó Carli mientras se levantaba del sofá y se acercaba a él–. ¿Por qué has dejado que se marche?

Gabriel se había hecho muchas veces aquella pregunta. Estaba muy triste sin ella. No podía comer ni dormir. Sentía un profundo vacío en su interior.

–Mira, prefiero no hablar de eso…

–Pues yo sí que quiero hablar –le espetó Carli cruzándose de brazos ante él–. Es perfecta para ti. Lo sabes. Lo supe en cuanto la conocí.

–Pensaba que habías sido muy grosera con ella cuando la viste por primera vez…

–¿Y qué? No se trata de eso. Lo importante es que ella te ama. Me lo dijo.

–Estaba fingiendo –suspiró Gabriel–. Los dos estábamos fingiendo. Pagué las deudas de su padre a cambio de un año de matrimonio para poder firmar un importante acuerdo de negocios…

–¿Cómo? –replicó Carli mirándolo con indignación–. Pues te aseguro que ella no estaba actuando. Y creo que tú tampoco. Simplemente estás demasiado ciego para verlo o eres demasiado testarudo para admitirlo.

¿Sería eso cierto? Gabriel no estaba acostumbrado a reconocer sus sentimientos. Siempre los había apartado e ignorado hasta que desaparecían. Sin embargo, no estaban desapareciendo en aquellos momentos. Se negaban a hacerlo. Se hacían más fuertes y más insistentes. Los sentimientos que había guardado bajo llave se le estaban derramando por el pecho tan rápidamente que casi no podía respirar.

Tenía que ir a ver a Frankie para decirle lo que sentía. Lo que llevaba mucho tiempo sintiendo. ¿No era esa la razón de que hubiera estado esperándola cuatro años? ¿Sería verdad que ella lo amaba? ¿Cómo era posible que ella pudiera amarlo incluso la mitad de lo que él la amaba a ella?

–¿Estarás bien si me marcho a Londres esta noche? Hay algo que tengo que hacer allí.

–Por supuesto que sí. Tienes que dejar de preocuparte por mí todo el tiempo. Ahora tengo un buen novio. Nos conocimos en un tren hace un par de semanas. Es estable y cariñoso y me muero de ganas por presentártelo, pero eso será cuando ya hayas solucionado lo tuyo. Ahora, date prisa. Frankie podría haberse enamorado ya de otro hombre.

«No, si yo puedo impedirlo».

Frankie estaba sentada en el café de siempre. Había pedido comida, pero apenas la había tocado. Apartó el plato de *bouillabaisse* con asco. ¿Por qué se torturaba constantemente con recuerdos del tiempo que había pasado junto a Gabriel? No podía pensar en él sin sentir un dolor en el pecho. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido más de dos horas sin parar de dar vueltas en la cama buscándole. Nunca había pensado que el amor no correspondido pudiera tener efectos físicos además de los emocionales. Era como una enfermedad, que le quitaba toda la energía y la vitalidad.

–¿Puedo sentarme?

Frankie levantó la cabeza y se quedó atónita. ¿Se estaba imaginando a Gabriel de pie junto a la silla vacía que había al otro lado de la mesa?

–¿Cómo has sabido que estaba aquí?

–Bueno, el hecho de crecer en una familia de delincuentes me ha enseñado algunos trucos para localizar a un objetivo.

–¿Por qué estás aquí? Pensé que ya nos habíamos dicho todo lo necesario en Milán.

Gabriel se sentó. Entonces, extendió las manos y tomó las de Frankie entre las suyas.

–No dije nada de lo que debería haber dicho. Fui un necio al dejarte marchar sin decirte lo mucho que te amo.

Frankie sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

–¿Me amas?

–Te amo desesperadamente… He estado tan triste sin ti… no tienes ni idea…

–Creo que lo sospecho –respondió ella llena de felicidad–. Yo también he estado muy sola sin ti. Me he pasado horas en este café, torturándome mientras veía a otras parejas juntas y deseando que yo pudiera ser tan feliz como ellas.

–Yo me aseguraré de que eres muy feliz desde este día en lo sucesivo. Nada me traerá más satisfacción que hacerte feliz durante el resto de nuestras vidas –dijo él. Se puso de pie e hizo que ella se levantara también. Entonces, la tomó entre sus brazos–. Regresa conmigo, *cara,* te lo ruego. Construyamos una vida juntos. Una familia.

–¿Lo dices en serio? ¿Quieres tener hijos?

–Puedo vivir con la vergüenza de mi apellido, de tener a la mitad de mi familia en prisión, pero no puedo vivir sin ti, Frankie. Además, creo que seré un buen padre –añadió con una sonrisa–. He

tenido mucha práctica hasta ahora. Solo tienes que preguntarle a Carli.

–¡Cariño mío! –exclamó Frankie estrechándolo con fuerza entre sus brazos–. Estoy tan contenta ahora… Me sentí muy desilusionada cuando la prueba de embarazo dio negativo. Llevo toda la vida creyendo que tenía sobre mí una maldición. Mi madre, mi hermano, mi padre, que nunca pudo reconducir su vida… El resultado negativo parecía ser otra confirmación de mi fracaso.

–Eso no es cierto. Eres la persona más maravillosa del mundo. Y la mujer perfecta para mí. No me imagino amando a nadie del modo en el que te amo a ti. Construiremos una vida juntos que borrará toda la tristeza del pasado. Seremos un equipo estupendo. Lo sé en mi corazón. El corazón para el que solo tú y yo tenemos la llave.

Frankie le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

–No creí que fuera posible amar a nadie tanto como te amo a ti. ¿De verdad me amas? Por favor, dime que no lo estoy soñando.

–*Un centinaio di cuori non sabrebbero abbastanza per contenere tutti il amore per te* –dijo Gabriel–. Cien corazones no bastarían para contener todo el amor que siento por ti.

Gabriel bajó la cabeza para reclamar la boca de Frankie en un beso que selló su promesa para toda la eternidad.